



d

DONA

XIV CONCURS LITERARI
DE NARRATIVA PER A DONES

Las mujeres cuentan



GENERALITAT
VALENCIANA

CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL

LAS MUJERES CUENTAN

XIV PREMI LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES



GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL



Direcció General de Família i Dona

Imprimix: Grafimar, coop. v.

Primera edició: abril 2014

© dels textos: les autores

© d' esta edició: Generalitat Valenciana 2014

ISBN: 978-84-482-5923-5

Dipòsit legal: V-1033-2014

Sumari

Introducció 9

Primer premi

Un toque de canela, de Begoña Siles Ojeda 15

Accèsit Associacions

Aita Olaia, de Paz Martínez Cervera 33

Accèsit Lliure

Vida y reflexiones de geranios secados al sol,
de Cristina Gimeno García 57

Finalistes

El aliado, de Rafaela Aguado Paredes 73

La rebeca rosa, de Soledad Bernabeu Crespo 93

Su mundo paralelo, de Josefina Cortijo Cuadros 111

Entre ganchillo y chocolate, de Vanesa Felip Torrent 131

<i>El viaje</i> , de Francisca García Jiménez	151
<i>La patinadora</i> , de Eli Llorens Perales	167
<i>Torturada</i> , de Clara M ^a Stella Manaut Roca	189
<i>Cal mirar per la finestra</i> , de Rosa Miró i Pons	201
<i>Educando a Aitana</i> , de Yolanda París Tudela	217
<i>Crisis</i> , de Amparo Pérez Gimeno	229
<i>Laments de l'ànima</i> , de Rosa María Tapia Alcover	239
<i>Tú no preocupar, Marcus, todo, cinco minutos,</i> de Maribel Torres Limiñana	251

Introducció

Tengo el placer de presentarle la edición de los relatos ganadores y finalistas del XIV Premio Literario de Narrativa para Mujeres.

A lo largo de sus catorce años de historia, el Premio ha reunido a escritoras de edades y estilos diversos, y ha permitido también reconocer la excelente labor de las asociaciones de mujeres de la Comunitat Valenciana.

Durante este tiempo, centenares de historias han surgido de la imaginación de las participantes con el propósito de convertirse en auténticas obras literarias. Fantasía, memoria y transmisión de valores se combinan cuando las mujeres expresan lo que piensan y sienten. Este es precisamente uno de los objetivos del concurso, visibilizar y promocionar la creatividad de las escritoras, y a la vez, resaltar su extraordinaria contribución a la cultura de nuestra sociedad.

En esta misma línea, el pasado 27 de noviembre de 2013 se celebró en Valencia la I Jornada "Mujeres y libros" que congregó a las finalistas de varias ediciones. Este encuentro permitió el espacio y la oportunidad para compartir proyectos y experiencias con profesionales del mundo de la edición y la literatura.

La defensa de valores como la tolerancia, así como la ruptura de estereotipos, son principios que inspiran y fundamentan nuestra acción. Estamos convencidos de que la igualdad efectiva entre mujeres y hombres es necesaria, y con el compromiso de todos será alcanzable.

Por ello, la Conselleria de Bienestar Social continuará promoviendo las iniciativas que favorezcan la formación de una sociedad más justa, más inclusiva, donde las mujeres, por supuesto, cuentan.

Sin más, espero sinceramente que disfrute de la lectura de este libro.

ASUNCIÓN SÁNCHEZ ZAPLANA
Consellera de Bienestar Social

Primer premi

Un toque de canela

Begoña Siles Ojeda

Todas las mañanas Josefina, cuando entra en el vestuario del personal de mantenimiento de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia, fija la mirada en el calendario y el reloj digital durante unos segundos de manera automática. Lunes 28. Mayo. 2010. 7:30. Y, durante esos segundos, el barullo interior de sus sentimientos, al contrario que el reloj digital, se para.

“La sincronía precisa del reloj digital hace que mis pensamientos aturullados se detengan. Me llamo Josefina Martínez y trabajo en el turno de día de una empresa de limpieza llamada “Limpiezas Virtudes. Una pulcra virtud”. Tengo cincuenta y cinco años y llevo treinta casada. Mi marido Juan está en paro desde hace dos, trabajaba en la construcción y con la crisis inmobiliaria la empresa quebró. Con nosotros vive mi suegra de setenta años, desde que Arturo, mi único hijo de 20 años, se fue a Londres.”

Solo unos segundos, lo que dura una inhalación y una exhalación profunda, es el tiempo que Josefina está absorta en su mirada y en el vacío de sus pensamientos. En la segunda inhalación el olor del vestuario impregna su olfato mostrando con crudeza el cuchitril sin luz y sin ventilación natural, donde, tras un suspiro desolador, sin más demora entra.

—Ánimo mujer, no lo pienses más. -Esa es la voz cariñosa y vitalista de su compañera Antonia. Antonia tiene sesenta años y un aspecto grasiento que proviene de un cuerpo grueso y enérgico. Entró a limpiar la facultad cuando esta se inauguró. Conoce cada rincón del edificio, así como miles de anécdotas que han ocurrido y cotilleos de cada una de las personas que trabajan en ella. Hay días, durante el almuerzo o la comida, que cuenta esos chascarrillos, con ese hablar suyo descarado y apabullante, que parece atrapar la vida, aunque sus ojos muestran que la vida le ha arrastrado a ella, y sus compañeras no pueden dejar de soltar carcajadas.

“Todavía recuerdo las risas de mis compañeras, cuando el primer día de trabajo me oyeron decir al entrar: —¡Uf! ¡Qué olor a canela! -No sabía por qué esa frase tan anodina producía tanta risa, hasta que Antonia me dijo: —Josefina, aquí solo huele a muerto, a muerto en formol.”

Josefina todavía no entiende por qué absurda asociación su olfato relacionó la mezcolanza del olor de los cuerpos vivos de sus compañeras y de los cuerpos muertos donados a la ciencia con el olor de la canela. El vestuario del personal femenino de mantenimiento está situado en el sótano, al lado de las aulas de disección de la facultad. Y el olor que emana del formol se expande y se impregna por todo el pasillo del sótano. Todavía le parece más extraño que, seis meses después, continúe oliendo cada mañana a canela. Hay mañanas que le gustaría preguntar a sus compañeras a qué huelen cuando bajan al sótano y entran en el vestuario. Pero teme que se vuelvan a reír como el primer día.

Cuando Josefina entra en el vestuario, Antonia ya está en bragas y sujetador. Sorprende su piel blanca, y el contraste entre sus piernas y brazos largos y delgados con el grueso volumen de sus pechos y su tripa. Cuando ve a Antonia y a sí misma medio desnudas en ese vestuario, siempre siente un obsceno pudor.

—Madre mía, nos hallamos en esa época de nuestra vida que estamos mejor vestidas que desnudas -dice Antonia. Y Josefina riéndose piensa que es verdad.

–Date prisa mujer. Te espero en la máquina, nos tomamos nuestro cafecito y empezamos la faena. -Se va, sin esperar respuesta, rápida y ruidosamente, como hace todo.

Desde el primer día que Josefina empezó a trabajar le pusieron como compañera a Antonia. Congeniaron desde el principio. La tranquilidad, la minuciosidad y el silencio de Josefina compensan el ajetreo, la incontinencia verbal y el ímpetu de Antonia. Las dos han adquirido la costumbre de llegar un cuarto de hora antes al trabajo, para tomarse un café tranquilamente antes de empezar la tarea. Así que cuando Josefina sale del vestuario, el resto de compañeras entra.

–¡Buenos días chicas!

–¡Buenos días madrugadora! ¿Antonia ya está en la máquina? -pregunta Paqui, la más joven e inocente de la cuadrilla.

–¡Nos vemos en el almuerzo! - se despide Josefina.

I

Al terminar la clase de anatomía, Josefina y Antonia entran al aula de disección para limpiarla. Aunque

desde hace seis meses, Josefina limpia todos los días esa aula, la rutina no ha evitado que al entrar en ella sienta un estremecimiento. No sabe por qué esa aula le produce tal desasosiego. Un desasosiego que su psique ha asociado al olor de la canela.

—No te rías Antonia, pero yo no sé por qué la mezcla de los líquidos para mantener a los cadáveres me huele a canela. Y mira que a mí la canela me gusta. ¿A ti a qué te huele? -Josefina pregunta sin vergüenza a Antonia.

—Mujer, a mí no me huele ni a canela, ni a muerto. Pero yo, como dicen mis hijos, olfato, lo que se dice olfato, no es que tenga mucho. Ayer mismo, al llegar del trabajo puse a calentar las lentejas para comer y mientras estaban en el fuego me llamó mi hermana, nos pusimos a hablar; cuando mi hijo abrió la puerta de la calle empezó a gritar: ¡Algo se está quemando! ¡Madre mía, las lentejas! Mujer, no había oído nada, cuando llegué a la cocina estaban negras como un tizón. Todo fue a la basura, las lentejas y el puchero. Tuvimos que comer huevos fritos con patatas. Por cierto, riquísimos. Igual si huelo a algo es a lejía.

“A lejía huele todo el edificio”, piensa Josefina antes de enfrascarse en sus pensamientos y dejar de escuchar a

Antonia. Josefina se había dado cuenta en estos meses que llevaba trabajando con ella, que Antonia no habla para ser escuchada. Solo necesita de vez en cuando oír de Josefina frases como: “Ah, sí. No me digas.” La voz de Antonia contándole, como era de esperar, la conversación con su hermana, no interrumpe las lucubraciones de Josefina.

“¡Qué curioso! Empecé a trabajar en la facultad al tiempo que mi suegra se vino a vivir con nosotros. Y ella a todas las comidas le echa canela; es normal echarle a la calabaza asada, a las natillas y a otros postres, pero ¡a las salsas, como la de los chipirones a la española! Nadie condimenta con canela las salsas, solo ella.” Josefina está meditando sobre ello mientras limpia las mesas de acero inoxidable donde los alumnos diseccionan los cuatro cadáveres de sus clases de anatomía. Cuatro cadáveres, de cuatro personas anónimas, que los estudiantes llaman, ahora, cariñosamente: “Paco y Paca” y “Pepe y Pepa”.

Josefina se pregunta, con cierta tristeza, si estas personas habrían decidido en vida donar su cuerpo a la ciencia o si habría sido una decisión de sus familias. Ella sabe que no le gustaría pasar su eternidad en el ajetreo de ser abierta y mirada científica e impudicamente semana tras semana y año

tras año, por cientos de estudiantes de medicina. Verdaderamente Josefina siente un profundo dolor al pensarlo. Ensimismada en ese sentimiento de dolor y desolación y embriagada por el olor a canela, limpia las mesas frías de acero inoxidable y las tinas adjuntas donde los cuerpos están depositados. Esos cuerpos de piel azulada, suturada y tersa como figuras de poliuretano.

Inesperadamente la voz de Pedro, el técnico de los cadáveres, interrumpe la embriaguez mortecina donde está sumida.

—¡Buenos días, chicas! Dejad de limpiar. Aquí traigo otro cuerpo que tengo que preparar para la ciencia.

Pedro tiene aproximadamente treinta años y una sonrisa picarona que deja traslucir cierta concordia con la vida, a pesar de su relativa juventud. Una concordia surgida, probablemente, de ese contacto diario y real que tiene con la muerte, desde que empezó a los dieciocho años a trabajar como ayudante de su padre en la facultad; al jubilarse éste, Pedro heredó su puesto de trabajo. Toda una cadena familiar dedicada, como Pedro cuenta, a “mimar cadáveres, porque este oficio no se aprende en ninguna escuela, se lleva en los genes familiares.” Un oficio, el de embalsamador de

cadáveres, que en la familia de Pedro es una tradición que van aprendiendo de padres a hijos: Pedro, de su padre; su padre, del abuelo de Pedro, y el abuelo, del tatarabuelo de Pedro.

—En este trabajo la crisis nos ha venido de “perilla”, como las familias no pueden pagar los entierros, pues a donar los cuerpos a la ciencia. Ahora, podemos elegir los cuerpos a la carta -comenta Pedro de manera socarrona.

—¿Cómo es eso? -pregunta Josefina.

—Mujer, imagínate que se muere tu suegra. Llamas a Pedro, te quita el cadáver y todas las preocupaciones.

—Antonia, por favor, calla un momento y deja que lo explique. -Josefina se sorprende por el interés que le suscita el tema, hasta el punto de mandar callar a Antonia, cuando el carácter de esta le intimida.

—Mira, Josefina. Cuando una familia dona el cuerpo a la facultad, esta se hace cargo de todos los gastos y papeleos del entierro. La familia se ahorra los 3.000 o 5.000 euros que cuesta dar sepultura. Y, además, se quedan con la conciencia tranquila al ser por una buena causa: ayudar a la investigación. -De repente Pedro corta la conversación.-

Dejemos de hablar que se me va a pudrir el muchacho. El pobre murió ayer por la noche en un accidente de coche en Teruel. De madrugada fui a recogerlo al Hospital Provincial. Así que llevo toda la noche sin dormir, y todavía me quedan unas horas para dejarlo como una mojama. Así que chicas no me deis más “palique” que tengo que trabajar.

II

Algunos días Josefina al abrir la puerta de su casa siente remordimientos por haber abrigado un cierto temor hostil cuando su suegra se fue a vivir con ellos. Todos los relatos de prejuicios ancestrales sobre suegras y nueras le sobrevolaron el corazón y la mente. Relatos que no se acoplan a su verdadera relación. Su suegra siempre es muy cariñosa y amable con sus dos nueras en las reuniones familiares; incluso hasta darles la razón cuando critican algún comportamiento de sus hijos. No fue justa en pensar que la convivencia con su suegra iba a ser hostil. En realidad está siendo todo lo contrario, hasta recordarle sensaciones agradables arraigadas a su infancia y juventud.

Y hoy es uno de esos días. En el rellano, enfrente de la puerta de su casa, con las llaves en la mano, Josefina se queda

parada unos segundos absorta en el olor de los chipirones en salsa española con “un toque de canela” que prepara su suegra. El olor le ha extasiado el olfato, produciéndole una inmensa jovialidad y despreocupación juvenil. Y durante esos segundos recuerda aquellos días primaverales de su juventud, cuando al mediodía, expectante y hambrienta, salía corriendo del colegio. Un recorrido de vuelta a casa donde el único pensamiento ansioso era adivinar qué comida tendría preparada su madre. Cuando llegaba al rellano, antes de abrir la puerta, el pensamiento se había convertido en rezo para que en la mesa estuviese alguno de sus platos preferidos. Y cuando ello ocurría: ¡Dios mío qué inmensa alegría!

Josefina abre la puerta de su casa. Y la jovialidad que el olor de la comida le ha despertado se evapora. Un desgarrador estremecimiento recorre su cuerpo al recordar aquella mañana de hace un año, cuando su suegra cerró para siempre la puerta de la casa donde había vivido durante cincuenta años. Su suegra no derramó ni una lágrima, ni pronunció ninguna palabra.

“Hacía un año que se había instalado con nosotros. En mayo pasado, justo cuando Alberto se fue a Londres, la casa de mi suegra, donde había vivido desde que se casó hacía

cincuenta años, la declararon en ruina. Si mi suegra vivió ese penoso desalojo con una digna melancolía, mi marido, su hijo, se llenó de ira. Sólo maldecía rabioso: – ¡Maldita especulación! ¡Todos son unos sinvergüenzas, la inmobiliaria, el ayuntamiento! ¡Dios, no hay justicia para los pobres!”

En la cocina, el hijo y la madre están cordialmente hablando, mientras esperan la llegada de Josefina para comer los chipirones en salsa española con “un toque de canela”.

Josefina mira con una emoción maternal la escena.

“Desde que su madre vive con nosotros Juan está menos malhumorado por no encontrar trabajo, parece que al hacerse responsable de su madre, ha recuperado el respeto en sí mismo.”

III

“**Y**a estamos de nuevo en diciembre. Faltan quince días para Navidad. El día veintitrés llega Alberto de Londres para pasar con nosotros las fiestas.” Josefina está contenta con la vuelta de Alberto. Pero la alegría de la llegada de su hijo, se ensombrece con la preocupación de ver que su

suegra no tiene el ánimo de los meses anteriores. Está apagada y se queja de un constante dolor en el costado izquierdo.

—No os preocupéis. El día dieciséis de enero tengo que ir al hospital a la revisión anual. El cardiólogo dirá lo de siempre, la edad y el corazón.

El dolor no le impide dejar de elaborar los platos preferidos de su hijo Juan, de su nieto Alberto y de su nuera Josefina durante todas las fiestas navideñas. Cocina, sin dejar que nadie le ayude. Cocina y congela de un modo frenético e imparable.

—Después de las fiestas, solo tenéis que descongelar la comida y a la mesa -conjugando el verbo siempre en segunda del plural y no en primera del plural; como si ella no fuese a estar cuando Josefina y Juan descongelen la comida.

Hay algo de irracional y absurdo en el hecho de cocinar tanto, pero ninguno de los tres hace un reproche o broma al respecto. Josefina a veces piensa que si cocina con tanto entusiasmo, a pesar del dolor marcado en su cara, es por un intento de dejarnos en el paladar su recuerdo cuando ella ya no esté.

IV

Se acabaron las fiestas navideñas. Es dieciséis de enero.

Temprano, los tres juntos salen este día de casa: Juan y su madre al hospital y Josefina al trabajo. Alberto ha vuelto a Londres.

A media mañana Juan llama a Josefina.

–Mi madre ha muerto -así de lacónico comunicó Juan el fallecimiento de su madre.

La madre de Juan murió súbitamente mientras preparaba un té, tras la vuelta del hospital.

–Está todo normal. Siga tomando las pastillas para el corazón y nos vemos el año que viene -este fue el diagnóstico médico.

Una hora después moría en la cocina de la casa de Josefina y Juan, preparando un té para ella y su hijo. La revisión médica no pudo ver lo que ella ya sabía durante todas las

Navidades: que la muerte le estaba esperando al terminar las fiestas.

Murió discreta y silenciosa. Tan silenciosa que ni la tetera se le cayó de las manos cuando desfalleció en brazos de su hijo.

—Juan, no me siento bien, -pronunció estas últimas palabras mientras dejaba la tetera en la mesa, su hijo se levantó y ella le abrazó.

La causa de la muerte, dijeron los médicos, súbita.

V

“**A**l estar Juan en el paro, sin ahorros en el banco y una hipoteca para pagar, decidimos donar el cuerpo de mi suegra a la ciencia. Llamamos a mi compañero Pedro, rellenamos los impresos, recogió el cuerpo y llevó el cadáver de mi suegra al aula de disección de la Facultad de Medicina.”

—Lo siento Josefina. Nos vemos el lunes... Y a tu suegra también. -“No sé si las palabras de despedida de Pedro me afectaron, pero no me sorprendieron; están acorde con su tono

socarrón de alejarse emocionalmente de la realidad dolorosa de su trabajo. Desde luego no las tuve en cuenta.”

VI

Este lunes, veinticuatro de febrero, el olor a canela del aula de disección es para Josefina más intenso que los otros días. Un olor a canela, real y aséptico, exhalado por los líquidos utilizados para mantener incorruptos los cuerpos de la ciencia, entre ellos el de su suegra; un olor a canela que tanto le recuerda a los chipirones en salsa española con “un toque de canela” que su suegra cocinaba.

Hoy, veinticuatro de febrero, es el cumpleaños de su marido. Al llegar a casa, ambos comerán por última vez ese plato de chipirones en salsa española con “un toque de canela” que su suegra cocinó durante las pasadas Navidades. Anoche lo sacaron del congelador.

Accèsit Associacions

Aita Olaia

Paz Martínez Cervera

Abrió la puerta como todas las tardes y entró en su pequeña tienda. Le asaltó un fuerte sentimiento de soledad y tristeza, y notó como las lágrimas querían brotar de sus ojos pardos. Sentía un vacío infinito y algo ciertamente parecido al miedo. Sabía que aquello pasaría y se lo había repetido para sí misma cientos de veces, pero en ese momento se encontraba realmente afectada, y no había podido reprimir el llanto cuando aquella mañana él le había espetado con indiferencia “la vida sigue, ahora aprende a sacarte tú sola las castañas del fuego”. Tenía una sensación de abandono, como si algo o alguien la hubiese dejado de su mano, completamente a la deriva... A pesar de ello confiaba en que el cambio que había dado su vida en apenas cuatro meses sería por una buena razón. Quizás quería caminar más rápido que lo que el tiempo le permitía, que las manecillas de su reloj fuesen a toda prisa y amortiguasen pronto su dolor pero... sabía que todo

estaba ocurriendo tal y como estaba previsto, de la única manera que podía pasar, así...

Encendió las luces de aquella planta baja repleta de antigüedades y objetos *vintage*, y lo primero que vio fue una réplica de una casa victoriana que había colocado hacía unos días sobre la mesita de noche que tenía en el recibidor. Era una antigüedad con el número de identificación 017A pintado en su base que la tía Carmela, la hermana de su abuela Olaia, le trajo de Praga a esta última en una de sus visitas a su Larraga natal, allá por el año 1920. La tía Carmela había emigrado a Europa central, donde años después conocería al que sería su marido. Cuando la abuela Olaia era todavía soltera, su hermana Carmela, ocho años mayor que ella, había tratado de convencerla para que fuese con ella en busca de una mejor vida pero la abuela no quería alejarse de sus raíces, a pesar de las calamidades que estaban pasando en aquellas tierras. Así que prefirió quedarse en Navarra. La casa victoriana fue un regalo que le hizo a Nekane su madre cuando cumplió 16 años, momento en el que le contó la historia de su vida. Tenía grandes ventanales y sobre su tejado había nieve pintada. Representaba una escena típica de Navidad; un caballero ataviado con un sombrero negro, guantes y bufanda, tocaba un violonchelo en su puerta, y había dos pequeñas figuras de

un caballero y una dama paseando a un bebé en una especie de trineo. Una señora que portaba un sombrero de la época y un ramo de flores en la mano, esperaba junto a una farola en la puerta de una floristería, engalanada para las fechas navideñas con tiras hechas de ramas de abeto y lazos rojos. A pesar de lo entrañable de la estampa, parecía faltarle algo, como si hubiese una segunda mitad que, unida a esta, completase la maqueta navideña. Y Nekane buscaba sin cesar aquella parte...

Esa era una de sus grandes pasiones, la limpieza y restauración de piezas antiguas para volver a ponerlas a la venta. Encontraba una magia especial en cada uno de los joyeros de porcelana china que en tiempos antiguos habrían guardado delicadas piezas de alguna adinerada dama. Cada uno de aquellos jarrones y figuras llevaban consigo la esencia de otra época y, como Nekane siempre decía a sus compradores, tenían alma propia; era algo que los convertía en pequeños tesoros, únicos y muy especiales. Claro que ella sabía que su pasión hacia aquello era muy subjetiva, pues siempre había quien no alcanzaba a ver más que objetos destartalados y viejos cuyo mejor destino era la basura o, en el más privilegiado de los casos, un polvoriento rincón en el desván. Pero Nekane era así, una mujer que se aferraba a sus sueños, se rebelaba contra lo que no compartía y finalmente

seguía su propia intuición, con la aprobación de los demás o sin ella, aunque ahora su vida discurría no sabía muy bien por dónde... Muchas veces le comentaban que aquella dulzura que desprendía su físico contrastaba con sus fuertes ideas y convicciones, pero lo cierto es que eso no hacía más que acrecentar su encanto. La primera impresión que se solía tener de ella era la de una mujer frágil; su pelo castaño, su tez pálida y su delgada complexión la convertían en una especie de delicada muñeca que despertaba mucha ternura. A menudo su madre le decía que era igual que su abuela Olaia, aunque algo menos corpulenta, y eso le enorgullecía enormemente ya que sabía lo valiente que había sido la abuela y todo lo que había luchado. Su voz pausada y amable era muchas veces forzada, pues sentía tanto amor por lo que hacía que su primer impulso era el de contarles a sus clientes aceleradamente, con detalle y con gran entusiasmo, algo acerca de sus piezas. Así que procuraba calmarse y respirar profundamente antes de atender a cada persona que le preguntaba por algún objeto. Era una persona elocuente cuando la compañía y la conversación le motivaban, y no dudaba en sacar su vena rebelde para defender sus ideas, pero era a la par sumamente cauta y prudente cuando algo no le interesaba. Era algo innato, que portaba en su genética y que le venía indudablemente de Artizar, su madre, y de la abuela Olaia.

Ella, la madre de Nekane, había sido una mujer fuerte, con una infancia marcada por la precipitada y angustiosa separación de su madre con apenas 8 años.

Corría el año 1941 en una pequeña localidad de Navarra; la guerra civil había terminado dos años antes pero la normalidad en aquellas tierras húmedas no lograba recuperarse. Los recuerdos por los familiares muertos y desaparecidos en la barbarie todavía seguían frescos, y caían fríos e intermitentes sobre las cabezas de los vecinos día tras día, como la fina lluvia a la que estaban acostumbrados.

—Aita ¿cuándo volverá padre? -solía preguntar la madre de Nekane a la abuela Olaia.

Y Olaia abrazaba a su hija y luego con las manos en sus mejillas le decía mirándole fijamente a los ojos:

—Mi vida, padre tuvo que marchar de casa por nosotras dos, y solo sabemos que sigue con vida en el monte. Tenemos que ser fuertes hija... mira esto... -le decía a la par que le mostraba algo dentro de una caja de metal.

—Es padre, junto a otros hombres del pueblo... aquí estaban cuando el Arga se desbordó. Trabajaron todos juntos, codo con codo, día y noche. Nadie pensaba que volverían a casa, pero... volvieron... Todo lo que han hecho estos hombres por su tierra nunca caerá en el olvido Artizar, ya lo verás... -continuó explicándole a la niña al tiempo que le mostraba una foto amarillenta cuyos bordes estaban desgastados.

En realidad Artizar no lograba comprender bien aquellas palabras, pero recordaba lo que le dijo su padre la noche antes de marcharse:

—Hija nunca te fíes de aquel que esté criado en el rencor, pero sobretodo no se lo guardes a nadie, pase lo que pase.

Y sabía que era un buen hombre, aunque ahora dormitase en las cuevas plagadas de musgos y líquenes, escondido como un animal indefenso, como su madre le había contado. Lamberto que así se llamaba su padre, había estado afiliado a un sindicato durante la II República por lo que, al acabar la guerra, tuvo que esconderse en los adentros de los montes junto a muchos otros milicianos. Olaia por ello vivía amenazada constantemente, y muchas veces padecía toda clase de humillaciones por las autoridades del pueblo... En ocasiones se le negaba su justa ración de harina o leche en

polvo cuando acudía con su cartilla de racionamiento al ayuntamiento.

—Olaia, preciosa... dinos dónde tienes escondido a ese mal nacido de Lamberto, venga mujer... hazlo por tu hija -le decía el guardia civil mientras le mostraba su ración de aceite con el brazo en alto para que no pudiera alcanzarla.

Y ella no podía sino apretar fuertemente sus dientes mientras por sus ojos lanzaba la más fiera mirada cargada de rabia hacia aquel hombre. ¿Su hija? No, eso no iba a consentirlo. Ya le habían arrebatado a su marido, y había sufrido en sus carnes el sentimiento del miedo y la soledad para que alguien osara quitarle a su hija Artizar, su pequeño lucero del alba, que es lo que significaba su nombre... Un día no pudo reprimirse y ante las amenazas de las autoridades con despojarle de su hija si no hablaba, le levantó la mano a un guardia civil para darle una bofetada pero alguien por detrás le asió fuerte por el brazo y evitó que aquello fuera a mayores.

—Te vas a acordar siempre de este día... -le espetó con rabia el guardia.

Y ella con la cabeza bien alta, agarró a Artizar de la mano y se fue de allí maldiciendo a aquel hombre y a todos aquellos

que habían destrozado su vida. Olaia intuía que la habían seguido más de una vez cuando se adentraba en las frías noches de la Sierra de Aralar, y sabía ciertamente que su vida corría peligro, aunque no por ello iba a renunciar a seguir haciéndolo...

Nekane en un intento por retornar de aquellos pensamientos dolorosos, respiró profundamente y dijo en voz baja:

–Vamos Nekane, seguro que la tarde de hoy te depara alguna sorpresa agradable -se dijo.

Entonces se acordó de que esa misma mañana había recibido un par de bultos. Caminó unos pocos pasos en dirección a ellos cuando le fallaron las piernas y cayó sobre la gruesa moqueta que cubría el suelo. Conteniendo las lágrimas de rabia por su propia torpeza pensó que ya estaba bien, que era hora de levantarse no solo de aquella moqueta sino de aquel “tropiezo” en su vida. No podía pasar el resto de sus días lamentándose; seguro que algo importante estaba por llegar... o al menos eso es lo que ella intuía...

Se incorporó y, aunque la muñeca derecha le dolía bastante, fue directa a los paquetes que se disponía a abrir antes de la caída. Los puso sobre el robusto mostrador de madera y comprobó con asombro que era el pedido que esperaba de Nueva Inglaterra. Se trataba casi de un milagro que hubiese llegado tan pronto teniendo en cuenta que eran vísperas de Navidad, pero la señora Mills había calculado el tiempo de envío para que le llegase a punto para las fiestas. En las calles se respiraba el aroma a leña quemada en las chimeneas, y los escaparates del casco antiguo estaban llenos de tiras de bombillas multicolores que iluminaban los relojes, botellas de cava y licores, muñecas de porcelana, cajas de galletas de metal... y toda clase de regalos impacientes por participar del calor navideño de algún hogar.

Las cajas venían envueltas en papel marrón con una fina cuerda alrededor. Nerviosa estiró de aquel hilo con fuerza y se hizo daño en su mano derecha.

–Tranquila... tranquila, voy a hacerlo bien... no puedo volver a lastimarme... no lo haré -susurró mientras tomaba aire.

Cogió unas tijeras y con sumo cuidado cortó el hilo de una de las cajas. En el remite leyó *Heather Mills, 7, Old Sturbridge,*

Providence, e instantáneamente se trasladó al lugar que había visitado durante sus últimas vacaciones. De momento le asaltó la nostalgia pero volvió a respirar hondo; aquel viaje había sido el último que habían realizado juntos Jon y ella durante las Navidades anteriores, y le había parecido de ensueño. Habían visitado varias tiendas de Boston, Massachussets y Providence, ciudad en la que había conocido a Heather, la dueña de *French Antique Shop*, una preciosa tienda de antigüedades decorada como las casas típicas de la zona. Con ella había acordado la compra y el envío de varios artículos para la nueva tienda de antigüedades que Nekane pensaba inaugurar en unos meses en una planta baja de la calle Compañía. Aquel local estaba situado en el mismo edificio en el que su madre había vivido desde que, tras la muerte de la abuela, la llevasen a vivir a Pamplona, con la tía Carmela, quien tuvo que regresar a Navarra por la desgracia para atender a su hermana pequeña.

Nueva Inglaterra se había convertido para ella en un lugar misterioso y romántico a la par desde que, años atrás, leyese los cuentos de terror de *H.P Lovecraft*. A través de ellos este autor había logrado sumergir a Nekane en un lugar plagado de supersticiones y encanto, en el que el calmado follaje de los árboles contrastaba con las misteriosas historias, empapadas

de alcohol y delirio, contadas por los hombres de la mar en las tabernas de los puertos de *Rhode Island* al atardecer. Historias de brujería acaecidas entre los primeros colonos británicos y holandeses, cuyas casas con grandes tejados y amplias estancias guardaban oscuros secretos, leyendas de fantasmas y seres mitad humanos mitad animales inventados por el autor...

El sonido de la campanilla que tenía colgada en la puerta le hizo regresar a la realidad y vio como un señor muy viejo entraba en la tienda tarareando un villancico navideño, que le recordó mucho a *Rocking around Christmas Tree*, una de esas canciones antiguas que Nekane se había cansado de escuchar en el tocadiscos de los años 50 de sus padres.

—¿Y dónde está tu árbol de Navidad, chica? -preguntó él sin ni siquiera saludar.

—Bueno... la verdad es que este año no pensaba colocarlo... -contestó ella contrariada por la indiscreción del hombre.

—Como dijo Dickens... el recuerdo, como una vela, brilla más en Navidad... ¿verdad hija? -dijo el hombre con una

dulce sonrisa que dejaba entrever los pocos dientes amarillentos que tenía.

Nekane estaba atónita porque... ¿cómo podía saber aquel viejo que ella no tenía ganas de celebrar la Navidad ese año? Aquel hombre llamaba mucho su atención; tenía unas pobladas patillas canosas y llevaba unos diminutos anteojos. Bajo su sombrero negro de copa gastado, se veía un largo cabello blanco y alborotado. Aunque era evidente que pretendía ir vestido de manera elegante con un traje azul marino y una bufanda roja, lo cierto es que su aspecto era algo desastrado ya que sus pantalones le venían muy holgados, y la chaqueta estaba bastante descolorida. Parecía haber viajado en el tiempo desde la Inglaterra victoriana, y le recordaba a alguno de los personajes de los cuentos de aquella época.

—Y... dígame... ¿en qué puedo ayudarle caballero? -dijo Nekane.

—Ayudarme... no creo que puedas hacerlo hija... soy muy viejo... -contestó él.

—¿Entonces... ?

–Sólo he pasado a verte, una tienda preciosa a la que falta lo más importante.

–Y dígame, ¿qué es eso tan importante? -dijo ella un poco enfadada ante la indiscreción de aquel personaje.

El hombre se dio la vuelta y caminando hacia la puerta le contestó:

–Mira en tu interior y piensa si los pensamientos que albergas te hacen feliz. Estamos en Navidad hija, los milagros no ocurren solo ahora, pero dale una oportunidad y dátela a ti misma. Y después procura conservarla durante todo el año en tu corazón...

Abrió la puerta y salió de la tienda al tiempo que Nekane creyó oír el sonido, muy sutil, de unos cascabeles. Un destello de luz brilló en la lámpara de cristal de *strass* que colgaba cerca de la puerta, y su reflejo iluminó la mesita de noche de la entrada. Entonces vio una cajita junto a la casa victoriana. Parecía estar tallada a mano y dentro encontró un papel con algo escrito:

Cada fracaso te enseñará algo que necesitabas aprender. Pero no acalles la voz de tu interior, que no te paralice el miedo nunca, sueña con lo que anhelas y no te rindas jamás.

Aquella frase le recordó de nuevo la historia de sus abuelos Olaia y Lamberto, una historia de lucha por los ideales y de gran valentía. Le recordaba que si su madre no se había rendido ante la tragedia en su vida, ¿por qué iba a hacerlo ella ante su ruptura sentimental con Jon? Lo único que tenía que hacer era dejar que esa rebeldía que corría por su interior se transformase en coraje para afrontar su nueva vida. De repente volvió a trasladarse al pequeño pueblo de su madre...

Artizar volvía de la escuela en una mañana soleada y brillante. Subía la cuesta custodiada por avellanos y matas de endrinos, e iba golpeando sin preocupación una piedra con la puntera de los zapatos que su madre le había remendado esa misma mañana. Al llegar a la puerta de su casa vio como su madre llevaba un canasto con ropa blanca.

–Aita ¿marchas al río? Déjame que te acompañe. -dijo Artizar.

Olaia había dejado asadas unas pocas cebollas para la comida, y tenía pan negro, más negro de lo habitual pues estaba hecho con salvado, pero aún así era como una

bendición ya que en aquellos días escaseaba enormemente. Así que tomaron un pequeño sendero que bordeaba la casa y se dirigieron hasta abajo, a un claro a orillas del río donde las mujeres lavaban la ropa. Su madre no solía ir a lavar antes de comer pero a la niña le resultó divertido ir a investigar al río. Artizar se quitó los zapatos y a pesar de los gritos de su madre, se metió en la fría agua del Arga. Le gustaba hacer equilibrios sobre los resbaladizos cantos redondeados del fondo y corría tras los pececillos temerosos. Era un día de mucho calor y la niña se agachó a refrescarse la cara. Al levantarse para secarse vio que su madre dejaba la ropa y cogía un paquete para acercarse a unos arbustos. Todo sucedió tan deprisa... Artizar escuchó una explosión y los gritos de socorro de su madre que salían entre la vegetación, pero no conseguía verla.

—¡Aita, aita! ¿dónde estás? -gritaba histérica la pequeña mientras trataba de salir del río.

—Hija mía, llama a alguien, corre, date prisa... -contestaba la voz desgarrada de su madre.

Lo que había pasado era algo terrible. Olaia se había acercado a unos arbustos donde normalmente le dejaba víveres a su marido. Esta vez traía unos mendrugos de pan

negro, de los pocos que aquel día había conseguido y que todavía seguían tiernos, con la esperanza de que Lamberto bajase de la Sierra antes de medianoche a cogerlos, y algo de tabaco. En el hoyo tapado con hojas donde siempre depositaba las cosas, encontró algo enrollado y, antes de que pudiera escapar al percatarse de lo que era aquello, se quedó paralizada por el miedo a la par que un manojo nervios le subía violentamente hacia la garganta, como la incontrollable lava de un volcán en erupción. A continuación una explosión... solo un estruendo que seguiría retumbando para siempre en los adentros de la niña.

Artizar creyó ver como un grupo de vecinos bajaba entre gritos por el sendero, pues el estado de shock en el que estaba le había dejado la vista completamente nublada y, cogiéndola por la fuerza para evitar que se acercara a su madre mientras ella gritaba y daba patadas en el aire, la llevaron a casa. Nunca más volvió a ver a su madre; una bomba de mano tipo *Laffite* manipulada previamente le había estallado en el escondite donde tantas noches había bajado a dejarle comida a su marido Lamberto. La bomba seguramente no estaba destinada a explosionarle a ella sino a alguno de aquellos hombres a los que se les habían privado de libertad y deambulaban

hambrientos por los bosques. Sea como fuere, Artizar ahora se encontraba vacía y sola, infinitamente sola...

Nekane se quedó meditando unos instantes... Su madre había vivido una auténtica tragedia; la absurda guerra le había provocado la muerte de una madre y la privación de ver a un padre a una edad tan temprana... eso sí era terrible y no los problemas amorosos en los que Nekane parecía haberse quedado anclada. Salió corriendo a la calle con la cajita en la mano a buscar a aquel hombre, pero no había ni rastro de él. Había anochecido completamente y algunos pequeños copos de nieve comenzaban a caer. Puso sus manos con las palmas hacia arriba y abrió la cajita como queriendo guardarlos en ella, y con los ojos cerrados levantó su cara hacia el cielo para llenarse de la magia de la Navidad. Estaba todavía contrariada por la visita de aquel extraño personaje, y en cierto modo sobrecogida por los recuerdos de sus abuelos, pero sintió como una sensación de calma le inundaba y una brisa tibia le rozaba el pelo. Abrió los ojos y vio enfrente de ella una castañera que se afanaba en avivar el fuego de su estufa. Tan ausente había estado que ni siquiera había reparado en ella

durante todos aquellos días antes de Navidad, y entonces decidió comprar una docena de castañas antes de marchar a casa. Se acordó de la frase que había oído por la mañana acerca de ellas, y se la repitió con ironía para sus adentros al tiempo que se decía que lo que hoy parecía imposible con el tiempo sería una conquista. Al fin y al cabo su madre había logrado retomar su vida, con gran valentía y luchando por Nekane, su pequeño lucero del alba. Cogió las castañas y cruzó la calle hasta su tienda de antigüedades.

Era casi la hora de cerrar pero la visita del anciano le había hecho recapacitar en cierto modo acerca de su visión de las cosas, por lo que no le importó demorarse en terminar de abrir sus pedidos. Faltaban dos días para Navidad y tenía curiosidad por ver los objetos enviados por Heather para ponerlos a la venta al día siguiente. Ante sus ojos aparecieron dos botellas de licor de cristal de una antigua fábrica en Boston, mucho más bonitas de lo que las recordaba. Entonces le vino a la mente lo que había pedido para esas fechas y pensó que en una única caja hubiese cabido todo. Solo faltaba por sacar un juego de copitas de cristal tallado y, en efecto, ante ella aparecieron las 6 copas de cristal azul de la casa *Waterford*, probablemente llevadas hasta Nueva Inglaterra por alguna pudiente familia irlandesa. Tomó las tijeras de nuevo y

comenzó a abrir el segundo paquete. Le embriagó un dulce aroma a mezcla de madera, canela y naranja, el mismo que había olido en la tienda de Heather. Cuando quitó los papeles del embalaje, el corazón le dio un vuelco; ante ella había una maqueta de Navidad muy similar a la de su abuela. La sacó con cuidado e intuyó algo, por lo que miró su base emocionada y sin poder evitarlo comenzó a llorar de alegría. Aquella maqueta tenía la inscripción 017B. Se trataba de un verdadero milagro... Heather sabía que Nekane lo buscaba, y se había puesto manos a la obra hasta contactar en Praga con un prestigioso restaurador de antigüedades quien le había proporcionado información para conseguir aquella pieza única de colección. Sin pensarlo dos veces se lo había enviado como regalo de Navidad. No sabía por qué, pero en unas horas estaban ocurriendo grandes y pequeñas cosas que le estaban removiendo sus adentros, aliviándole en parte su dolor.

La víspera de Navidad Nekane cenó con sus padres, pero al volver a casa, decidió disfrutar de la magia de la Nochebuena y no acostarse tan pronto como había pensado días atrás. Así que bajó al sótano y rescató con ilusión el abeto de Navidad del año anterior. Lo adornó con lazos rojos de terciopelo y pequeñas figuras de madera que guardaba de cuando era pequeña. En la repisa de la chimenea colocó con mucho

cuidado las dos piezas que al fin había logrado reunir y que significaban para ella la estampa de Navidad más entrañable del mundo. Se sentó un momento frente a la chimenea mientras tomaba un chocolate caliente, al tiempo que miraba el fuego pensando en los últimos meses de su vida. De repente le invadió el recuerdo de su vida un tiempo atrás, y comenzaba a encogerse el corazón cuando fijó su mirada en las dos piezas reunidas, como cuando lo hicieron la tía Carmela y la abuela Olaia, y en su cara se dibujó una sonrisa que nacía de sus adentros. De repente escuchó unos golpecitos en su ventana. Se giró y no vio a nadie, así que la abrió y al asomarse solo oyó el sonido del viento polar. Había nieve por todas partes y en el suelo vio unas pisadas de botas que desaparecían entre los arbustos. Oyó el sonido de unos cascabeles disipándose hacia el cielo que le resultó familiar. Se acordó del anciano que la había visitado y al mirar al cielo pasó una estrella muy brillante dejando un destello en el firmamento. Mientras Nekane lo contemplaba pudo escuchar risillas entre los árboles de su jardín... Ahora creía entender qué era lo que le faltaba a su tienda y a su vida, un toque de magia y la dedicación con alegría a sus quehaceres diarios, sin pensar en el por qué de las cosas, alejando de sí el rencor, tal y como solía decir su abuelo...

Aquella noche durmió plácidamente y se levantó con la certeza de que todo iría bien, solo tenía que repetírselo y creérselo. El día de Navidad escuchó sus viejos vinilos con clásicos de Navidad, y decidió regalarle a su madre una de las mitades de la casa victoriana de la abuela Olaia, para que cuando las volviesen a unir en Navidad recordasen que el verdadero milagro de la vida se encontraba en aquellos pequeños y grandes detalles a la vez... Había ciertos lazos en la vida que nunca nadie podría quebrantar a pesar del transcurrir del tiempo, ni del intento de nadie por privar a los demás de la libertad, y aquella maqueta de Navidad serviría para mantener vivo y más fuerte que nunca el recuerdo de la mujer más importante de su vida, la aita Olaia.

Accèsit Lliure

Vida y reflexiones de geranios secados al sol

Cristina Gimeno García

Diarario de una aventura. De una aventura sin aventureros, pero con inesperados compañeros de viaje. Una aventura sin selvas, ni junglas, ni montañas, pero sí con niebla, niebla y lluvia. Con una humedad que moja el alma, frío del que no se borra, dejando el cuerpo lleno de goteras. Y te llueve por dentro, con el incesante golpeteo de las gotas contra el cristal. Esa lluvia cansina y triste, cansada y sola, que azota la ventana dejando surcos de cristal fundido. Una aventura sin aventureros, pero con gente dispuesta a borrar las nubes que empañan la frente y la dejan embarrada. Aventureros de papel en aventuras en tren. Una aventura que se tiene que escribir. Escribir para que en la memoria no se asienten los fantasmas del tiempo, que todo lo borran con su aliento podrido, con sus cadenas de castillos perdidos en un instante que nunca existió, en ruinas, con sus gritos de animal enjaulado.

Escribir para no dejar que el óxido del olvido corroa las entrañas, para dejar constancia en el ir y venir de los días, de las noches que no acaban. Escribe escribidor, tú que puedes, escribe. Para que, más tarde, sepan que exististe. Escribe para que no te devore la melancolía, escribe. Escribe si puedes, escribe. Escribe si quieres, escribe. Si sabes, escribe. Y cuenta. Cuando estés arrugado como un pergamino viejo, cuenta con voz de reliquia, para que no se olviden de escuchar. Lentamente, sintiendo el peso de tu bolígrafo. Que no se olviden de ti, escribidor que escribes.

Tu conciencia son páginas en blanco que esperan. Escribe con las ganas de palabras recién horneadas en tu boca. Tu boca de miel, recién nacidas en tu boca de hiel. Escribidor que escribes contra el olvido. Escribidor con piel de cartón. Tú que escribes, sueña, como lo hacías ayer. Con mundos que nadie descubrió, con mundos nuevos que nadie conquistó. Para que no se te olvide soñar. Pon tus recuerdos y tus aventuras en palabras de papel. Diles a todos que ya sabes cómo es el mundo, y te importa poco. No escuches a este mundo loco girar y sé el escribidor que escribe su aventura en palabras de tinta que permanecen eternamente. Escribe para no envejecer. Escribidor del alma mía en tinta de miel.

Yo no soy un escritor que grita, que escribe gritando para hacerse oír entre el barullo de la ciudad, entre los gritos de la gente que no llega tarde, la que corre para estar a tiempo y la que siempre se queda a medio camino. Yo no soy un escritor que grita entre frenazos de coches y humos de cabezas pensantes. Yo no soy el escritor que grita, sino el escribidor que escribe entre susurros. Hago personas de sal, les murmuro bajito, hacia el centro, para que me oigan mejor. Hago personas de sal, les soplo en los pelillos de la nuca y andan. Ellas se van lejos, hacia páginas de cemento que se vuelven edificios, caminan entre letras verdes que se vuelven árboles (si la caligrafía es ilegible se vuelven junglas), paseando entre nubes que se vuelven cielos y papeles que serán hojas secas entre casas, sombras entre esquinas, nieblas entre calles.

No sé cómo se hace, pero siempre lo hago bien, porque yo nací para ser el escribidor que susurra entre cartas viajeras que buscan sonrisas que despertar. No sé cómo empezar, pero siempre empiezo. Escribo en el metro entre miradas extrañas, entre sueños ajenos y bostezos descafeinados. También escribo al llorar lágrimas saladas, que luego recojo en un frasco de cristal (para poder hacer a mis hombrecitos de sal). Incluso escribo al dormir, cuando me persigue la oscuridad y corro rápido, rápido y lejos para despertar. Despertar cantando a tu

lado. Despertando con la luz de la ventana que se cuele entre las cortinas de agua.

Susurro escribiendo, escribo soñando, cuento susurrando y te miro cerrando los ojos. Cuando las letras de alrededor no tienen sentido, cojo mi lápiz y las ordeno. Las dejo crecer y correr libres, quiero que corran entre mundos agridulces. Mundos que construyo solo para ti; yo los hago con los pensamientos que se les caen a los demás. Los imagino con las ideas que a otros les sobran, para que no se queden tristes al creer que nadie las pensó. Las colecciono porque soy el escritor que, sin voz, susurra palabras de amor.

El problema es que ya no sé qué contar. ¿Cómo escribir? ¿Para qué? ¿Sobre qué hablas cuando se te ha acabado todo lo que tenías que decir? Se me han secado la lengua y las palabras, como una rama que se parte, descompuesta. Ya no puedo fingir más. Hoy en día, a nadie le interesan los cuentos. Todos tienen cosas más importantes en las que pensar. Y yo me he quedado sin oficio ni beneficio. Una vez fui el escritor que escribía por amor y ahora se me han ido volando las ideas. Abrí la jaula y se escaparon todas, volando con su aleteo traicionero. Y yo me he quedado con un montón de palabras

atascadas en la punta del lápiz. Ya no sé qué hacer. Porque nadie las quiere leer.

Me he puesto enfermo. Bueno, tal vez nunca fui el escritor que tú deseabas. Tal vez, mis historias eran solo de boquilla. Nunca supe contar para denunciar, ni cantar, ni mirar, ni cerrar heridas. Hace tiempo que se me secaron los geranios y los cuentos y las entrañas. Se me han quedado las ideas en un atasco, con miedo a ver la luz al final del túnel. Porque saben que en el mundo exterior ya no se escucha su voz. Entre tanta pedida de auxilio y de mano, de más y de menos, entre tanto grito de socorro, se han olvidado de hablar. Perdí mi magia hace tiempo y a mis lectores y lectoras, y a mis lectores leyentes que leen con gafas de partituras musicales en si bemol.

No he ganado nada y por eso hoy he salido a la calle sin nada que perder. Buscando algún rostro que me ofreciera algo. Si hoy veo una mirada que me estremezca por dentro y haga sonar todos mis acordes, me puedo morir tranquilo. Porque sabré que habré encontrado al personaje que me salve y no me deje caer en ningún vacío. Cuando lo encuentre sabré que es él. O ella. O todos a la vez. Todos a una como una sola cosa. Como si ya no existieran las desigualdades ni las

discriminaciones. Como si yo pudiera ponerlos, a él y a ella, en el mismo papel y que dejaran de ver qué es lo que tienen de distinto para empezar a ver qué les hace iguales. Con mi pluma borraré sus luchas y les haré ser personas de la misma humanidad y de la misma humildad. Serán mis personas con miradas de sal.

De repente, ahí estaba. Me saltó el estómago por dentro y me dieron un vuelco las piernas. Empecé a andar en círculos concéntricos, en órbitas perfectamente elípticas, todo a la vez, porque supe que, por fin, lo había encontrado. El momento que todo escritor sueña con presenciar. Ahí estaba ella. Con su cara de pena arrastrada en silencio. Con un extraño vestido que nunca había visto, un vestido negro que la cubría toda. No lo entendía, tal vez le daba miedo mostrarse a los demás. Puede que ese fuera su disfraz de heroína, usado para proteger su verdadera identidad. Seguro que esa mujer había hecho cosas grandes. Puede que estuviera de luto porque sus ojos ya no brillaban.

Tal vez el cardenal que se adivinaba cerca del lagrimal era el surco que le habían dejado las lágrimas al caer. Se le había manchado la mirada por nacer en un mundo que no eligió y se le había olvidado limpiarla. Alguien debería haberla avisado

antes de salir de casa. En fin, a lo que iba, que me distraigo. Pero esa mancha a él no le importó, cuando se cruzaron las miradas. Era pelirrojo, con tantas pecas que parecía que su cara estuviera llena de hormigas. Me pareció de otro planeta. Tan blanco que relucía bajo aquel primer sol de mayo tras las lluvias. Llevaba pantalones cortos, camiseta de tirantes, sandalias, gafas de sol y una sonrisa recién cepillada. Sus piernas eran patas de flamenco. Caminaba sin importarle la brisa que estremecía a los demás viandantes que habían aprovechado la luz de la mañana para pasear.

Así estaban los dos, caminando despacio. Y yo, sentado en un banco, observando las horas pasar. Eso sí que se me da bien. Observaba todo, imaginándome aventuras en tren con geranios de papel, cuando los vi cruzarse. Ni la mancha le importó, ni el vestido largo que ocultaba la identidad de la mujer. Tampoco la distancia que separaba sus mundos y sus planetas, porque estoy seguro de que no provenían del mismo universo. La miró y le borró todas las manchas de la cara y del alma. La miró con ojos que le borraron todos los velos y todas las veces que se sintió desgarrada. La miró con una mirada que necesitan los demás ellos cuando las miran al resto de ellas. Por fin, se miraron sin que ninguno bajara la vista al

suelo, porque en aquellas dos personas se había fumado la pipa de la paz.

Se acabaron las noches de miedo en un rincón, preparando la cena a toda prisa para desaparecer de la cocina lo antes posible, antes de que llegara y se acordara de que ella estaba ahí. Ya no más desdenes, ni indiferencias, ni ropa hecha girones, ni corazones a trizas, ni carnes a migas, ni huesos rotos y de sueños, pocos. Se acabaron las burlas para él con su cuerpo raquíptico y sus andares afeminados. Nunca fue lo que esperaban sus padres que fuera. Ni abogado, ni futbolista, ni médico, ni profesor, ni bombero, ni cocinero, ni hombre hecho y derecho. Él no era el hombre de pelo en pecho. Era una mariposa perdida que volaba de flor en flor escribiendo versos rotos. Rotos como el alma del poeta que no escribe versos de amor.

Él escribía versos de dolor y ella lloraba recuerdos de calor. Cuando su pelo flotaba al viento, en una tierra de brisas calientes y desiertos de polvo. Cuando su padre la amaba y su madre le hacía trenzas en su larga melena negra de castañas al fuego. Cuando bebía el agua que de milagro encontraba entre piedras ardientes. Cuando era niña y no había viajado lejos con su marido y no había perdido. Cuando aún tenía algo.

Ahora se lo habían robado todo y solo poseía los desprecios de él y de la gente que la miraba extrañada al pasar, que la miraba con desconfianza cuando entraba en su portal.

Lo único que le quedaba a esa mujer, era el recuerdo de la única lágrima que vio deslizarse por las mejillas de su padre en toda su vida, cuando la veía marchar. Aquel hombre que había nacido antes que el tiempo, tuvo que venderla a la familia adinerada del pueblo. La encerró en un matrimonio que aseguraba herederos a una parte, porque habían logrado para su único varón la única mujer joven que quedaba en la aldea, y aseguraba algo de dinero para sobrevivir un mes más a la familia más pobre del lugar. Aquellas dos personas estaban hechas de pedacitos de vida, partidos con cada golpe que coloreaba sus mejillas y sus huesos de rabia, pena y sufrimiento.

Aquellos dos caminantes sin camino, de playas sin huellas y pasos sin mar, se habían cruzado por casualidad en una calle desconocida. En un mundo al que no pertenecían y del que querían salir huyendo. Aquellas dos personas en llamas pedían a gritos un brazo que los sostuviera al avanzar. Necesitaban un hombro para llorar sus desgracias. Eran dos almas perdidas en sociedades que no las respetaban. Yo vi los

fuegos que ardían en sus ojos, esas ascuas a punto de consumirse al saber que no tenían escapatoria. Ambos querían comenzar de nuevo, reencarnarse en otra vida que no supusiera caídas. Donde no le golpearan llamándole maricón y a otra llamándola puta. Ninguno se merecía aquellas palabras envenenadas. Que me perdonen los ojos del que se cortó leyéndolas. Hay palabras que nunca tuvieron que ser inventadas, para que no se hubieran abierto tantas heridas que no se podían coser.

Vi como se cruzaron y se amaron con todas las diferencias que los separaban, con todas las culturas que se entrometían en sus caminos y ya sin razones que alzaran murallas, sin barcas, ni parcas ni parques que no les dejaran columpiarse. Se amaron en un instante. Se amaron con labios de color y sangre de calor. Yo vi las caricias de ella repasando las cicatrices de él y sanando los surcos de lluvia en el barro. Yo vi la boca de él que quedó colgada en unos besos que nunca dio, en unas venas muertas de amor. Vi las manos que no tocarían sus caderas desnudas, ahora ya sin velos tras los que esconder sus valles y llanuras. Vi como no se pudieron rozar, porque la mirada duró solo un instante y él se alejó con sus besos y sus versos y ella se perdió sin que nadie bebiera de sus cántaros y soñara sus sueños.

Quién sabe si en esos dos desconocidos se habrían acabado las peleas, las exclusiones, los moratones, los andares de superioridad y los estares por encima de mí porque nací con algunas partes diferentes a las tuyas. Quién sabe si las voces que cuentan historias dejarían de sonar en masculino para recordar que también podían hablar en femenino. Puede que ahora se reescriban los cuentos desde la perspectiva y desde la voz de la doncella que ya no quería ser salvada por un príncipe azul. Ahora serán cuentos sobre aquella chica que decidió estudiar una carrera para tener un futuro propio, lejos de castillos, de reyes, de dragones y de bribones, de ladrones de inocencias y de machos que dejaron de tener denominación de origen. Ahora se empezaban los libros con una fórmula nueva. Vientos del pueblo me arrastran, vientos de cambio en el alma.

No fue nunca más érase una vez, ahora se habla en futuro. Sería una vez si no nos separaran más escalones sociales de roles predeterminados. Por eso he decidido que voy a escribir de nuevo la mirada de esos dos viandantes para que él la coja desesperado por la cintura y le diga palabras al oído que borren todos sus mundos geniales dejados atrás. Y serán una nueva manera de querer. La que ellos elijan, porque no habrá nadie en su universo recién inventado que les diga cómo se

deben tocar. Se respetarán por lo que son y lo que serán juntos, ahora que sus miradas habían logrado vencer todos los laberintos que se alzaron para que esos dos seres no se encontraran jamás. Aquel que descubrían juntos era el lugar maravilloso de las cosas por decir.

Ahora he averiguado que soy el escritor que descubre aventuras de amor. Por fin sé que mi deber es pasear por la calle y rescatar las voces silenciadas de los que nunca pudieron hablar. Yo les daré gargantas a los que fueron acallados por el murmullo del mar. Sí. Sé lo que tengo que hacer. Tengo que escribir historias en las que mis personajes sean gentes de verdad, ya no contaré historias de sal. En palabras de miel forjaré libros de laurel. Y los que podrían haber sido serán en mis páginas. Sería y será de una vez por todas el cuento en el que los caminantes sin camino se besen con sus bocas de pincel. Con ellas pintarán cuadros de amores, de quereres que no serán prohibidos jamás.

Porque la vida y la poesía se hacen caminando. La vida regalada por amor, regalada en aquellas ramas que florecían al sol. En sus llamas, en sus manías inconfesables, en sus prisas y en sus risas. Ni mis geranios se habían secado ni se me habían

terminado las palabras que regaban canciones sobre aventuras sin final.

Finalistes

El aliado

Rafaela Aguado Paredes

Mientras sacaba despaciosamente punta al lápiz, Javier meditaba sobre lo bonita que se estaba poniendo Francisca. Se esmeraba en este menester, meticulado, nunca satisfecho de la longitud y grosor de la mina, pues así retrasaba el momento de ponerse a estudiar y podía pensar tranquilo, era un decir, en lo bonita que se estaba poniendo Francisca.

Era curioso, estaba tomando en la ciudad el color, el aspecto saludable que debería haber traído del pueblo, del que llegó siendo una criatura pálida y enjuta, y allí, precisamente en la urbe contaminada y casi sin darle el sol, se estaba operando esa gran transformación. Se la veía cambiar casi por momentos, como en esa película del Dr. Jekyll que tanto le había impresionado. Solo que el Dr. Jekyll se iba convirtiendo en un monstruo, y Francisca evidentemente era todo lo contrario. Sus mejillas se redondeaban, su pelo, antes opaco y mustio, pelo triste de persona mal nutrida, había ganado

brillo, se espesaba, y su cabellera era ahora esplendorosa. Y a Javier le constaba que se lavaba con jabón corriente y la aclaraba con vinagre. Más de una vez, al pasar rozándole mientras quitaba el polvo a su mesa de trabajo, había él aspirado ese olor suavemente ácido del vinagre que tanto le excitaba.

Naturalmente no eran solo sus mejillas las que se redondeaban. Se diría que cada día sus vestidos se hacían más estrechos, que se encogían durante la noche, y a la mañana siguiente conseguían, con su falta de elasticidad, un moldeado más que sugestivo. La madre de Javier, Dña. Amalia, que tenía un concepto estricto del ahorro, comentaba con alarma y cierto retintín que ya era el tercer uniforme que le hacía la costurera, y que el próximo se lo iba a hacer como un globo, a ver si le duraba. Se lo decía a Francisca, como si ella tuviese alguna culpa de aquella enorme voluntad de su organismo, de convertirla en una rotunda mujer. Y la pobre chica tenía que darse cuenta de que Dña. Amalia controlaba con desconfianza la despensa, pues no podía creer que con lo que le daba de comer, su cuerpo pudiese hacer tales maravillas.

Francisca era hija de unos parientes de aquel pueblo perdido en la sierra, en donde gentes y ovejas tenían una

extraña simbiosis, un extraño mimetismo. La misma mirada vencida y la misma parquedad en el lenguaje. Cuando vino a traérsela, después de aquella especie de jeroglífico que fue la carta escrita a lápiz en la que le ofrecía a su chica “pa tó lo que quisiera mandar” y de la respuesta afirmativa de Dña. Amalia, se presentó la Rosa con una cesta, su mejor gallina temblando dentro, y con Francisca. No se sabía quién tenía más miedo, si Francisca o la gallina, pero saltaba a la vista que la gallina estaba más cebada.

Al mirar a la Rosa, con su pañuelo negro a la cabeza, su rostro, un laberinto de arrugas, y su cuerpo olvidado de todo aprecio, Dña. Amalia pensó: “Y dicen que el campo es sano”, recordando que la Rosa era más joven que ella y ahora hubiera podido pasar por su madre.

En realidad para Dña. Amalia el cambio de la muchacha era una buena propaganda, pues así se veía que, como ella decía, aquella era “una casa desahogada”, y que allí nadie pasaba hambre. Pero Javier lo miraba desde otro ángulo, y aunque se alegraba del positivo cambio de Francisca, pues era una buena chica dulce y obediente, para él se estaba convirtiendo en una obsesión, le intranquilizaba tremendamente. Y es que tendría que haber sido ciego para que, con sus flamantes diecisiete

años, no se emocionara a su vista. Además hay que tener en cuenta lo eróticos que podían ser, con un cuerpo apropiado, los quehaceres de la casa.

Su respiración se aceleraba cuando Francisca subida a la escalera limpiaba los cristales. Su esbelta y flexible cintura se cimbreaba, arrastrando a sus caderas a moverse de un lado al otro en una danza sensual, aunque proletaria e inocente. Cuando ella sacaba brillo a las lámparas, el tintineo de cristal sonaba como diáfanos tam-tams, acompañando rítmicamente las pequeñas sacudidas y temblores de sus senos erguidos. Esto le daba como vahídos. Pero su excitación llegaba al máximo con la limpieza de los suelos. Arrodillada, dejando al descubierto sus torneados muslos partidos en dos, en cuatro por las ligas, y los movimientos de vaivén de su cuerpo tratando de llegar lo más lejos posible con el trapo, era más de lo que podía soportar. Prefería no imaginar nada. En fin, que Francisca le sacaba una involuntaria ventaja a los temas y textos en la atención de Javier, y este veía ya muy negros los próximos exámenes.

Para colmo estaba la llegada del verano. La sensualidad de la tibia brisa. La indolencia de las persianas bajadas cortando la luz a rajitas. El aroma de los albaricoques en el frutero, y

Francisca alrededor del frutero como otro maduro albaricoque más. Su piel de melocotón, su boca como una fresa... Se dijo que debía ser ya la hora del almuerzo, porque en realidad lo que deseaba era, comérsela.

“Ay” qué complicada podía ser la vida. Si él hubiese nacido en aquel pueblo en la sierra, ahora estaría en el monte cuidando de las ovejas. Sin tener que estudiar. Y Francisca pasaría, sola, como caperucita roja, y no habría nadie más allí. Solo ellos, el cielo, el romero, las ovejas, el balido de las ovejas... y ella olería a trigo recién segado, y a lavanda, y ya no le llamaría señorito Javier, y él tomaría entre sus manos sus cabellos, con aquel lejano aroma de vinagre, como hacía tanto que deseaba hacer, y...

Javier, que ya tenía un lápiz pequeñísimo y una mina inmensa, siguió con sus bucólicos, eróticos y pastoriles ensueños.

Cuando la Rosa le dijo a su hija, que iba a escribir a su pariente en Madrid para que fuera a servir, a Francisca le dio un vuelco el corazón. Como que se le puso del revés. No es que tuviera demasiado apego a su pueblo y a su familia, ya

que tanto uno como otra eran duros y cerrados. Allí el clima era extremado: sol rabioso en verano y heladas en invierno, y desde niña había seguido un régimen de vida espartano y severo.

En cuanto a sus padres, seguramente la querían, con esa forma oscura y extraña de amar que se daba en aquellos riscos, sin querer, saber, o ser capaz de expresarlo y demostrarlo. Se hablaba poco y conciso, y el tono era seco y a menudo agresivo. La misma voz para personas y animales. Ella no había visto nunca a sus padres besarse, y se hablaban por medio de los hijos: “dile a tu padre que ya está la cena”, “dile a tu madre que voy a las viñas”. Con tanto hijo siempre había uno cerca para hacer de intermediario. Conforme nacían, eran los hermanos mayores los que se ocupaban del pequeño, ya que la madre trabajaba tan duro como las mismas mulas.

El “sartén” llamaban a su padre en el pueblo, porque su cara, expuesta constantemente a las inclemencias, todos los días del año a la intemperie, estaba renegrada como una sartén. Y solo su mujer, que le había visto algo más de su cuerpo -jamás le vio desnudo- sabía que en realidad tenía la piel blanca. Nunca vio Francisca a su padre sin la boina puesta, por lo que estaba convencida de que dormía con ella.

Su madre había sido dura en su crianza como lo fueron con ella misma, porque: “hay que enderezar el árbol mientras es chico”. Hablaba poco, y siempre con proverbios del estilo de: “la letra con sangre entra”. Si no hubiera sido todo ignorancia, hubiera podido pasar por sadismo. No, Francisca no era de mantequilla y no echaría en falta mimos o caricias. En cuanto al lugar en donde había nacido lo que tenía de magnífico en su fiereza, ella no lo apreciaba por conocido. Pero por eso, por conocido no la asustaba, en cambio aquella ciudad que contaban tan grande y diferente, la llenaba de temor.

La noche anterior al viaje no pudo dormir. Estaba excitada e inquieta, así que cuando emprendió la marcha tenía peor aspecto que de costumbre. Macilenta y destemplada, se levantó antes del amanecer. El tazón de leche le calentó un poco el alma, y le dio algo de fuerzas a su voz para decir: “adiós padre”. Su padre la rozó, torpe y desmañado en la mejilla, con un remedo de beso que solo fue, un montón de pinchacitos de su barba sin afeitarse, y el olor rancio de su boina.

Partieron con la alborada al pueblo vecino su madre, ella, una vieja maleta y la cesta con la gallina. Allí tomaron el autobús que les llevó al tren para Madrid. Durante el viaje, la avergonzaban las miradas que daban los otros viajeros a la

cesta de la gallina, a pesar de que esta estaba bien calladita, solo algún pequeño revuelo entre el mimbre cuando el tren frenaba. Pero hasta los más remilgados probaron el chorizo y el queso que su madre había cogido para el viaje. Aunque rudos y parcos en palabras, tenían unas pocas reglas inquebrantables, y una de ellas era no ponerse a comer sin ofrecer de lo que tenían.

Al bajar en la estación de Atocha se sintió mareada. No sabía si la causa era el viaje, los muchos ruidos en el andén, el chorizo, la noche en vela, en cualquier caso se sentía muy mal. Iba a decírselo a su madre, pero al mirarla le pareció que esta no se encontraba mejor que ella, y se calló.

Su madre intentó varias veces, averiguar por dónde quedaba y cómo llegar a la dirección que llevaba escrita en un papel, pero en vista de lo complicado y difícil que parecía, tomó la heroica decisión: cogerían un “tasi”. Muy perdida debía de sentirse la pobre mujer para hacer esto. Y así habían llegado a aquella casa en que, si todo iba bien, viviría la Francisca a partir de entonces.

Las recibió Dña. Amalia en persona, y todo eran tosecitas y mustias sonrisas. Francisca no sabía si debía besarla o darle la mano. Al final no hizo nada y se quedó como un pasmarote.

“Pasa, pasa Rosa. Está muy alta la chica” dijo mientras pensaba: ¡Jesús! qué delgada y enclenque está. “No pases cuidiao Amalia, que es flaca pero está fuerte, y acostumbrá a trabajar. Nunca me ha dao una mala respuesta y desde que tuvo el serampión, a los siete años, no me ha estao enferma”. Esto lo dijo todo de un tirón, y Francisca se quedó de una pieza pues nunca había oído hablar tanto a su madre de una vez. Y sin proverbio.

Dña. Amalia preguntó, por pura cortesía, cómo estaban sus parientes, pues la verdad es que le interesaba un comino todo aquel rebaño de montaraces. Por suerte la Rosa tenía que marcharse en seguida para volver a coger el tren y el autobús, y llegar esa misma noche al pueblo. Así que Dña. Amalia llamó a su hijo Javier, lo presentó con el orgullo de una obra maestra, y le dijo que acompañase a la Rosa en un taxi, dándole dinero para ello. Javier, de buen porte y un agradable rostro, gustaba sobre todo por la mirada franca y bondadosa de sus ojos. Tenía la misma edad que Francisca, pero le sacaba casi dos palmos, y aunque habían tenido el mismo principio, naciendo los dos de mujer, las cuales además tenían parentesco entre ellas, sus vidas habían sido muy distintas y sus mundos bien diferentes.

Francisca quedó perpleja al ver como trataba Dña. Amalia a Javier. En su pueblo nadie trataba así a un hijo, ni siquiera la mujer del alcalde. Parecía que pudiera romperse, a pesar de que el chico era fuerte. Pero Dña. Amalia siempre opinaba que comía poco, que no iba abrigado, y que no había dormido lo suficiente. Tenía vocación de madre sufriente.

Al cabo de unos meses el mundo empezó a cambiar. Bueno, en realidad el mundo era el mismo y fue Francisca la que cambiando de físico hizo que la relación “ella-mundo” fuera diferente. Hasta entonces fue como si no hubiese existido. Podía ir y venir sin que nadie tuviera nada que objetar. Pero de un tiempo a esta parte la gente, sobre todo los hombres, la veían, la miraban, se percataban de su presencia. Era como si llevase cascabeles, o un cencerro al cuello como el “manso” en los rebaños de su pueblo, y daban su opinión sobre asuntos tan personales como la forma del final de su espalda, o el tamaño de sus pectorales atributos femeninos. Ella se ponía muy roja, pero cuando le decían piropos bonitos le gustaba y como que ya no iba sola por la vida, porque siempre había ojos o voces que la acompañaban. Cuando salía a comprar, las vecinas comentaban lo guapa que se estaba poniendo, y el

lechero la miraba con ojos de carnero degollado, y el pobre derramaba la mitad de la leche fuera del recipiente, pues no podía mirar a dos sitios a la vez.

Poco a poco fue tomando gusto a la ciudad, ya no le daba miedo y pensaba que no le iba mal en esta casa, pues aunque ella hacía prácticamente todo, se acostaba menos cansada que en su pueblo. Como era de natural despierto, aprendió rápido, y fue perdiendo timidez y ampliando su vocabulario oyendo la radio. Le gustaban sobre todo los seriales que escuchaba mientras planchaba, y a menudo no le hacía falta humedecer la ropa, pues ante las desgracias de los personajes le caían gruesos lagrimones encima de sábanas y manteles, que ella dejaba caer generosamente. Luego de estas sesiones de serial, lágrimas, vapor y ropa limpia, se sentía ligera, relajada y con el alma recién planchada.

Dña. Amalia exceptuando el asunto de los uniformes estaba contenta con ella. Trabajaba bien y se había refinado en sus expresiones. Además la chica era lista y engordando había perdido su aspecto de objeto perdido. Así que excepto las inquietudes de Javier debidas a tener un par de ojos, aunque fuesen bondadosos, y todo lo demás en su sitio, podría decirse que funcionaba perfectamente aquella idílica, católica y

burguesa casa madrileña. Pero en esta vida todo tiene un límite, en demasía hasta lo bueno puede ser negativo, y la belleza de Francisca estaba sobrepasando los límites aceptables.

Volvían del teatro antes de lo previsto, pues a Dña. Amalia le había dado una de aquellas acaloradas seguidas de desfallecimiento de los últimos tiempos, y al entrar la casa estaba en completo silencio. Mi hijo debe estar estudiando, pensó, pues tiene su primer examen pasado mañana. Fue hasta su cuarto para darle las buenas noches, pero no estaba en él y la cama estaba intacta. Se extrañó y siguió hasta la cocina para tomar bicarbonato, y al pasar ante el cuarto de Francisca oyó un golpe súbito y en voz alta preguntó “¿Francisca pasa algo?” No obtuvo respuesta y alarmada entró sin llamar. La luz del comedor medio iluminó la pequeña habitación. Javier estaba al lado de la cama, de pie como ella le había traído al mundo, bueno un poco diferente, y Francisca en la cama la miraba con espanto, tapándose con la frazada hasta la nariz. ¡Repuñetero mundo! exclamo Dña. Amalia -siendo esta la mayor palabrota que se permitía- ¿cómo no había pensado en esta posibilidad?

Ceferino, padre de Javier, se solazaba en ver sufrir a su mujer, en sus suspiros y resoplidos, y el no despertarla era una pequeña venganza que le llenaba de regocijo. En realidad no era mala Amalia, tenía muchas santas virtudes, solo que como pasa siempre, las virtudes, si se exageran, se convierten en defectos. Lo que más le molestaba era que en sus espaciadas relaciones íntimas, siempre tenía que nombrar a Don Mariano, párroco y confesor de Dña. Amalia. En los momentos más delicados decía “¡Ay! Ceferino ¿crees que esto tendré que contárselo a Don Mariano?” Y a él le parecía que siempre estaba allí metido en su cama, con sotana y todo. Así no había forma. Él había oído hablar de los “mènages a trois” de los franceses. ¡Esos si que sabían vivir!, pero aquel tercer personaje en su lecho conyugal, era lo menos erótico que pueda uno imaginarse. Para poco erótico ya era suficiente con Amalia, y el cura aquel se estaba convirtiendo en una obsesión y un reto a su virilidad.

Dña. Amalia despertó por fin y vio a su marido muy cerca, y mirándola con ojos de lechuza. Estaba empapada en sudor, y tardó unos instantes en darse cuenta de que todo había sido un sueño. ¡Alabado sea Dios! suspiró aliviada, y aún horrorizada le contó su pesadilla a Ceferino. Su marido la verdad es que no se asombró nada de este sueño. Ya él había imaginado bien despierto lo que Francisca podría hacerle sentir a su hijo. Él mismo, si no fuese un hombre respetable, pero sobre todo gordo y barrigón, ya se habría perdido por el pequeño cuarto de la muchacha. Naturalmente no se lo dijo a su esposa, y tampoco que si tuviese la juventud y apostura de su hijo, no dejaría pasar la ocasión.

Durante el desayuno Dña. Amalia observó disimuladamente a Francisca que servía el café. Hasta entonces había estado preocupada por el aspecto económico, en la cuestión de los forzosos cambios de uniforme, pero ahora estaba olvidando esto. La observó imparcialmente, y tuvo que reconocer que se había convertido en una muchacha fuera de lo común, con una belleza y sensualidad que la envolvía como una aureola, y a pesar de ella, pues no había reto en su mirada. Contempló a Javier y a sus ojeras. Quizá fuesen solo los próximos exámenes, se dijo, pero la verdad era que desde que Francisca había entrado en el comedor, su hijo se atragantaba

sin cesar. Y estaba claro que ya era todo un hombre. Le dio un escalofrío al recordar su sueño de la noche pasada, y se dijo: aquí hay que cortar por lo sano, y los malos ratos pronto. Por su hijo y por la paz de su alma, era capaz de todo. Hasta de condenar a otra alma. Así son las Guerras Santas. “Francisca, ahora cuando recojas lo del desayuno ven a mi habitación que tengo que hablar contigo”. Cuando la tuvo delante, le asaltó la duda de si debería consultarlo con Don Mariano, pero al fin y al cabo se trataba de su hijo y nadie mejor que una madre para saber lo que le conviene. Así que agarró la cruz y le atizó un buen golpe a Francisca. “Mira hija tendrás que volver al pueblo”. “¿Pero Dña. Amalia he hecho algo malo?” “No hija, no, créeme que lo siento, pero tú, tú... has cambiado mucho últimamente, como diría, te has hecho una mujer muy, muy llamativa. Eso, llamativa, y mi hijo está en una edad peligrosa, es ya un hombre y no hay que tentar al diablo, y más vale prevenir que curar”. A Francisca le parecía estar escuchando a su propia madre con tanto proverbio -¿serían en el fondo todas las madres iguales?- y sentía ganas de llorar. “Pero el señorito Javier no me ha dicho nunca nada, y yo no quiero volver al pueblo, le prometo Dña. Amalia que...” no sabía qué prometer y la voz se le iba convirtiendo en un hilito delgado y negro. “Lo siento hija. No hay otro remedio. Te pagaré tres meses y si quieres ir a servir a otra casa daré muy buenos

informes tuyos". Aunque, pensó, en cuanto te vean no sé si te van a aceptar. En una casa sin hombres, o en un asilo de ancianos quizá. Mientras, pensaba que tendría que inventarse otra historia para su hijo. No podía decirle la verdad.

Francisca llegó al anochecer a su pueblo y su madre leyó, con no pocos trabajos y fatigas, la carta de Dña. Amalia en la cual le explicaba la situación. Cuando terminó con la carta, le dio un par de buenos bofetones a Francisca. No sabía muy bien porqué, pero le parecía lo más conveniente. Por si acaso. "Pero madre, yo no he hecho nada malo". La muchacha seguía con su estribillo, sin saber que en la vida, esto no tiene tanta importancia. Le quemaban las lágrimas en los ojos y la injusticia en las entrañas. Su padre se acomodó la boina y no dijo nada. De siempre los pleitos los dejaba a su mujer. Francisca se fue a la cama sin cenar y allí lloró y lloró, lloró como si no fuese a parar nunca.

Se durmió hipando como un niño, entre suspiros entrecortados que levantaban su pecho como si fuese a ahogarse, y despertó a las tres horas pareciéndole que habían pasado años. Sintió que algo había cambiado en su interior, como si al dormirse se hubiese dormido para siempre lo que

en ella había de infantil, de obediente y desvalida. Despertó adulta y con unos tremendos deseos de tomar su vida en sus manos, de rebelarse contra su destino de oveja. No, en el pueblo no se quedaba. Veía a su alrededor en lo que se convertían allí las mujeres. Parir hijos, enlazar luto con luto. De negro siempre. Secas y calladas como las cepas de las viñas en invierno. Se levantó descalza, encendió la desnuda y solitaria bombilla del techo, y se acercó al viejo armario, con su gran espejo lleno de picaditas y desvaído, pero que aún devolvía la imagen. En casa de Dña. Amalia no tenía más que un minúsculo espejo en el cuartito interior donde dormía, y nunca se había visto desnuda y detenidamente. Dejó resbalar su barato camisón al suelo y le sorprendió su cuerpo. Se había convertido en una mujer de una tremenda y perfecta belleza, heredada de Dios sabría quién, pues no se parecía a nadie de su familia. Recordó cómo la miraban últimamente las mujeres, con animosidad, con una especie de rencor, y se dio cuenta en ese instante que sería inútil luchar, su físico la iba a condicionar. Entonces, allí, delante del espejo, decidió hacer de su cuerpo un aliado. El único que iba a tener. Sí, ahora sabía lo que quería. Volver a la ciudad pero no a servir. Se iría aún de noche, mientras todos dormían. Haría otra vez el trecho hasta el pueblo de al lado y allí tomaría de nuevo el autobús. La vieja maleta estaba al pie de la cama aún sin deshacer, y

todavía no había entregado a su madre el dinero de Dña. Amalia. No, esto no era robar, lo había ganado ella, se dijo, pero no quedó muy convencida. De todas formas sabía que sus padres no la perdonarían nunca.

Mientras se dirigía, después de vestirse al portón de puntillas, le parecía imposible que su familia no se despertase con los enormes golpes que daba su corazón. Fuera había un completo silencio. ¿Cuánto tardarían en cantar los gallos? No tenía reloj. Caminó rápido, casi corriendo hasta llegar al recodo. Luego ya no la podían divisar. No se permitió volver la cabeza para dar una última mirada a la casa. La sentía a sus espaldas como si fuese algo vivo y pudiese agarrarla, detenerla. Después del recodo aminoró el paso.

Descendiendo por el camino húmedo de rocío, levantó sus ojos a las estrellas que parecían tiritar como ella en la noche, abandonadas, frías y solitarias. Francisca se quitó las lágrimas de un manotazo, y su llanto se endureció dentro de ella cimentando su decisión. Desde ahora usaría ese cuerpo que parecía desatar fuertes sentimientos. Desconfianza y envidia en las mujeres. Admiración y deseo en los hombres. Tenía un potencial, un arma. Su única riqueza. La ciudad estaba allí, llena de posibilidades, Muchas lo habían conseguido, se dijo

tratando de darse ánimos. Pero no se dejó pensar en esas otras que habían perdido en el intento, algo más que la inocencia.

La rebeca rosa

Soledad Bernabeu Crespo

EMMA

Respire profundament una vegada més per a subministrar oxigen als meus nervis: inspirar 10 segons, expirar 10 segons... Me n'adone que el meu company de seient m'observa amb curiositat i, amb el temps que em permet una breu reüllada, puc esbrinar un mig somriure burlaner als seus llavis. Supose que no m'afavoreix mostrar signes de nervis en aquest moment, tinc la impressió que al mínim besllum de debilitat la meva jugular correrà un greu perill. Sóc la següent de la llista, restem cinc candidats a la espera del nostre torn i ja n'han passat altres set. Procure calmar-me. Sí, sóc la major de tots ells, però precisament això és el que he de convertir en el meu major valor, tinc un ampla experiència a les espatlles i això deuria valorar-se per a qualsevol treball, no? Almenys la falta d'experiència era l'argument més socorregut per rebutjar-me quan vaig acabar la carrera...

He de mostrar el meu semblant més seriós, els cabells arplegats amb una cua i el maquillatge acuradament discret. La primera impressió es crucial i tinc comprovat que el sector predominantment masculí en el que me moc, exigeix assemblar-me el màxim a ells, de vegades, una falda o un excés d'ornaments decoratius són interpretats com a signe de debilitat. El que calga fins que obtinga el treball, després seran els meus actes els que demostrin la professionalitat però, fins aleshores, i tenint en compte que vivim al món de la imatge, hui m'he posat el vestit de pantaló i jaqueta negra, discret i elegant. Directament em ve al cap l'àvia Soledat, somric recordant com detestava el color negre, no entenia el nostre costum d'abillar-nos amb roba fosca de dalt a baix quan érem jovenetes. De fet, a les meves cosines i a mi sempre ens va resultar graciós i xocant el seu peculiar estil de vestir, el consideràvem "atípic" per a un àvia, amb estampats vermell i taronja, o verd kiwi i blau... Tenia l'armari més colorit que mai no he vist, i nosaltres solíem jugar a disfressar-nos amb els vestits que ella anava retirant... Si poguera veure'm ara, com he madurat, amb la meva carrera, la meva professionalitat, lluitant enmig dels homes com a igual... Sempre va voler que fórem fortes: "ets dona, la vida és més difícil per a nosaltres", solia dir-nos, i nosaltres responíem innocentment entre rialles: "àvia, això ocorria a la teva època! hui en dia les coses són

diferents...". Era una dona admirable, avançada al seu temps, una feminista quan ni tan sols coneixia el terme, sense més estudis ni coneixements que els adquirits a la vida d'un petit poble, però amb una força i decisió imparables. No puc imaginar-me les frustracions a les que s'hauria d'enfrontar durant la seva joventut, als anys 40 i 50, amb un caràcter i pensament tan lliure dins d'una societat predominantment masclista i arcaica...

S'obri la porta i apareix de nou la senyoreta de la veu nasal, no li faig més de 22 anys, arregladeta, amb caminar i moviments meticulosos, i amb un semblant un tant sobrat, recordant-nos amb cada mirada el "jo ja treballe ací... qui de vosaltres serà l'elegit?" Sembla una hostessa de concurs de televisió, de vegades em sent així a aquestes entrevistes múltiples, véns sobreeixint d'il·lusió i esperances i acabes tornant a casa amb les mans buides, sense premi ni consol.

—Senyoreta Emma Prats? -Em toca concursar.

—Sí, sóc jo, gràcies.

Em pose de peu i m'allise el pantaló amb les mans, un acte més de costum que d'efectivitat, ja que per calentes i humides que tinc les mans, no aconsegueixen donar efecte de planxat.

M'aferre a la carpeta i després d'una última alenada, entre al despatx caminant de la manera més ferma possible.

—Senyoreta Prats, prenga seient per favor -em diu mentre m'ofereix la mà un home d'uns 50 anys, amb una veu un tant trencada i diria que intimidant però contrarestada per una mirada sincera i tranquil·litzadora, així que em quede amb ella i sec a l'altra banda de la seua taula. Puc veure el meu currículum davant d'ell.

—Senyoreta Prats, com vostè ja sap, té un currículum molt complet, és llicenciada, parla 3 idiomes i té una experiència molt diversa, alhora que interessant al sector de la publicitat.

Comença un repàs de totes les tasques i feines que he portat a terme a les diferents empreses on he treballat, comentem cadascuna d'elles, aprofundim als meus cursos, màsters i títols varis i, sense adonar-me'n, els nervis que m'havia posat a casa aquest matí com el pantaló o les sabates, s'esfumen al parlar d'allò que m'apassiona i del que em sent segura, la meua professió.

—I diga'm Srta. Prats, per què vol treballar a aquesta agència?

Moment del meu monòleg, sé perfectament el que volen sentir. Una mica de daurar la píndola: pel que m'he estudiat molt bé la història i filosofia d'aquesta agència; una miqueta de contingut general: allò que volen sentir tots i un pessiguet d'auto-promoció: tots aquells valors intangibles que no tenen cabuda al currículum per subjectius.

—Molt bé Srta. Prats, sembla que sap molt bé del que parla. La veritat és que estic gratament sorprès amb la seva trajectòria i professionalitat. Coneix el sector i té experiència als diferents càrrecs de l'agència, quelcom que ens resulta molt interessant perquè per política d'empresa ningú entra directament per cobrir llocs directius. Busquem treballadors a llarg termini, per la qual cosa, tots comencen des de baix, a càrrec d'altre Executiu de comptes o Director creatiu, i a partir d'ací hi ha possibilitats de promoció segons les seves habilitats i els resultats que generen.

—Per suposat, entenc aquesta política perfectament i no tinc cap problema en demostrar la meua vàlua -Ben respost Emma!, anem molt bé, crec que està sent de les millors entrevistes que he fet últimament.

No vull caure al “Conte de la lletera” però puc imaginar-me treballant ací, em pregunte com serà la dinàmica d'aquesta

agència, el dia a dia..., hi haurà bon rotllo entre els companys? Tal volta acabe sent íntima de la senyoreta de la veu nasal, tal volta siga aquest el lloc definitiu on consolide la meua carrera. Necessite aquesta feina, començar de nou, superar tot l'ocorregut l'últim any. L'acomiadament a Danko, o com ells deien: "la no renovació del contracte", així com tot el que va ocórrer els mesos següents m'ha suposat el deixar de creure en tot, perdre la confiança en mi i en la resta, en la sort i en el destí, en els amics i els enemics, tota la meua escala de valors, de creences i veritats, se'n va anar a la merda. Després de 7 anys allí, per fi em sentia realitzada i còmoda al meu lloc de treball. Era una agència de publicitat modesta, no era una multinacional però em permetia desenvolupar tot el meu talent creatiu i les meves inquietuds. Era valorada, els companys es van convertir en bons amics, em sentia tant segura que vaig baixar la guàrdia i em vaig entregar al cent per cent, fins que tot va canviar d'un dia per l'altre...

–I parlant de continuïtat Srta. Prats, he d'aprofundir un poc més a l'entrevista per fer-li alguna pregunta personal, espere que no li moleste.

–Diga'm -responc amb un inevitable to de resignació i desil·lusió, més que una paraula, sona un sospir al lliscar entre

els meus llavis. Pensava que aquest cop se m'havia perdonat la vida, però una vegada més, vaig camí del “paredón”.

– Està vostè casada?

– Sí.

– Fills?

– No.

– Té 34 anys, veritat?

– Així és.

– I pensa tindre'n?

– A vostè que li importa? -No, això no ho puc dir, és el que em passa per la ment i viatja com un raig fins la punta de la llengua, però faig una suau alenada i responc:

– Possiblement algun dia, i vostè? Té fills?

– Sí, 3, són una benedicció els fills, no hi ha res com això.

– Jo també ho crec però com vostè bé sabrà, de vegades no és possible la conciliació entre la vida laboral i la familiar, així

que he hagut de retardar eixe moment per a refermar la meua carrera.

Juraria que veig un indici de vergonya als seus ulls... no sé, tal vegada l'imagino...

—Ho entenc Srta. Prats, però per a ser-li sincer, ha de comprendre que la situació que vivim hui en dia és crítica, i com li he dit abans, l'empresa busca treballadors a llarg termini que puguen complir sense horaris establerts quan siga necessari, que no necessiten...

—És clar Senyor -interromp la llista memoritzada de “motius per no contractar una dona en edat fèrtil”- no cal que seguisca, ja conec el discurs. Gràcies pel seu temps.

Em pose de peu i de la manera més digna possible isc del despatx, desitge bona sort als que esperen el seu torn i una vegada dins l'ascensor em permet uns segons d'abatiment. Tots els nervis acumulats es transformen en ràbia i tristor, impotència i cabreig, se m'humitegen els ulls i alguna llàgrima es deixa caure galta avall, però la retinc amb la mà i controle el plor, no mereixen que cap part de mi es quede ací, ni tan sols la meua tristor.

Si alguna cosa he après, és a ser jo mateix i lluitar pel que vull, a no deixar-me convèncer pels interessos dels altres, perquè a la llarga, l'obediència incondicional no garanteix ser més valorada. Recorde clarament el dia que vaig dir a Danko que estava embarassada, la cara del meu cap, amb qui innocentment jo tenia confiança cega, es va fer blanca per un moment, però de seguida es va recompondre i em va felicitar amb una abraçada sincera, al menys així m'ho va semblar a mi... Jo em sentia feliç i pensava que res no podia enterbolir aquell moment. No era pas un embaràs planejat, però era molt desitjat. Feia un any que m'havien ascendit, viatjava prou i portava diferents departaments al meu càrrec. Em sentia molt realitzada laboralment però em faltava alguna cosa, sempre havia desitjat ser mare i, l'anomenat "rellotge biològic", que duia anys ignorant, començava a ser ensordidor. Era un secret a veus que la política de l'agència era delicada quant a la maternitat, això sumat a alguna indirecta que m'havia llançat el meu cap en diverses ocasions, em van dur a aparcar-ho durant anys. Però ara era diferent, em semblava que ja havia demostrat la meua vàlua i que m'havia consolidat convertint-me en necessària. Un mes després de donar la notícia, em vaig trobar arplegant les meves pertinències sense poder ni creure-ho "el contracte t'ha vençut", "passem per un moment difícil", "és necessari reduir plantilla"... Aquelles paraules

sonaven tan buides i estèrils després de tants anys de donar-ho tot, que van ressonar com un eco al meu cap durant mesos. Dues setmanes després de l'acomiadament, vaig tindre un avortament fortuït.

Camí cap a casa, em ve al cap de nou l'àvia Soledat, diuen que sap més el dimoni per vell que per dimoni, nosaltres fèiem befa dels seus comentaris “antiquats” sobre la vida i el paper de les dones... 70 anys porten molts canvis i avanços, però alguns són, malauradament, una il·lusió. Definitivament, la vida segueix sent més difícil per a nosaltres. Respire i somric, seguirem caminant.

SOLEDAT

Desperte. Òbric els ulls i m'inunda una agradable sensació de benestar. Somric. Per fi, hui és el dia. Desplegue les portelles de la finestra de l'habitació que, malgrat la seva reduïda mida, permeten al sol enfilarse i inundar l'estança d'un meravellós groc Juliol. Sent el frescor matiner de la rosada a les galtes, pareix preparar-nos per a una jornada de calor ofegant.

Òbric l'armari i, al fons, quasi amagat entre el negre dominant del repertori, puc veure un parell de faldes estampades, alguna camisa blanca i una rebeca de cotó calat color rosa: la rebeca de Margarida que tantes vegades he desitjat i m'he emprovat d'amagades, ara ja m'està perfecta. Em ruboritze imaginant la cara de Miquel en veure'm pel Passeig aquesta vesprada...

– Vinga Soledat, que farem tard! L'última, com sempre!

– Sí mare, baixi de seguida. -He d'afanyar-me, hui no vull que se m'enfade la mare.

No puc evitar rebufar mentre em pose les mitges negres de llana, són insuportables amb aquesta calor. La falda negra que aplega als turmells i la camisa de mànega llarga botonada fins al capdamunt, em sent tant ofegada com si em posaren el dogal al coll.

– Ja estic mare, i Margarida?

– Al carrer esperant-nos -em respon la mare sense alçar la vista mentre agafa la bossa i revisa que ho du tot. Isc darrere d'ella i quan es gira per a tancar la porta es queda mirant-me bocabadada:

– On creus que vas així?

– Com mare? –li responc mirant-me de dalt a baix.

– Entra ara mateix a pel vel! O és que penses anar així a missa d'alba?

– Mmm... no, clar que no... han sigut les presses –Ja de nou al carrer, Margarida m'ajuda a enganxar-me el vel als cabells i m'agafa del braç mentre caminem cap a l'església.

– Ai Soledat! sempre als núvols... Ja tens 15 anys, hauràs de començar a portar-te com una dona. –em xiuxiueja amb to maternal. La mire i pense qué faria jo sense ella, no sé com hauria sobreviscut tots aquests anys. El meu record més antic és als seus braços, he passat més temps amb ella que amb la mare i només té 5 anys més que jo, però sempre ha sigut una dona, no sé si per caràcter o per necessitat però amb el temps he anat veient com la responsabilitat de tot el que passava a casa o al carrer era d'ella. Quan jo feia alguna malifeta, ens bonegaven a les dos, a mi per fer-la i a ella per no evitar-ho. I així hem crescut juntes, jo sempre de xiqueta, ella sempre de major... Ricard en canvi, ha anat per lliure a pesar de ser el major, no se li exigia massa ni dins ni fora de casa, sempre va ser el preferit del pare, el xic, el primogènit, l'hereu... A

nosaltres el pare mai ens va fer massa cas, cosa que agraïm per altra banda, perquè amb el geni que tenia, qualsevol cosa era motiu de bocinada, sobre tot els últims anys quan la malaltia i l'abús d'aiguardent havien acabat amb els esporàdics episodis de bon humor i ambient cordial a casa. Però hui, per fi, això és aigua passada.

Prenc una bona alenada d'aire matinal i m'impregne de felicitat, hui seré una xica fadrina com qualsevol altra, estic desitjant que arribe la vesprada...

Ja a missa, quan el retor estava començant, entra Ricard i seu al meu costat.

– Bon dia “bufeta” - em xiuxiueja

– Ja anava sent hora, Ricard, pensava que hui tampoc gaudiríem de la teva companyia -li responc amb més mofa que serietat.

– Sssshhhhttt! -la mare ens solta una reüllada que substitueix sense dubte qualsevol necessitat de paraules. Ella sempre ha tingut eixa qualitat tan pràctica.

El retor recorda (previ pagament de la mare, per suposat) que hui és el segon aniversari de la mort de mon pare i

demana una pregària per ell. En efecte, dos anys, 730 dies, els tinc contadets, una eternitat. Tot i això, recorde cada instant de la vetlla i l'enterrament, com em costava plorar i estar trista sense descans quan en realitat tots sentíem més alleujament que angoixa. Hora darrere d'hora, va ser la primera nit que passava totalment en blanc, i em va resultar eterna. Margarida em pegava colzades quan m'entretenia o m'embovava amb altres coses que no foren "la pena", cosa que ocorria sovint ja que era la primera vetlla a la que assistia i tot em resultava nou com a poc. Ma casa era un formiguer de gent entrant i eixint sense parar i, de fet, tampoc veia a tots tan tristos, sobretot els homes, que donaven el condol a la mare: "En la glòria que descanse", i se n'eixien de seguida al carrer o a l'entrada de casa a fumar i xarrar. Les dones seien al costat de la mare resant el rosari sense parar, darrere d'un, un altre i, encara que jo havia de romandre amb elles, evadia la meva ment del xiuxiueig repetitiu del rés i afinava l'oïda per esbrinar les converses dels homes al carrer, que eren infinitament més entretingudes.

En fi, ja han passat els dos anys i hui podré llevar-me el dol i ser una xica normal. Estic més que farta de passar la vesprada dels diumenges passejant amb Margarida i el seu nuvi fins la font del Xorro per portar aigua. És l'única eixida que ens

permet la mare i, per suposat, evitant trepitjar cap carrer principal o cèntric on ens puga veure algú i “malpensar” que estem de diumenge. A més, estic desitjant cosir-me un vestit o una falda per al proper hivern, segur que alguna cosa puc fer amb els retalls que tinc guardats al terrat, ja tinc moltes idees, la setmana que ve començaré.

Tornant cap a casa, Ricard s'enfila entre Margarida i jo, i deixa caure els braços sobre els nostres muscles, ens trau un cap d'altura a les dos, així que li resulta una postura còmoda:

–Per què estàs tan contenta hui, Soledat? Alguna cosa et passa que se't riuen els ossets.

Cert que no puc amagar la felicitat que corre sense control per la meva sang, em sent tan viva que no puc evitar estar riallera, així que li responc fent-me la desmenjada, com si no fora res extraordinari:

–Bé... és que he quedat amb Miquel al Passeig -Per adelantar-me a la seva possible resposta burlanera, canvie de tema i em dirigisc a Margarida:

– Em deixaràs la rebecca rosa, veritat que sí? – De sobte, la mare que va uns passos per davant del braç de la tia Victòria es gira i em diu:

– D'això ara en parlarem a casa, Soledat.

Juraria que el cor se m'acaba d'aturar. No ha alçat la veu, no ha sonat a reprimenda, ni tan sols a crítica, simplement ha sonat seriosa i, encara que no sé el que ocorre, m'imagino el pitjor. Veig com la meua il·lusió va esquarterant-se en peces cada vegada més petites i abandona el meu estómac deixant en el seu lloc un nus pesat i desagradable. No puc fer res per retindre-la.

Baixe la mirada al terra i Ricard em pega una besada a la galta. Caminem en silenci fins a casa.

En arribar, la mare solta la borsa i es lleva el vel amb parsimònia rutinària. Seu a la taula i amb veu suau i carinyosa, em crida:

– Vine Soledat, hem de parlar. A què venia això que he sentit?

– Mare, ja hem portat dos anys de dol, pensava que hui s'acabava, volia anar al passeig amb les meves amigues, tots

els de la meua edat estaran allí i jo encara no he anat mai.
-Mentre parle, no puc evitar que les llàgrimes se m'amuntonen fins que sobreïxen esvaroses víctimes de la gravetat.

– Era ton pare Soledat, què vols? Que pensen que no ens ha dolgut? Hui es l'aniversari del seu enterrament, de cap manera pots anar a passejar, ni vestir-te de color. La setmana que ve podràs passar a mig dol, llevar-te les calces de llana i portar alguna peça blanca, això és tot. Fins als 4 o 5 anys no podràs vestir-te de color, pensava que ho sabies...

– Però mare, si Ricard va al casino tots els diumenges! Va al trinquet i passeja pel poble! Per què nosaltres no podem anar enlloc? -La impotència i la frustració m'encenen les galtes mullades.

– Filla meua, ets dona, la vida sempre és més difícil per a nosaltres.

Su mundo paralelo

Josefina Cortijo Cuadros

Se puede decir que la vida de Cristina no era mejor ni peor que otras, pero sí que la diferenciaba en algo... no se creía capaz de encontrar su lugar, donde sentirse realmente bien.

Desde muy pequeña tuvo que enfrentarse a situaciones que no le correspondían. Su padre trabajaba todo el día y, cuando venía a casa, no quería escuchar el más mínimo ruido, tan solo quería cenar y repantigarse en el sofá, al principio a escuchar la radio, después apareció la televisión y se ponía delante de ella, ajeno a cualquier cosa, salvo a las imágenes de la pantalla, la comunicación era prácticamente nula; con su madre no es que hubiera mejoría, se dedicaba a procurar alimentar a sus cinco hijos, trabajaba fuera de casa, limpiando en otras casas y la relación con sus hijos, no existía, volcó su papel de madre, en su hija mayor, Cristina.

Cuando Cristina contaba con apenas siete años, se hacía cargo de todos sus hermanos. Su “jornada” comenzaba a las seis y media, hora en que su madre la levantaba, para que le ayudara en la cocina a dejar la comida hecha, para que cuando vinieran del colegio, Cristina la calentará y diera de comer a sus hermanos, mientras su madre volvía de trabajar. Su infancia eran esas cotidianas tareas, no propias de su edad, pero asumidas como tales, porque conforme iba creciendo, sus tareas iban aumentando... llevaba a sus hermanos al colegio, los recogía, alimentaba, limpiaba, compraba... si bien es cierto que, tal como iban creciendo, sus hermanos tenían otras tareas encomendadas, pero Cristina era la mayor, la responsable.

La comunicación o el cariño apenas existía en su casa, ya que con sus padres era imposible; para su padre, ninguno de sus hijos contaba, salvo para “darles alguna bronca”, y para su madre solo eran un trabajo añadido. Cuando creía que había cumplido con su cometido, que se reducía a que estuvieran alimentados y poco más, o se enfadaba, algo que sucedía muy a menudo, se acostaba en la cama y no se sabía de ella, hasta el día siguiente.

El carácter de Cristina era retraído, esto le hizo no entablar amistad de verdad, ni en sus años de niñez, ni de adolescente.

Con sus hermanos -tres chicos detrás de ella y la última chica como ella- mantenía una relación difícil, ya que igual actuaba de “hermana mayor”, es decir los cuidaba y defendía; que ejercía “como madre”, les reñía y procuraba que estuvieran cubiertas sus necesidades. Por último su papel de niña, es decir la “hermana” que jugaba y compartía aventuras, no estaba. Esto por desgracia, al hacerse mayores, pasó factura, no tenían en común nada, no existía diálogo, por lo que el núcleo familiar entre ellos era tan disperso, que apenas se acordaban los unos de los otros.

Como era de esperar, no terminó, la educación general básica, puesto que en su casa hacía más falta. A la edad de trece años, ya estaba trabajando en una casa limpiando y haciendo la comida; su rostro siempre era concentrado y serio. Algunos domingos solía bajar por las calles de su barrio, con otras niñas vecinas de su edad, pero no encontraba su sitio. Mientras las demás pensaban en fumar o en contar mentirijillas a sus padres, para poder salir un poco más, ella pensaba en que al volver a casa tenía que hacer la cena, fregar, lavar... Así pasaban los años. Cuando tenía diecisiete años conoció a Toni, un amigo del trabajo de su hermano, y lo que confundió con amor la llevó, con apenas dieciocho años, a

casarse y ser madre, por lo que su vida no ofreció cambios. Fue pasar a otra casa para seguir haciendo lo mismo.

Al principio pensó que era amor, pero pronto descubrió que su marido no es que fuera malo, pero era como una prolongación más leve de su padre, es decir un hombre hosco, pero nunca con sus hijos. Giraba su centro de vida en ir a trabajar, volver y tomarse unas cervezas en el bar con sus amigos, ir a casa a cenar y los domingos disfrutar viendo un partido. Es cierto que a Cristina nunca le puso objeciones a ninguna cosa que pidiera, pero su defecto era que nunca fue cariñoso ni atento con ella.

Cristina descubrió el amor en sus hijos, tuvo cuatro y en ellos volcó sus mimos y abrazos, por un tiempo pensó que eso era la felicidad. No la ayudaban en las “tareas del hogar”, jamás los dejó, les inculcó que estudiaran, les estimulaba a encontrar alguna afición. Mientras ellos fueron pequeños se mantenía multi-ocupada, seguía yendo a trabajar una horas limpiando, los llevaba al colegio, recogía, por la tarde a actividades extraescolares. Su tiempo era exclusivamente para sus hijos, se concienció de que su mundo era ser una buena madre... pendiente de las necesidades de ellos. Su hija pequeña, que demostró una gran afición por la lectura a muy

temprana edad, al principio le pedía ayuda para leerlos, después para que le diera su opinión, luego le decía que para que se distrajera... En su mente, Cristina opinaba que su hija “le inculcó a leer”, para que descubriera en los libros un mundo más que interesante.

Pero un día se plantó con treinta y ocho años y con hijos rondando la veintena, ya no la necesitaban como antes, se encontró que no tenía nada que hacer y mucho tiempo libre. Con su marido las cosas eran iguales, sin comunicación, iban o venían juntos a comprar, a actos escolares, a esos pequeños minutos familiares, pero nada más.

Una vez Cristina, mientras cenaban, le pregunto:

– ¿Eres feliz?

Él, sin mirarla, dijo que sí, tenía trabajo, una casa, unos hijos sanos, qué más quería...

Ella insistió...

– Pero ¿no crees que la vida no se reduce solo a esto?

Él la miró por unos segundos, meneó la cabeza afirmativamente y siguió cenando, dando por zanjada la conversación.

Cristina, ya de por sí poco habladora, se encerró un poco más en sí misma, hasta el punto de que sus hijos le decían que solo la veían sonreír cuando estaba absorta en la lectura, que era como si emergiera otra mujer. Ella los miraba y asentía.

No se atrevía a decirles que, en las letras de esos libros, había encontrado lugares exóticos, que ni siquiera antes sabía de su ubicación, o lo que significaba amar de verdad, el placer de sentir vibrar todo tu cuerpo en una caricia, un beso... No, no podía explicarles que nunca antes, y tan solo con su imaginación, había conseguido estremecerse por un cruce de miradas... Había llorado, peleado y sobre todo, había encontrado lugares donde la palabra feliz adquiriría un significado muy distinto.

Cierto que sus hijos intentaban convencerla de que descubriera nuevas actividades, ya que esto la beneficiaría en salud, se dejaba llevar por ellos: mientras sus hijas la convencían para recorrer tiendas y mercadillos, el mediano la apuntó con él a natación -le decía que era bueno para su figura- ...pero cuando ellos no iban, ella era incapaz de seguir.

En el veinticinco aniversario de boda, sus hijos, les regalaron un viaje a Gran Canaria y Tenerife, pensando que, como nunca habían estado de viaje, sería una buena forma de pagar a sus padres -sobre todo a su madre- los desvelos y trabajo. A Cristina le ilusiono la idea, ¡por fin iba a descubrir otro lugar! A su marido, aun gustándole, no le pareció buena idea el gasto de dinero... total para ver gente igual, pero de otro lugar... Al final viajaron pero, a pesar de todo lo sorprendente que descubrió, no fue capaz de recrearse de verdad con nada pues su marido refunfuñaba por todo, cuando no era la comida... era el calor... cuando no, el agobio... Una vez de vuelta en casa les agradeció mucho a sus hijos el viaje, pero contó la verdad a medias, fue incapaz de decirles que no disfruto de todas las posibilidades que el viaje ofrecía, porque, la realidad era, que no se atrevía a ir sola a ningún lugar.

Por consejo de sus hijos, fue a la consulta de una psicóloga pero, como le costaba tanto abrirse y contar sus interioridades, solía contestar con monosílabos o estar callada. Por lo que mintió a sus hijos diciéndoles que la doctora le había dicho que su comportamiento era normal debido a su carácter y que no necesitaba de sus visitas, por lo que dejo de ir.

Sus hijos se fueron marchando de casa. Casi al mismo tiempo, el carácter de Cristina aún se fue haciendo más esquivo y callado, las conversaciones con su marido se reducían a aspectos de la comida o de sus hijos. Otra cosa era si estos se presentaban en casa, al menos la comunicación y la risa fluían sin más; pero una vez que se marchaban, todo volvía al silencio, ni siquiera discutían, porque no se hablaban, eran dos extraños compartiendo casa.

Cristina dejó de preguntarse si de verdad la vida era igual para todos, si la felicidad quizás solo era un reclamo de escritores y filósofos.

La habitación de sus hijas, pasó a ser de ella, era su pequeño mundo, puso un sillón orejero y un reposapiés al lado de una lámpara de lectura. Allí acumulaba libros, no solo por las estanterías, también en la mesa y el suelo. Los libros solía comprarlos en la Feria del libro y de ocasión, si los mirabas bien, todos tenían alguna hoja doblada por la esquina. Su hija pequeña le preguntó una vez que si eran marcas porque le gustaba la página o porque no pasaba de allí. Cristina sonrió y se encogió de hombros, sin contestar.

En la mesa había una veintena de libretas, pero, al contrario de los libros, estas ordenadas, cada una de ellas atadas con una

cinta de diferente color de la de abajo o arriba correspondiente, no llevaban otra marca pues todas sus tapas eran de color negro. A veces, sus hijos en tono socarrón le preguntaban si esas libretas escondían un diario. Ella les sonreía y negaba con la cabeza, tan solo les repetía una y otra vez lo mismo:

–Uf, qué va, es mi bálsamo secreto.

Ellos se reían, pero no insistían. No sabían que su madre se pasaba cada vez más horas en esta habitación, su marido pasaba por la puerta, sin mediar palabra, la miraba y meneaba la cabeza.

Pero una tarde, cuando llegó a casa después del trabajo y unas cervecitas en el bar, no encontró a Cristina en la cocina -a esas horas siempre estaba preparando la cena-, vio al fondo la luz de la habitación encendida, se dirigió hacia allí y, sin decir nada -como era su costumbre-, la vio sentada con un libro en el regazo. Miró su reloj de muñeca, meneó la cabeza a modo de reprobación y, sin mediar palabra, se fue directo a su habitación para ponerse el pijama y el batín. Al pasar otra vez por la habitación ni se molestó en mirar -pensó que estaba distraída leyendo, cuando tuviera hambre, saldría-, se fue a la cocina y preparó una cena fría a base de fiambres, puso la

mesa, como todas las noches y, como Cristina no venía, conectó el televisor y se sentó frente a la pantalla, sin dar más importancia. Pero cuando el tiempo de las noticias acabó en todas las cadenas, se levantó extrañado, no era normal que a esas horas no hubieran cenado y lo más alarmante, su mujer y él no hablaban pero, sobre esas horas, ella llamaba a sus hijos para preguntarles qué tal les había ido el día, y eso sucedía siempre, por lo que esa noche no era normal la actitud de Cristina... Levantó la voz llamándola, pero no obtuvo respuesta. Se estaba levantando del sofá cuando el sonido del teléfono desvió sus pensamientos, descolgó, era su hija mayor, preguntaba por su madre, se quedó callado sin saber muy bien qué decir, el grito de su hija le despertó...

– ¿Papá! ¿Qué te pasa, me escuchas?... ¿Y mamá?...

Como no acertaba muy bien en las palabras, para poder decirle, carraspeó varias veces seguidas...

– Esto, si... es que está en el baño... ahora te llamo... -y colgó.

Por un momento se quedó aturdido, mirando hacia la puerta de la habitación, el pulso se le aceleró y en su mente la palabra ¡corre! le hizo estar a los pies de su esposa en un

segundo. La tocó suavemente, estaba fría, con los ojos abiertos y la comisura de los labios un poco hacia abajo, sus manos aún tenían cogido el libro. Se quedó mirándola sin poder reaccionar, a simple vista parecía estar como siempre, pero algo denotaba que ya no estaba su alma, sus ojos estaban quietos, vacíos. Sollozó llamándola a voces, pero Cristina ya no estaba...

Los demás pasos fueron hechos por un autómatas, llamó al 112, a sus hijos... pero no sabía qué decir. Su casa se llenó de extraños y de preguntas, sus hijos ni tan siquiera le miraron, contestaban a las preguntas de los policías y del médico. Él tan solo acertó a decir que había llegado a casa sobre las ocho, como siempre, que a su mujer la encontró sentada y él creía que estaba leyendo, que hasta las diez menos algo, que llamó su hija, no se percató de nada, hasta que se dio cuenta de que algo no era normal, que entró en la habitación, zarandeó a su esposa y... nada más.

El médico forense, en su informe, dictaminó que había sido un aneurisma de la vena aorta, que era un defecto genético, difícil de prever si antes no había dado problemas ni avisos, por lo que no había estudios sobre su corazón. Que la muerte se había producido en torno a las cuatro y media de la tarde.

Que ella, seguramente, ni lo notó, por lo que no sufrió. Que fue instantánea la rotura de la vena y fue, como una especie de mareo, de ahí su manera reposada al encontrarla, como si estuviera dormida.

Para sus hijos el dolor por perder a su madre, no cambiaba el que se fuera tan rápido, era aún joven, iba a cumplir cincuenta y cuatro años. Ellos no dejaban de pensar que su madre, en su forma de ser silenciosa, no quisiera importunarlos. Para todos fue un duro golpe difícil de asimilar... Siempre en esos momentos, asaltan las dudas de “¿qué hubiera pasado si...?” o “si hubiéramos tratado de convencerla...”... pero había que seguir...

Su padre solo les pidió un favor, que cerraran en cajas los libros que ellos no quisieran y los donaran a alguna institución en nombre de su madre, que dejaran la habitación tan solo con el sillón, la lámpara y la mesa, de lo demás tenían que deshacerse. Sus hijos no le preguntaron el porqué, así es que quedaron para el siguiente fin de semana e intentar seguir la demanda de su padre.

Ese sábado llegaron casi a la vez a casa de sus padres, temprano. Su padre estaba desayunando en la cocina, los saludó, les dijo que en el comedor tenían cajas y herramientas,

que lo perdonaran pero que no iba a ayudarles, que sabían lo único que quería que se quedara en la habitación, que iba a ducharse y bajar a hacer unas compras. No le contestaron.

Entraron en la habitación pero no se atrevían a mover nada... solo podían mirar el sillón, tal vez esperaban que Cristina les sonriera... sin decir nada. Se dispusieron a mirar los libros y hacer una lista, habían decidido que, para que a su padre no le sentara mal, los embalarían todos y después, con la lista, resolverían quien se quedaba con qué, porque era muy difícil decidir qué quedarse o qué donar. Además, querían mirar bien los libros por si su madre guardaba en ellos alguna nota. Trabajaban en silencio, vaciando estanterías y llenando cajas. Alguna vez se encontraban alguna hoja pintada por ellos cuando eran pequeños, alguna flor prensada, pero no se querían detener, ni llorar. Para ellos era como violar un lugar sagrado, era el "lugar" de su madre, por lo que mejor no hablar.

Su hija pequeña llegó a la mesa donde aguardaban las libretas, perfectamente ordenadas con sus cintas de colores, y estuvo un buen rato mirándolas, hasta que sus hermanos se dieron cuenta. Ella al percatarse se giró, los miró uno a uno...

—No sé si debemos abrirlas... mamá nunca, a pesar de nuestras risas, nos dijo qué contenían...

Su hermano mayor... se le acercó, la abrazó, miró las libretas... y después a sus hermanos.

—Creo que ninguno sabe qué hay en esas libretas, quizás sea un diario como le decíamos, quizás sean recetas... pero lo cierto es que ahora son nuestras, no quiero empaquetarlas sin más..., quiero que lo entendáis, no quiero ser el cotilla de mamá, pero sí quiero saber qué hay en esas libretas. Si vosotros no queréis que se abran, lo respetaré, pero no creo que mamá invirtiera parte de su tiempo en ellas si no pensara que un día las veríamos.

Se hizo un largo silencio, ninguno se miraba, parecían absortos en sus propias cavilaciones. Ni siquiera se habían dado cuenta de que su padre había vuelto y llevaba un rato mirándolos desde la puerta, hasta que su voz les hizo mirarlo.

—Sé que no soy el más apropiado para hablar, no es lo mío, tampoco sé qué hay en esas libretas, pero mi opinión es que no las empaquetéis sin más.

Cuando terminó la frase se marchó sin opción a réplica. Sus hijos se miraron y cada uno escogió una libreta, se sentaron en el suelo y, con infinita atención, desataron el lazo de cada libreta. Abrieron las libretas casi a la vez, en la primera hoja no había nada escrito, en la segunda, en todas por igual y en grandes letras, se leía “Las aventuras de Cristina”. La perplejidad asomó al rostro de todos, pasaron la hoja y la siguiente de cada libreta era diferente. En la de su hija pequeña estaba parte una, en la de la otra hija parte cuatro, en la de su hijo mayor parte dos y en la otra parte tres. Sin mencionar palabra alguna, tan solo con mirarse, su hija pequeña comenzó a leer, en voz alta, su parte de la libreta.

“Cristina era una reputada periodista de investigación, allá donde creía que podía haber un secreto que desentrañar estaba ella, era tal su fama que a veces, como en este caso, la llamaban; esta vez, desde la Catedral de Valencia, para que les ayudara en un problema que les había surgido, como era el robo de un antiquísimo misal. No era valioso por el misal en sí, sino por lo que llevaba en notas añadido, perfectamente camufladas a ojos ajenos a la lectura en latín y a la historia...”

Aquí se paró por un momento... sin entender. Su hermano mayor la miró y prosiguió con su libreta -parte dos- la lectura.

“Nunca hasta entonces nadie se había atrevido a hablar a Oscar Doyle de esa manera, al menos en su bufete de abogados, todos le temían, era la comidilla de Cleveland. Pocos se enfrentaban cara a cara con él, porque era un hombre poderoso con muchas influencias. Era bien cierto que a su despacho solo llegaban clientes importantes, a pesar de tener unos abogados sociales todos sabían que era pura pantomima. Por lo que esa mañana, cuando entró en tromba Cristina Morrison, una abogada de Derechos Sociales recién licenciada, y le señaló con el dedo gritando en medio de su despacho...”

De repente su hija pequeña exclamó:

— ¡Un momento!, espera, eso es del libro “Hombres sin escrúpulos” de Gerard Darwin, pero la “prota” no se llama Cristina, se llama Madeleine Morrison, -notó la mirada de extrañeza de sus hermanos, esperando su explicación- es que ese libro y su autor en concreto me encanta...

No había terminado la frase cuando se levantó de un salto, los miró a todos sonriendo, gritando...

— Ahora lo entiendo... ¿no lo veis?, releed las libretas, no es el diario de mamá.

Sus hermanos se levantaron también, sin dejar de mirar la frenética actividad de su hermana, desembalando libros y abriendo libretas...

—¿Pero qué haces? -casi a la vez preguntaron todos lo mismo.

Ella paró por un momento, con lágrimas en los ojos se tocó el corazón, y en voz alta, mirando el sillón, dijo:

—¡Vaya mamá! así es que este era tu mundo feliz... ¿verdad?

Su hermana, presa de nervios, le gritó:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué dices?

Más calmada los miró sonriendo y llorando a la vez, les señalaba las páginas dobladas de los libros de su madre, todos estaban subrayados en lápiz...

—¿No lo entendéis?, en estas libretas mamá copiaba las páginas o reseñas que le gustaban. Si dais una rápida mirada, en casi todas ha cambiado el nombre por el de Cristina, casi todas son investigadoras, doctoras, abogadas, aventureras... ¿No lo veis?, mamá encontró así un mundo donde sentirse

bien, viviendo las aventuras de estos libros, haciéndolas suyas. A su modo logró encontrar su mundo.

Se quedó callada, mirando a sus hermanos que también lloraban. Se abrazaron, su madre les había legado miles de historias donde ella era la protagonista y, aunque sabían que eran copiadas, su madre las había vivido como suyas, y para ellos eso bastaba.

Entre ganchillo y chocolate

Vanesa Felip Torrent

La abuela de Claudia era una mujer culta y ganchillera. No entendía las nuevas tecnologías y la última vez que se había puesto bañador tenía cincuenta años.

Era presumida, pulcra y una gran cocinera, así como buena comedora.

Vivía a temporadas en casa de su única hija y, como no siempre recordaba ponerse las gafas, solía alabar en voz alta los pezones de mujeres desnudas de las revistas que compraba su nieto, al confundirlas con margaritas frescas.

Había desarrollado una gran habilidad como lanzadora de zapatillas cuando hacía de cuidadora de sus nietos pues, aunque la mujer tenía una enorme paciencia y era tranquila hasta la desesperación, el hermano de Claudia era capaz de enervar hasta al mismísimo Job.

A la abuela de Claudia le gustaba tirarle la zapatilla mientras le propinaba algún insulto impropio de la madre de una madre, porque tenía la certeza de que su nieto esquivaría el golpe, por lo que el insulto en alta voz le aportaba la liberación y el desahogo que no le iba a proporcionar el golpe y, además, no le remordía la conciencia, algo que, sin duda, le habría ocurrido si hubiera dado en el blanco.

Con su nieto, a pesar de todo, tenía una gran complicidad que se basaba en la afición por el dulce y lo desaconsejable de que lo tomaran. Ella, porque ya tenía una edad y los problemillas de salud propios de la misma. Él, porque se había puesto bastante gordito, lo que había provocado la recomendación del médico de que cuidara lo que comía.

No obstante, cuando los padres de Claudia no estaban en casa se montaban el gran festín.

Lo cierto es que la madre de Claudia sabía perfectamente las comilonas que se montaban su madre y su hijo, pero se hacía la despistada porque en el fondo prefería que tuvieran esos momentos de feliz complicidad a que su madre viviera eternamente sin la menor alegría o a que su hijo fuese más delgado pero menos risueño.

La abuela de Claudia era poco sociable, algo pesimista y tenía una belleza que impactaba. Era estrecha de hombros, tenía la barriga marcada y siempre olía a perfume.

La madre de Claudia era una gran lectora. Devoraba los libros propios y prestados, leía los libros mencionados en los que se leía y estudiaba aspectos que aparecían en ellos. Los resumía y comentaba y subraya las frases que más le habían llamado la atención. Le encantaba el tacto de los libros y su olor, y le gustaba releerlos pasado un tiempo para comprobar si la impresión que le había causado su primera lectura era la misma o distinta a la segunda o tercera.

No le gustaba perder el tiempo con gente que no le resultaba interesante, y la mayoría de la gente no se lo parecía. Si bien, por las personas a las que quería era capaz de entregarse sin condiciones hasta unos límites que, en ocasiones, le habían dañado bastante.

Tenía una belleza agitanada y en su juventud había destacado por su físico más que por sus valores o sus conocimientos, a pesar de que unos y otros caminaran de la mano.

Vistió vaqueros por primera vez cumplidos los cincuenta y a los sesenta dejó de frecuentar la peluquería con periodicidad semanal.

Nunca fue entrometida ni pretendió que sus hijos vivieran la vida como ella quería, pero a medida que pasaban los años su transigencia para con el resto de las personas crecía. Pensaba que una de las mayores virtudes de una madre era dejar vivir a sus hijos, sin imponerles visitas obligadas ni llamadas telefónicas por compromiso, y viviendo con especial alegría las muestras de amor voluntarias de las tres personas a las que más quería en el mundo.

Siempre estuvo obsesionada con su peso, lo que le había llevado a probar los regímenes más descabellados. Es curioso, porque nunca estuvo gorda, aunque es cierto que nunca comió demasiado.

La madre de Claudia, ante situaciones de estrés, se reía a carcajadas y hablaba al revés. Bueno, no exactamente al revés pero sí mezclando sílabas o letras y formando palabras de los más divertidas. Lo peor era cuando esas palabras, erróneamente formadas, adquirían un significado distinto y real que, en el contexto de la conversación, era del todo inadecuado. Eso le provocaba una vergüenza “in crescendo”

que se reflejaba en el tono rojizo de su rostro y en el calor que sentía a medida que la vergüenza se dibujaba en sus mofletes, nariz, orejas y demás partes de su semblante.

La hermana de Claudia era una de esas personas que estaba enamorada de la vida. Le encantaba vivirla y encontrar dentro de ella casualidades y conexiones telepáticas. Le apasionaba escuchar, solo con su pensamiento, una llamada de auxilio o percibir, de la misma forma, la sonrisa de una amiga o de cualquier persona con la que tuviera un vínculo especial de afecto, porque como ella misma reconocía, las comunicaciones a través de la mente solo funcionan entre personas que se quieren. Creía que el amor les brindaba un canal especial de comunicación.

Le gustaba pensar que las piedras tenían un lenguaje propio. Le emocionaba tocarlas, descubrirlas con el tacto de sus dedos, acariciar los cantos rodados por la erosión y el tiempo, mientras percibía su energía y se preguntaba por su historia.

Creía que en la vida era importante disfrutar de lo que uno hacía y comía. Y para ello pensaba que era importante preguntarse a uno mismo sobre sus apetencias culinarias o de ocio antes que caer en placeres aprendidos y no siempre

disfrutados. Le desagradaban las costumbres malsanas, aunque le gustaba deleitarse con una copa de un buen vino o de un ron añejo con hielo. Le encantaba bailar y cantar en karaokes, aunque tenía la voz ronca y una entonación de lo más desafinada. En eso se parecía a su padre.

En su mundo, ella era feliz casi de forma constante, pero le producía una gran tristeza pensar en la pérdida de valores de la sociedad en la que le había tocado vivir.

Claudia tenía veintiocho años cuando su hermana contaba treinta, su madre sesenta y su abuela ochenta y dos.

Era apolítica, estudiosa y risueña como su hermano. Odiaba los compromisos de vivir en sociedad y odiaba todavía más las intromisiones de la gente en su vida privada.

Estaba convencida de que había demasiadas personas en el mundo con una elevada carencia de imaginación para vivir su vida de forma satisfactoria, y pensaba que era una pena que hubiese gente en el mundo a la que le faltaba tiempo para cumplir todos sus sueños y llenar las horas de momentos que valiesen la pena, mientras otras personas parecían vivir para dejar morir el tiempo.

Y es que a Claudia le obsesionaba el tiempo y su transcurrir.

Sus padres, a veces, le recordaban que de niña, cuando todavía no había aprendido a disfrutar de su soledad, se enfadaba enormemente en aquellos momentos en los que sus amigas, por lo que fuera, no podían salir a jugar. En esos años de edad temprana no le gustaba la televisión, aunque más tarde tampoco, ni le gustaba leer, algo que con el tiempo cambió. Así que, cuando sus amigas no estaban, se ponía de mal humor y exigía de sus padres distracciones mediante juegos de mesa, paseos o meriendas golosas.

Claudia era adicta a las nuevas tecnologías y, así como a su hermana le encantaban las comunicaciones telepáticas, ella prefería las telemáticas, porque eran más certeras, directas y servían para transmitir mensajes a cualquier persona, aunque los vínculos sentimentales con ella no fuesen demasiado estrechos.

Tenía correo electrónico, estaba en facebook, tenía twitter, wasap, y no sé cuantas cosas más. Ello le proporcionaba una vida social muy activa.

Claudia, su madre, su abuela y su hermana, tenían la costumbre de reunirse una vez al mes en casa de Lola, la madre de Claudia, para merendar y hablar. Si bien no siempre acudían todas, puesto que el pacto de reunirse se sustentaba en otro pacto, que era el de la voluntad de asistir.

Pero aquella tarde de invierno habían coincidido las cuatro algo que, por otra parte, solía ocurrir.

Sofía, la hermana de Claudia, había llevado unas galletas de color marrón y ricas en fibra, pues compartía con su madre el estreñimiento crónico y la obsesión por mantener la línea. Claudia había comprado *croissants* de chocolate, Lola había hecho café y chocolate a la taza y Amparo, la abuela de Claudia, había comprado caramelos blandos para sus nietas, porque pensaba que se habían estancado en la infancia. Tenía la mente bastante clara, pero algunas veces perdía momentáneamente la memoria y cuando la recuperaba no siempre volvía al espacio temporal adecuado. Además, para ella, siempre serían sus nietas, y ello, de alguna manera, les dotaba ante sus ojos de una eterna niñez.

Además a sus nietas les encantaban los caramelos blandos, porque les recordaba una época feliz de sus vidas.

Era invierno y Amparo tenía las piernas cubiertas con un tapete de terciopelo que, a su vez, cubría una mesa camilla de 1,10 por 1,10 metros. Llevaba las gafas puestas y se entretenía haciendo unos cabezales de ganchillo para un sofá.

Al otro lado de la mesa camilla estaba sentada Lola, con su set de manicura sobre la mesa. Junto a él, descansaba el libro que estaba leyendo.

Sofía se había acostado en el sofá que formaba una ele con los dos butacones y la mesa camilla. Repantigada, con las piernas estiradas y los brazos hacia atrás, miraba al techo mientras se perdía en sus pensamientos entre la conversación con sus familiares féminas.

Claudia había sacado, del enorme bolso que llevaba, varias mascarillas individuales para el rostro y las había extendido sobre la alfombra, dónde se había sentado en posición de buda. Tenía un caramelo con palo en la boca y mientras lo saboreaba, exponía sus mascarillas para ver mejor las diferencias entre ellas y facilitar así su propia elección.

—¿Qué libro estás leyendo ahora mami? -preguntó Sofía mientras giraba levemente el cuello para mirar a su madre.

– *Aurora boreal* de Åsa Larsson. Es una pasada. Si quieres cuando lo acabe te lo deajo.

– No sé, ahora tengo un montón de libros pendientes que quiero leer, pero ya te lo pediré en otro momento.

– Pásame un *croissant*, por favor. Tienen una pinta buenísima -dijo Sofía dirigiéndose a Claudia.

– Yo te lo paso, pero que sepas que va a arruinar tu dieta.

– Ya te vale. Sabes que mi premisa es dejar la dieta en casa.

– Di que sí, hija, que además, para contar calorías ya estoy yo aquí. Ahora, que estas galletas, ojalá lo único horrible de ellas fuese su aspecto.

– A mí no me parece que estén tan malas -intervino la abuela.- Lo malo es que no parecen aptas para dentaduras postizas, creo que es por las pasas -dijo mientras movía la boca con cara de circunstancia y se alejaba hacia el baño.

– Pero abuela, deberías tener más cuidado -comentó Claudia entre risas.

–Tú ríete, que ya llegarás a mi edad y entenderás que no puedes ir con cuidado constantemente -contestó la abuela, levantando un poco la voz.

–Ya lo sabemos mamá, pero admite que ha sido gracioso.

Amparo ya no podía oírlas porque estaba en el lavabo limpiando cuidadosamente su dentadura. Cuando hubo terminado se la colocó de nuevo y volvió a reunirse con el resto.

–¿Sabéis que he vuelto a escribir? -comentó de pronto Sofía.

–¡Qué guay! Pero espero que no sea sobre el alma de las piedras ni ninguna otra de tus ocurrencias poco realistas.

–Muy graciosa hermanita.

–¿Y cómo le va? -preguntó de pronto la abuela.

–¿Cómo le va a quién mamá?

–A Alma. Mira que esa chiquilla era guapa y alta, muy alta, ¿verdad?

—Sí, y supongo que seguirá siendo guapa y alta, pero, ¿por qué lo preguntas, abuela? -preguntó la mayor de sus nietas.

—¿No hablabais de ella?

La abuela de Claudia estaba algo sorda, aunque no demasiado. A su hija y a sus nietas no les gustaba recordárselo porque ella quería pensar que no había perdido facultades con los años. Así que, algunas veces, simulaban su sordera y con pequeños engaños le regalaban un poco de tranquilidad.

—Ah!, sí, claro -dijo Claudia- Sigue como siempre, iaia.

—Entonces ¿has vuelto a escribir? -intervino Lola.

—Sí, estoy enfrascada en un libro de cuentos infantiles. Estoy disfrutando mucho al poder contar historias fantásticas. También hay retazos de realidad, pero es una realidad de difícil comprensión para los adultos. Los niños están más preparados que los mayores para creer en cosas extraordinarias, por eso creo que sabrán apreciar mi talento.

—Buen discurso, hermanita, pero no es que no apreciemos tu talento, es que tienes demasiada imaginación, aunque a mí me gusta eso de ti.

Lola se había quitado el esmalte, la cutícula y se estaba limando las uñas.

—¿Ya has elegido el color que te vas a poner, mami?
-preguntó Claudia.

—No, aunque estoy entre el berenjena y el rojo. ¿Tú qué opinas?

—El rojo me gusta más para el verano, así que prefiero el color berenjena.

—A mí me gusta la manicura francesa, hija. Es fina y elegante.

—Es una opción pero las he llevado demasiado tiempo así. Ahora me apetece cambiar.

—Te las pinto yo ¿vale? Pero espera a que me ponga la mascarilla -dijo Claudia mientras se alejaba hacia el baño.

—¿No se supone que esas mascarillas tienen también una finalidad relajante? -preguntó Sofía alzando la voz, con la mirada fija en el techo.

–Sí, pero es que a veces no me apetece estar me quieta durante todo el tiempo que tengo que llevarla puesta -gritó Claudia desde el baño.

–Vaya, olvidaba tu obsesión por el tiempo.

–¿Quién ha puesto algo a calentar en el microondas?
-preguntó la abuela, de repente.

–Nadie, iaia, es el móvil de Clo.

–¿Para qué es esa mascarilla? -preguntó Sofía cuando apareció Claudia en el salón con la cara oculta bajo aquel pringue marrón.

–Es hidratante, de aceite de argán. La compré cuando estuve en Marruecos.

–Ya -contestó su hermana, al tiempo que mostraba su incredulidad al respecto con la expresión de su rostro.

–Eso de los móviles a mí no me acaba de convencer, -comentó Amparo- permiten la interrupción de momentos compartidos con otras personas y, de algún modo, menoscaban la privacidad.

– Tienes razón abuela, a veces no es bueno estar localizable en todo momento. -Claudia hablaba mientras toquiteaba las teclas del móvil para responder a algún wasap o mensaje de algún descolgado que todavía no conocía las excelencias del wasap- Pero -continuó diciendo- no te puedes imaginar la de información que se obtiene a través de estas vías. No solo estás en constante contacto con tus amigos y amigas sino que, además, por ejemplo a través del facebook, me entero de un montón de actividades culturales y de ocio como monólogos, exposiciones, conciertos,... -Mientras hablaba seguía moviendo los dedos a un ritmo frenético y recibiendo información mediante sonidos de distinto tipo.

– Claudia, ¿vas a pintarme las uñas o seguirás jugando con el móvil?

– Ya voy. Contesto este wasap y me pongo con tus uñas.

– ¿Sabéis a mí lo que me gustaba de los teléfonos antiguos? -preguntó la abuela. Y como si no esperara respuesta expuso a continuación su punto de vista- No saber quién llamaba. Mantener el misterio hasta que descolgabas y oías, al otro lado, una voz más o menos familiar.

—Es verdad, recuerdo que cuando sonaba el teléfono, Clo y yo íbamos corriendo al comedor para descolgarlo y contestar. -Mientras hablaba, Sofía se había incorporado y sentado en el sofá y las miraba a las tres con la alegría propia de quien recuerda una anécdota graciosa o entrañable.

—Sí, pero tú siempre me hacías trampa para llegar antes. -Claudia, se había girado para contestar a su hermana y a causa del movimiento le pintó a su madre parte del dedo con el esmalte.- Perdona mamá -dijo mientras buscaba la acetona para enmendar su error.

—Ya sabía yo que esto no era buena idea -opinó su madre con resignación.

—¿Pero, qué dices Clo? -preguntó Sofía con cara de fingido asombro y no sin cierta dificultad, debido a la galleta que tenía en la boca y también a la risa que le daba saber que su hermana tenía razón.

—Me cogías del brazo para apartarme y pasar delante de mí, y si no, me ponías la zancadilla. Más de una vez me pegué de morros contra el suelo -contestó Claudia con cierto enfado recordando aquellas vivencias de infancia.

–Lo siento Clo, pero ya sabes que soy un poquito competitiva. Por cierto, ¿qué hora es?

–Las seis y casi y cuarto -contestó Amparo.

–Entonces, yo me voy ya, que he quedado con un amigo.

–¿Un amigo? -preguntó Claudia con curiosidad.

–En realidad, se podría decir que es algo más que eso -contestó Sofía haciéndose la interesante.

–Pero, ¿cómo es? ¿Dónde lo has conocido? ¿Cómo es que yo no sé nada de ese “más que amigo” tuyo?

–No seas preguntona Clo. Ya te contaré.

–Soy preguntona, pero también soy tu hermana, así que mañana te llamo y me lo cuentas todo. Y me tienes que enseñar lo que estás escribiendo. Me muero de ganas por leerlo.

Amparo y Lola se sonreían mientras nietas e hijas aportaban un diálogo de fondo en la estancia donde la abuela seguía amontonando cuadros de ganchillo para su posterior unión y la madre sostenía entre sus manos, con sumo cuidado

para no estropear el acabado del esmalte sobre sus uñas, el libro que se estaba leyendo.

El viaje

Francisca García Jiménez

— **V**oy a hacer un viaje -anunció.

Fue como si hubiera pasado un ángel. Todos quedaron en silencio mientras clavaban sus ojos en ella, como si la vieran por primera vez.

Habían comido en ese restaurante para celebrar su cumpleaños. Era el que más frecuentaban cuando Ernesto les llevaba a comer fuera, en los buenos tiempos, cuando estaban todos juntos.

Los hijos no querían, no lo habían hecho desde que el padre falleció, pero ella insistió en que tenía que ser allí y al final aceptaron.

La comida se desarrolló de forma distendida, el menú fue perfecto según la opinión de todos. Estaban tomando el café cuando les dio la noticia.

– Voy a hacer un viaje.

– ¿Cómo que te vas de viaje? -dijo Teresa- ¿Con quién te vas?

Todos hacían preguntas, hasta los niños, y se armó un pequeño revuelo donde todos hablaban sin escuchar a los demás. Ella permaneció en silencio mirándoles con una leve sonrisa en los labios, hasta que poco a poco se fue haciendo el silencio.

– Voy a hacer ese viaje, os pongáis como os pongáis. Está decidido -dijo resuelta.

– Pero ¿dónde vas a ir tú? -preguntó Ernesto.

– Voy a hacer un crucero y me voy sola.

Se armó otro revuelo, tanto Teresa como Ernesto hablaban a la vez y ella no conseguía entender a ninguno. Los dos nietos mayores la miraban sonriendo. Lucía tenía dieciséis años y adoraba a su abuela. Cuando se apaciguó el revuelo le dijo:

– ¿Me dejas ir contigo? Yo te cuidaré y no tienes por qué ir sola a ningún sitio. ¿Puedo ir contigo?

– Mira, esa sería una solución, -dijo Teresa- pero no puedes perder las clases.

– No te preocupes cariño, -dijo María mirando a su nieta- estaré bien.

– Pero no puedes irte sola, ¿no lo entiendes? -dijo Ernesto.

– Puedo hacerlo y lo voy hacer, os pongáis como os pongáis. Podría haberme ido sin decir nada, dejando una nota, o un mensaje en el contestador... pero he preferido despedirme invitándoos a comer y diciéndooslo cara a cara. Pero eso no os da derecho a prohibirme hacer ese viaje. Es algo que he pensado mucho y que deseo hacer con todas mis fuerzas antes de ingresar en esa residencia tan cara que me esta aguardando. Todavía me quedan fuerzas para hacer ese viaje y lo voy hacer, sola... es algo que nunca he hecho. Desde que me casé con vuestro padre, nunca he hecho nada sola, cuando no estaba con él, estaba con alguno de vosotros, pero jamás sola... y quiero hacerlo, necesito hacerlo. Luego, Dios dirá, lo que tenga que pasar, pasará, sin que podamos evitarlo.

Es lo último que quiero, mi último deseo, creo que me lo merezco, ¿no?

—Pero, si te pasa algo estando sola ¿quién te va a cuidar? -dijo Lucía mirando a su abuela con los ojos llenos de lágrimas.

—No te preocupes cariño. Estaré bien, no estoy tan vieja, solo tengo ochenta años... soy una jovencita -dijo riendo.

—Pero, yo puedo ir contigo, así estaríamos juntas unos días.

—No cariño, tu madre tiene razón, tienes que ir a tus clases, es importante estar preparada para el futuro. Yo no estudié cuando era joven, en mi familia solo estudiaban los chicos. A mí solo me enseñaron a ser una buena esposa, a coser, a cuidar niños y a ser una buena ama de casa... No sé si lo he hecho bien, sobre todo no sé si he sido una buena madre, pero lo he intentado, he hecho todo lo que he podido, ahora solo me queda... No sé qué me queda... estoy al final de mi vida, ya no puedo esperar mucho. Por eso quiero hacer este viaje, quiero vivir una experiencia nueva, es lo último que pido, vivir intensamente, aunque solo sea unos días. Lo entendéis, ¿verdad?

Al cerrar la puerta del camarote, se le escapó un suspiro. Dejó la maleta sobre la cama y se dejó caer en un pequeño sillón. Abrió el bolso y extrajo su teléfono móvil, lo observó unos segundos y luego apretó el botón de apagado. Ya estaba hecho, había comenzado su viaje y apenas podía dominar sus nervios. Tenía que serenarse y para calmar el pequeño temblor de sus manos, se dispuso a deshacer la maleta y colocar las prendas en el armario.

Era la primera noche en el barco y se arregló con esmero, un sencillo vestido blanco, un fular que tenía preparado para la ocasión, un cinturón, bolso y zapatos rojos. Se había maquillado suavemente resaltando sus ojos azules y su melena rubia. Antes de salir se miró en el espejo, vio la imagen de una mujer mayor que seguía manteniéndose esbelta, elegante. El cabello teñido el día anterior le quedaba perfecto, sonrió y suspirando dijo: – Bueno, María, adelante, ha llegado el momento... -y salió cerrando la puerta a su espalda.

Caminaba despacio, subió escaleras, recorrió pasillos, hasta que salió a una de las cubiertas. Se detuvo unos instantes observando a las personas que circulaban a su lado. Luego, despacio, se acercó a la barandilla y observó el cielo. Estaba

repleto de estrellas que brillaban en la lejanía. Sonrió contemplando el espectáculo, pero faltaba algo, no veía la luna. Sabía que era luna llena y la noche estaba despejada, espléndida, pero no veía la luna y se sintió decepcionada. Imaginó que estaba en el lado equivocado y el mismo barco le impedía verla y no supo qué hacer. En su mente se había formado la imagen de ese momento y la luna formaba parte del cuadro. Lo tenía todo calculado, en su mente lo había vivido muchas veces, pero algo había fallado, la luna no estaba donde debía y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Dando un profundo suspiro alargó las manos y se aferró a la barandilla, luego miró las aguas negras y profundas del Mediterráneo por donde se deslizaba el barco. Imaginó la estela de espuma blanca que el barco dejaba a su paso, y sintió un ligero escalofrío. Se acercó más a la barandilla con sus ojos clavados en las negras aguas y sintió cómo un intenso escalofrío recorrió su cuerpo. Cerró los ojos y vio su cuerpo sumergirse en el mar y desaparecer bajo las olas. Fue entonces cuando llegó hasta ella el suave sonido de un piano. Sonaba lejos, pero sus notas se fueron adentrando poco a poco en su cerebro, en su alma y la fueron absorbiendo, haciéndole poner toda su atención en el maravilloso sonido, era Claro de Luna, de Beethoven.

Escuchó un pequeño chasquido en su mente y abrió los ojos, sintió unos irrefrenables deseos de seguir el sonido de aquel piano. Poco a poco consiguió recuperar sus crispadas manos y se alejó de la barandilla. Comenzó a caminar despacio como si hubiera perdido la voluntad, se dejó llevar por las maravillosas notas de aquella música que alguien interpretaba con maestría.

Llegó a un salón donde, en un discreto rincón, divisó la negra silueta del piano. Se acercó despacio. Un hombre sentado frente a él parecía acariciar las teclas sacando de ellas las notas celestiales. Ella, hipnotizada por el sonido, se acercó hasta detenerse al lado del instrumento, sin dejar de mirar las manos que arrancaban la melodía que la había arrastrado hasta allí.

Cuando se hizo el silencio alzó los ojos, despacio, buscando el rostro del hombre que había conseguido llamar su atención y la había despertado, haciendo que aplazara por el momento su destino.

Escuchó los aplausos, vio al hombre inclinarse sonriendo agradecido, hasta que reparó en ella y la miró fijamente. Despacio se acercó y le tendió la mano diciendo:

–Siento que no le guste mi interpretación.

–¿Cómo dice? -dijo ella reaccionando.

–Si no aplaude, es que no le ha gustado mi música.

–Oh, no por favor, me ha encantado... Lo siento pero, no sabe hasta qué punto me gusta su música. No reparé en aplaudir, lo siento.

–Entonces, acompáñeme a tomar una copa y explíqueme por qué no aplaude, ¿acepta?

María guardó silencio unos segundos, contemplando el atractivo rostro del hombre. Aparentaba unos setenta años, bien afeitado, cabellos grises, traje oscuro y una tierna sonrisa en sus labios carnosos. Y respondió:

–Acepto encantada.

Tomaron asiento en una de las mesas mientras él decía:

–Mi nombre es Diego.

–Yo soy María.

–Mucho gusto María. -dijo dándole la mano. Luego añadió- Entonces dime, ¿te gusta Beethoven?

–Me encanta, sobre todo Claro de Luna. Tras ella se esconde la historia de la superación del autor. Cuando perdió la audición, Beethoven se hundió en su desgracia, entonces conoció a una joven ciega. En un día de confidencias le dijo que lo que más sentía era no poder ver la luna. Entonces comprendió que había personas más desgraciadas que él y se puso a componer la pieza más bonita de su repertorio, Claro de Luna, dedicada a la joven invidente... Eso demuestra que por difícil que parezca nuestra vida, siempre podemos hacer algo, podemos luchar por vencer nuestros problemas e intentar sacar lo mejor de nosotros mismos.

–Tienes toda la razón. Y no solo eso, después siguió trabajando y compuso grandes obras. Fue un gran hombre sin duda.

–Sí, y un gran compositor. Me gusta mucho su música, sobre todo Claro de Luna. Me gusta tanto, que ha hecho que cambie mis planes para esta noche.

–¿Tenías otro compromiso? Lo siento.

–No te preocupes, mis planes pueden esperar. Lo que tenía previsto lo puedo hacer en cualquier otro momento, siempre hay tiempo, no es urgente... por esta noche.

–Me alegro.

–Estoy preocupada por mamá -dijo Teresa- El teléfono lo tiene apagado y no he podido hablar con ella desde que se fue. La he llamado todos los días y siempre me dice que no está operativo.

–No te preocupes, igual no tiene cobertura en el barco. -dijo Ernesto.

–Igual le ha pasado algo y está enferma, -dijo Lucía- la abuela está mayor, tenía que haberme ido con ella.

–Ahora no tiene remedio, además se empeñó en ir sola.

–¿Y no te parece raro? Me pareció triste cuando nos despedimos.

— ¡Ay hija!, no quieras ponerme mal. Estará bien, ¿qué le va a pasar en un barco? Igual ni baja a las excursiones, como va sola.

— La abuela es muy capaz de hacer las cosas, no es ninguna vieja chocha.

— Yo no he dicho eso. Pero nunca ha ido sola a ningún sitio y no sabe hacerlo.

— Vale, vale, mañana saldremos de dudas. Iremos a esperarla al barco, así se llevará una sorpresa -dijo Ernesto zanjando la conversación.

Llegaron al puerto puntuales. Cuando vieron salir a los primeros pasajeros, se miraron sonriendo.

— Ya llega, ya llega -dijo Lucia nerviosa.

— Espera, no te impacientes. En el crucero hay mucha gente, igual tarda en salir -dijo Teresa.

Poco a poco fue saliendo el pasaje del barco, pero no había rastro de María. Lucía no paraba de mirar a un lado y a otro, lo

mismo que su madre y su tío, y los nervios se fueron apoderando de ellos con el paso del tiempo.

– Pero ¿qué pasa?, ¿por qué no llega? -preguntó la joven.

– No lo sé, no lo sé -dijo Teresa- Ernesto, tenemos que subir al barco, algo ha pasado con mamá.

Una vez a bordo, preguntaron por el capitán pero no les fue fácil dar con él. Fueron de un lado a otro hasta que consiguieron la información que necesitaban para dar con el camarote de María. Allí tampoco estaba, tenían la esperanza de que todavía permaneciera en él, bien durmiendo o, peor aún, enferma. Pero no había rastro de la mujer. En el armario estaba su ropa, no mucha, dos vestidos, algunos jerséis y poco más.

– Pero ¿dónde está la abuela? -preguntó Lucía llorando.

Nadie lo sabía. El capitán recordaba haber cenado con ella hacía cuatro noches, se la presentó un amigo suyo y le pareció una mujer muy agradable y culta, pero habló poco con ella porque también había un grupo más de pasajeros invitados. No volvió a verla. Comprobaron las entradas y salidas de los pasajeros en cada escala. Descubrieron que María había

desembarcado en Roma y no había regresado. No había ninguna pista más.

Se disponían a bajar del barco, cuando se les acercó una joven diciendo:

—Hola, supongo que están buscando a la señora María, la pasajera del camarote 107. Era una señora muy amable y hablaba mucho conmigo. Decía que me parecía a su nieta, sobre todo en el nombre. Me llamo Lucía.

—Muy bien ¿pero sabes dónde está mi madre?

—No señora, pero me entregó una carta. Dijo que cuando llegáramos a puerto la echará al correo. Pero no creo que sea necesario, ella me dijo que era para su familia y como supongo que ustedes son sus hijos, puedo dársela en mano -y les entregó un sobre cerrado.

Queridos hijos y nietos:

Siento decirles que no voy a regresar.

Tengo ochenta años y, aunque mi cuerpo no es el de antes, mi mente está despierta y todavía puedo decidir qué es lo que quiero hacer con mi futuro, con mi vida, y lo voy hacer.

He decidido seguir viajando. Voy a recorrer la Toscana, quiero pasear por las calles de Florencia, contemplar el David de Miguel Ángel, la torre de Pisa. Siena, la ciudad suspendida en la edad media. Visitar Vinci, la ciudad de mi admirado Leonardo. Siempre he querido navegar en góndola por los canales de Venecia, tomar un café en la plaza de San Marcos, y voy hacerlo porque... he decidido seguir viviendo.

Me han invitado a pasar una temporada a una playa de la Riviera Maya y puede que acepte. No sé dónde está mi destino final... Pero ¿alguien lo sabe?

Lo que si sé es que la residencia puede esperar.

Os quiero mucho.

María.

La patinadora

Eli Llorens Perales

— **M**mmmm, pffffff! On...? On estic...?

Aaaaaiiii! Quin dolor! Quin mal de cap! On... on estic? Però, no m'hi veig! No ho entenc! Estic segura que tinc els ulls oberts, i no veig res! A veure?... D'acord, pensa... estic parpellejant, ho note! Sé que ho faig! I no veig res! Ni una llum... res... res... res... Tranquil·la! Que no et puga la histèria!

Provaré a moure'm. Bé, puc parlar i menejar la boca i... Déu meu! No puc... aiiiiss! No em puc alçar! Estic... estic lligada! Em puc moure però no puc...! Estic lligada! M'han lligat! Però, no per favor! Que no m'hagen trobat!

Socooooooooors! Socooooorrrsss! Que no em sent ningú? Sembla com si ressonara!

Em note... em note un lligam al coll que no em deixa alçar el cap, també als avantbraços, a les mans, a la cintura, a les cames, als peus... Estic completament immobilitzada!

Però, per què? Ufff! Em trobe marejada... Quin mal em fa el cap! És que no entenc... res!

Si poguera només soltar-me un peu... aaaiii! No puc! Un... un moment... porte les botes... no! Els patins! Ara ho recorde! Estava patinant, patinant al parc! De fet... crec que encara duc la mateixa roba! Les colzeres, les genolleres, fins i tot el casc! Ho duc tot, encara! I si he caigut? I si he caigut i m'he colpejat el cap? Quin mal em fa redéu! Pot ser que estiga a l'hospital, a veure si m'estan fent alguna ressonància i per això no veig res... però, per què m'han de lligar? Jo no recorde haver entrat a l'hospital ni cap caiguda! I... I si...? Senyor, i si fóra cert? I si les amenaces foren certes i m'han segrestat?

Senyor! Li havia d'haver fet cas a la policia! Però jo pensava que després de tres anys retirada de les passarel·les ja s'hauria oblidat de mi! El sergent Micó ja em va advertir que no eixira sola! Que no eixira sola!, Que no eixira sola! Però si m'he tenyit els cabells!, he canviat d'hàbits, d'identitat! Ho he fet tot, tot!, però, jo creia que tot havia passat ja... Quin mal podria fer jo

per patinar una estona pel parc de la facultat? Ai Senyor! Que aquest patiment no s'acabarà mai?

No és fàcil veure't sola a la vida amb díhuit anys, al càrrec de tres germanes i sense recursos ni un futur on poder-te dirigir! Un any després de la mort dels meus pares, va aparéixer l'oportunitat. I qui no l'haguera agafada si haguera estat al meu lloc? És molt fàcil criticar una persona des de l'altra banda del carrer! Per a mi, haguera sigut més fàcil acceptar la proposta de la família d'acolliment, però, i per què no agafar un altre camí? Per què no guanyar-me la vida i donar-li a les meues germanes la millor educació? Simplement, m'ho proposaren a la cafeteria on treballava i ho vaig acceptar. Uns mesos a l'acadèmia i ja estava llesta per fer les meues primeres passes al món de la moda! Una sessió de fotos per a roba interior, un càsting per fer un anunci...

Tot va ser tan fàcil... Semblava que el món romania des de feia temps, esperant-me, enyorant-me, reclamant-me. Primer un mànager, després dos, finalment tenia tota la agència treballant per a mi, organitzant-me esdeveniments, entrevistes, portades, posats, robats i tot tipus de promoció que es poguera imaginar. Que bonic era quan les grans marques trucaven a la meua porta! M'encantaven les desfilades de Dior, eren...

especials. Notar el calfred sinuós de la seda acaronent-me els pits al *backstage*, l'onada de benestar quan la maquilladora em perfilava suaument els llavis amb un *gloss* de cinquanta euros, l'incontenible goig d'observar els grans dissenyadors fer tres passes enrere perquè jo aplegara al final de la passarel·la, mentre tots aplaudien dempeus la majestuositat de la meua figura lleugera caminant sobre uns talons de dotze centímetres. Sí!

Què es pensen? Que una naix sabent triomfar? És un gran sacrifici i un gran dilema enfrontar-se a les càmeres i al públic. Pagarà la pena vendre la teua vida a canvi d'un instant de glòria i una vida desofegada per sempre? Tenint tres germanes i sota el meu paréixer, la resposta és sí.

Tot anava rodat, fins i tot tenia temps de passar a veure les xiquetes i supervisar tot el que necessitaven. Sí... tot rodat, fins que aparegué ell.

– *Mira! Ja la tenim embolicada.*

– *Sí, sí... s'alegrarà molt de tindre-la. He, he! Ja veuràs quina sorpresa!*

Ei! Qui és? Qui parla? Qui és el que m'ha de tindre? És ell, no? Déu meu, Déu meu! M'ha trobat! M'ha trobat! I si m'ha

trobat a mi... ha trobat a les xiquetes! Noooo! Fills de putes!
No les toqueu! Jo... jo vos pagaré més! Vos pagaré més que ell!

Ell! Kenneth! El gran Kenneth! Cabró! Es va presentar com un gran lord anglès. Acostumava a passejar entre bambolines i els *box* de maquillatge, i li agradava aparéixer en tots els *photocools*, agafat de les cintures més cridaneres de la temporada. Amb unes quantes sessions de més d'UVA i una quantitat indecent de perfum, es lluïa davant els dissenyadors, enlluernant-los amb unes dents setmanalment blanquejades i la reverberació del seu cognom.

Kenneth... Kenneth era un déu per a totes les pobres ànimes que suràvem d'aeroport en aeroport, buscant la llum al final de la passarel·la, la llum de les seues dents, somrient en Cinemascope i amb l'esperança de ser algú més que l'abric 26, o el vestit 42 de la col·lecció d'estiu d'un *rookie* convidat a la festa dels grans dissenyadors.

Kenneth, amb els seus barrets de palla blanca i els seus mocadors de seda pintada. Kenneth, amb la mirada glacial i la boca carnososa, capaç de fondre els cors de les xiques al roig blanc amb només un lleuger conat de somriure. L'home perfecte que sabia com col·locar-te un floc de cabell al lloc i lluir alhora la manicura de tres-cents *pavos* combinada amb un

rellotge de trenta mil. Tot en ell era glamur, seducció i tenor dolça que et rebatia la voluntat amb només una ullada d'esma al teu escot. La veritat és que hui, amb perspectiva, reconec que no hi ha ningú com Kenneth.

Lamentablement em va tocar el torn d'acaparar la seua atenció. Després d'un parell de cops de sort i treball dur, vaig aconseguir fer una setmana sencera a Milà, amb dissenyadors de poc soroll però amb la saviesa italiana impresa en els sécs de la seua rànica col·lecció de tardor. Eren molt tradicionals, ho sé, però m'assentaven bé aquelles bruses amb llaçada al coll lligades amb falde tub de cintura *gratacesca* i llarg pudorós, a més, combinaven perfectament amb la meua cara de *pipiola*; molt lluny de les dones que pretenia aquest energumen amb barret de palla, sempre ataviades amb *Gaultiers* de cuir, maquillatges terminals i pentinats de cànem i filferro. Què és el que va veure en mi? És una pregunta que em repetisc i em repetiré fins la mort.

El primer contacte amb ell em va deixar a la boca eixa sensació d'empastellament emocional que només dóna una paraula amable barrejada amb un gest de menyspreu.

—*Que mona...*

Em digué davant dels dissenyadors italians mentre m'agafava la galta i omplia la conversa amb un somriure quadrat, del que es força des del baix ventre per ocultar la repugnància cap a un ésser humà i no semblar un...un... energumen.

Pot ser la meua mirada indiferent el conduïra a desistir, o això és el que jo em pensava...

Un moment! Sent... estic sentint sorolls! Sí! Una veu nova! Eeeeeeehhh! Què hi ha algúúúúúúúú? Per favooooor! Traieu-me d'acííííí!

– Com la prepare? La voldrà en una bossa o li la pose per a regal?

– Hee hee hee, millor per a regal, li agraden molt les sorpreses. A més, així estarà més guapa mentre estiga dintre de la caixa, una volta fora, no va a quedar res d'ella... li agrada molt jugar amb les seues nines.

No! No! Què aneu a fer-me! No! He de fugir! he de fugir d'ací! Van a matar-me! Van a matarmeeeeeeeeee! Per favooooor! Deixeu-me anaaaaaar! I ara? Ara ja... ara ja no sent rés... Què vols? Fer-me plorar? Fer-me patir? Doncs ja ho has

aconseguit! Deixa'm anar! Aiissss... no... no... uff... no puc!
No puc moure'm...

Em trobe marejada... fa molta calor ací dins! Què collons serà açò? Sembla, sembla ser un taüt! Però, el tacte és com de cartró... està plastificat! Ai senyor! Què pensaran fer amb mi?

Estic segura que ha sigut ell! Sííí, sí! És ell! Buscant sempre fantasies per poder empalmar!

Que sàpigues que no et tinc por! Em sents! No et tinc poooooor! Impotent de merdaaaaa!

Què s'ha pensat? A mi no m'ha donat ningú res a la vida! Tot ho he fet jo sola! Jo sola m'he fet un nom i m'he obert un camí cap a l'èxit! Jo! Jo vaig votar de Milà a Roma, de Roma a Madrid, Barcelona, Nova York, Brasil... fins que vaig aplegar a París... A París, i quasi dos anys després de la primera trobada amb Kenneth, se m'obriren les portes del cel. A mi ja se m'anava notant la durícia provocada pels aeroports en el caminar i la fortalesa que donen les capes de maquillatge a l'ànima. Per unes coses o altres, l'experiència m'adornava els malucs i això va començar a atraure els millors dissenyadors que em vestien amb l'alta costura i em reservaven per a les portades de les revistes de major tirada per presentar el *pret-â-*

porter. Com negar-se! Com negar-se a lluir unes arracades de dos milions de dòlars, o un vestit únic creat en el millor *atelier* del món? La sensació era... aclaparadora! I a més, gratament remunerada.

La meua carrera s'enlairà amb lleugera gràcia angelical, recolzada pel nou gust per les xiques amb caire infantil, cabells llargs i rossos i grans ulls d'aigües cobaltades. Sembla ser que quan algun dels grans gurus diu que tu eres la més *cool*, automàticament, ho eres. Així és que el meu nom es va gravar en el tap de suro del millor xampany i vaig eixir disparada cap a la glòria en un esclat de glamur, luxe, espuma i despropòsits. Llavors, Kenneth va tornar. Va tornar a la fi de les passarel·les, tancant la carrera cap als flaixos, llançant els subliminals pertinents i deixant entreveure les seues intencions entre les suaus ones de seda pintada. I la cosa es va complicar. Sí, es va complicar, per a mi.

Tots m'esperaven a la fi de les jornades per convidar-me a les festes privades patrocinades pel mitjà que millor pagara a canvi d'un racó per apostar els seus fotògrafs. Festes, moltes festes, pròpies i alienes de la gent que em convidava, i allí és on vaig mantenir el primer contacte amb Kenneth, després del de Milà. Mentre plegava les meues coses a la bossa, una

companya es va apropar a mi per comentar l'última notícia del dia; un comprador "habitual" havia muntat una *festorra* per tancar la temporada d'hivern i l'agència volia quedar bé amb aquest personatge per la seua promoció i atenció cap a les xiques. Per descomptat que no m'esperava que l'amfitrió fóra ell! Pensava que era alguna vídua podrida de diners de les que es deixen la renda de tot l'any en mitja col·lecció del dissenyador que estiga de moda en eixos moments, independentment de si li agrada o no el que està comprant. M'imaginava que seria la vella cloca dels collarets fins al mentó, o la senyora-làtex dels cabells oxigenats que doblega els genolls per poder caminar sobre els talons que la seua *personal shopper* li tria. Quina gràcia em feia eixa dona! Ha, ha!

Encara recorde els preparatius per acudir a la festa. Tot es feia amb el mateix mètode que una desfilada d'alta costura; perruquers, maquilladors, personal auxiliar... quina bogeria! Tot açò per a una festa? Recorde dir en veu alta mentre em col·locaven el vestit de marabú i seda d'aranya. Ha! Seda d'aranya! Hui em sembla la tonteria més gran del món! Fins i tot, fastigós! Però allí estàvem totes!, les deu xiques triades per acudir a la gran festa de clausura de temporada, totes en una limusina horrorosa folrada de vellut roig i canelobres d'argent amb peretes que imitaven la llum dels ciris. Per a plorar de

riure! I aplegàrem a l'hotel, el millor de París, el millor del món! A trompades i espentes baixàrem del cotxe fugint dels *paparazzis* i entràrem a la recepció de l'hotel, on ens esperaven més *paparazzis* , però aquests amb acreditacions. El *photocool* vessava de glamur! Actors polítics, *dj's* , cantants, famosos, magnats... tots gaudien d'una fortuna incalculable i exigent alhora. I en un tres i no res, ja havíem passat a l'interior de la sala on anava a celebrar-se l'esdeveniment. Ens havien col·locat una copa de xampany a la mà, i ens havien repartit per tot el saló, com qui escampa ambientadors per la casa per confondre les narius més exigents i amagar la fetor més decrepita, rànica i decadent de les addiccions d'una *jet set* que lluitava per continuar en boga.

– *Estàs segura que és aquesta?*

– *Sí, sí! Estic segura! Fa molt de temps que vaig darrere d'ella! Però ja l'he trobada! M'has costat cabrona! Però ja et tinc! Sé d'algú que botarà d'alegria quan et vetja!*

No! Noooooo! Deixeu-me anar! No! No! No! No! M'ofegue! M'ofegue! M'ofegue... Va tranquil·la, tranquil·la, torna a un pensament agradable... la festa... la festa... va, la festa...era divertida, divertida, era molt divertida! El càtering era excel·lent i convidava a sopar de bona gana, i ho vaig fer!

Perquè no? Estava tan bo el salmó amb formatge fresc que em vaig cruspir una torrada diminuta d'una bocada! Ha, ha, ha! Perquè ningú em vera menjant com una porqueta! I com la llei de Murphy és implacable, un ditet suau em va fer dos colpets al múscle perquè em girara.

–Hola, guapa... veig que el càtering és del teu gust. Me n'alegre, cara dolça...

Llavors, em va agafar un atac de tant de riure! Amb la boca plena de formatge blanc i salmó, sense poder parlar quasi, em vaig partir la caixa! Haaa, haa, haaa! Quina... ai! Quina cara em va fer quan va veure la meua incapacitat per controlar el meu atac. Finalment i eixugant-me les llàgrimes, li vaig contestar.

–Hola, senyor Kenneth, vosté per ací?

–Sóc l'amfitrió... i per favor, sóc només Kenneth.

–Ah! Doncs me n'alegre, només Kenneth, l'enhorabona pel càtering, és espectacular...

Aleshores... aleshores va fer una cosa que em va captivar, del tot! Agafà la cullereta d'argent que dormitava en la font del caviar, la descarregà sobre una minúscula rosta i se l'engolí

d'un mos! Les petites boletes negres li suraven barbata avall mentre somreia amb un miratge de plaer mimetitzat al blau gèlid de la seua mirada directa. Per un segon, la disfressa del gran fingidor caigué als peus de la font de caviar per deixar veure una persona tendra, agradable i... humana.

No em vaig desenganxar del seu braç en tota la nit. Les converses eren divertides, gens superficials! Anàvem de rotgla en rotgla debatent sobre si la indústria de la moda sobreviuria a la crisi sense despentinarse o si s'haurien de canviar els fonaments de les marques més antigues, i més cares! Clar està! Els convidats que em presentava Kenneth eren gent amable i dotada de bon juí i paréixer; sí, també és cert que el meu acompanyant fugia de les urpes d'alguns grups que desprenien una fragància insuportable i petanera de vanitat, alcohol, sexe i cocaïna. A poc a poc, la mirada gèlida de Kenneth es va transformar en un suau mar del nord, on lentament em vaig submergir, sense adonar-me'n, sense voler-ho, sense voler-ho evitar, sense remei. La nit avançava inexorable entre xampany i marabú crema. Kenneth m'acaronava els cabells, col·locant cada floc al seu lloc com si en cada moviment fera una pinzellada, pintant el quadre de la seua musa en un retrat *al dente* tret de la fantasia més formosa

del pintor de manicura de tres-cents *pavos* i rellotge de trenta mil.

Les mirades de tota la sala ens travessaven, olorant la creixent activitat hormonal que cristal·litzava entre tots dos. Les mirades, el suau fregament de les seues mans als meus malucs, el somriure de Kenneth, mesurat, replegat, *sexy*, humit, em feia embogir amb l'afalagament dels seues maneres i la seua veu vellutada com a acompanyament de la meua follia cap a ell. Era... era fantàstic! Quina tendresa! Quina sensibilitat! Quina... quina mentida!

Passàrem la resta de la nit menjant-nos la boca com uns col·legials, entre rosers glaçats de cristalls de Swarovsky, escultures purpúries i paravents, sí, paravents de seda pintada. Tal vegada era el que jo necessitava en eixos moments, i ell, com un mentalista experimentat, ho intuï sense miraments. I la cosa es quedà allí i ahí, amb la libido a tota pastilla i les bragues remullades. El segon contacte amb ell em va deixar a la boca eixa sensació d'empastellament emocional que només dona una nit de bogeria adolescent barrejada amb la veu desesperada del subconscient que t'adverteix sense parar que allò acabaria molt malament.

Com podia esperar, el món no es detingué per aquella nit de ximpleries, caviar i salmó. Simplement, tot continuà amb una llum nova. La feina continuava entrant sense parar a la meua agenda electrònica, els aeroports anaven i venien com si fóra jo la que romania estàtica en la cafeteria d'internacional mentre els països se succeïen per envoltar-me d'estrés. Noves col·leccions a Estats Units, Brasil, Argentina, Colòmbia, Panamà... però hi havia alguna cosa nova, un recel per tornar a Europa, on possiblement tornaria a veure els meravellosos colors de la seda pintada. Finalment els mànagers em deixaren tornar a casa, a veure a les meues germanes i a l'alegria de la monotonia de la llar. Una nit, algú va trucar a la meua porta, amb un ram farcit de bones intencions i una caixa de "t'estime de trufa", "no puc viure sense tu de praliné", "em tornes boig d'avellana" i "me la poses dura de licor". Així és que no em vaig poder resistir a tastar els bombons que em va dur Kenneth, i un a un, em vaig intoxicar amb el seu perfum, amb la seua vanitat, amb la seua falsa dolçor, amb la seua parafernàlia. El gran il·lusionista va teixir per a mi un món fantàstic a la meua mida. Tot era com ho haguera somniat, o com mai no ho haguera somniat! Ell se superava dia rere dia, amb la senzillesa d'un passeig pels parcs de París, el romanticisme d'una eixida de sol a les platges de Marsella, o una nit de sexe humit i pesant en un cotxe llogat, aparcat a les

últimes places d'un cinema d'estiu. Era divertit! Ho reconec! Jo podia continuar la meua feina i les visites a les xiquetes, i a més podia compartir el meu temps “d'entre hores” per estar amb ell i... malauradament... estimar-lo. Fins que, un bon dia de primavera, amb els rajos de sol per pestanyes i un *bouquet* floral per vestit, Kenneth em féu una proposta mentre corríem pels camps francesos amb el Bentley descapotable verd britànic, una proposta que se n'eixia de la norma. Primer em va demanar que... Per l'amor de Déu! Com no ho vaig veure en aquell moment? Em va demanar que anàrem a una casa que un amic li havia deixat, un *chateau* espectacular envoltat de jardins i fonts al més pur estil de Versalles. Tot brillava amb la llum de la primavera i el marbre rosa de les escales em conduí fins a unes habitacions on segurament Maria Antonieta s'haguera sentit afalagada. Mentre passàvem de cambra en cambra, Kenneth m'explicava la història del meravellós *chateau*, entretenint-se en tots i cadascun dels detalls de cada motllura, de cada cortina, de cada floc, de cada racó. Fins que aplegàrem a l'habitació principal. Era... espectacular! Els finestrals fins al sostre vestits amb suaus i livianes cortinetes i vorejats de vellut i or flanquejaven la part esquerra de l'estança, mentre que la banda dreta era elegantment vestida amb seda i espills, molts espills que servien de capçalera a un llit redó que estava completament fora de lloc en tota aquella

arrogància francesa. Llavors, em va demanar que brindàrem. Tragué d'una cambrera daurada amb rodes una botella de Moët Cristall i dues copes, i tot es desencadenà. No m'he considerat mai una reina del sexe, però reconec que quan em gitava amb Keneth, ni jo mateix podia creure'm el que feia amb ell. Aquella vesprada fou memorable!

Em sentia... especial, estimada... Un... un moment, açò... açò es mou! Déu meu! Açò es mou!

– *Vinga! Al maleter!*

– *Saps on està la xiqueta?*

– *Sí. Anem a buscar-la...*

Eeeeeiiiiiii! Tragueu-me d'acííííí...! Sembla... sembla un cotxe! Aniran a ma casa! Està bé! Faré el que em digueu! Però no toqueu les xiquetes! Per favor... no toqueu les meues xiquetes... les meues xiquetes...

Per elles ho vaig deixar tot, quan aquell matí vaig rebre un paquet que contenia l'escàndol que posava en perill la vida de les meues germanes. El carter portava la voluntat anònima d'una persona que no volia que jo passara per on ella havia passat. Només una nota aclaria el fum de fotos que paria el

sobre sépia sobre la taula del meu hotel. “Prend la fuite!” m’ordenava la nota mentre la meua ment embogia en veure les imatges que se solapaven en blanc i negre sobre el cristall. Imatges lascives, sexuals, de penetracions de l’ànima i fel·lacions adornades amb un gloss de cinquanta euros, imatges de xiques de passarel·la que arquejaven de plaer les seues columnes sota la fustigació profunda del seu sodomitzador, imatges que mostraven amb tot detall les profunditats escandaloses dels seus quefers de llit, amb la tranquil·litat vergonyosa de no saber que estan violant-los la vida. Rostres coneguts, familiars, formosos, angelicals, pletòrics, valuosos, famosos, innocents. Totes elles, models de prestigi internacional, famoses des de feia anys, amb una dilatada carrera professional i un mèrit irrefutable. Totes elles, caçades en diferents llocs d’àmbit públic practicant sexe flagrant amb un amant al que, lamentablement, sempre li faltava la cara. Tot em feia voltes quan, al final de la sèrie d’imatges, aparegueren una dotzena de fotos preses en un lloc familiar per a mi: l’habitació d’un preciós *chateau* on els espills reflectien per tot arreu les escenes més sòrdides i eròtiques que mai no havia vist. Llavors, tot se’m va desplomar sobre els muscles. Llavors, vaig saber que jo seria la següent. “Prend la fuite!” cridava la nota des de l’altra punta de la taula desesperadament. Per què? Per què havia de fugir? Eixe cabró

fill de puta no em guanyaria! Què es pensava? Que podia torejar-me? Encara no havia nascut qui em manara el que jo havia de fer... Cinc minuts més tard, un missatger m'entregava un altre sobre carregat de més fotos en blanc i negre on es repetien les mateixes escenes d'erotisme extrem, però aquesta volta, la protagonista era jo. Encara hui pense en com em vaig deixar enganyar, com vaig ser tan... tan... Lamentablement, el pitjor encara havia de vindre. Després de veure tota la sèrie de fotografies meues amb Kenneth, una sola imatge m'aniquilà l'ànima deixant clares quines eren les intencions d'aquest energumen. Una preciosa foto, de les meues germanes, de les tres, abraçades a un senyor amb barret de palla blanca i mocador de seda pintada. Sí, el molt fill de puta m'estava amenaçant amb la vida de les meues germanes. "Prend la fuite!" escoltava una i una altra volta al meu interior mentre intentava controlar l'atac d'ansietat que m'empresonava des de feia hores. L'adrenalina em paralizzà quan el mòbil va sonar, era ell.

–Hola, sóc jo. Imagine que ja hauràs rebut el meu paquet. Has eixit molt afavorida. Com veuràs, conec tota la teua família i seria una llàstima que et quedares sense ella. Així és que et proposaré un negoci molt senzill. Són cent mil al mes, a més d'haver de fer algun treballet extra per a uns amics meus que es moren per follar-te.

Tranquil·la, ho faràs molt bé, eres molt puta. Ah! I no intentes fugir perquè et buscaré. Tinc molts tractes tancats per tu i no vull defraudar els meus clients. Ja parlem. Ciao.

I ahí es va acabar la meua carrera. Vaig fer cas de la nota i vaig fugir. No ho vaig pensar. Me'n vaig anar amb una maleta i les meues germanes, sense mirar enrere. A París només em vaig deixar... el meu cor. Vaig buscar un lloc on amagar-me i passar desapercebuda i el vaig trobar ací, a València. Les meues xiquetes s'adaptaren de seguida i jo... jo vaig decidir què fer amb la meua vida. Vaig decidir estudiar. La facultat de dret em va rebre com una persona més, i això em va encantar. No sé si algú em va reconèixer o no, el cas és que ningú m'ha esmentat mai la meua vida anterior. Tot rodava des de feia dos anys plàcidament i tranquil·la, fins que un bon dia, mentre patinava al parc de la facultat... I ací estic... aissss! Lligada! Sense poder-me menejar i amb l'angoixa injectada a la ment per no saber què passarà. Un moment... hem parat! Hem parat! Socooooorrs! Deixeu-me anaaaaaar!

– Hem de pujar a planta?

– Sí, ara ja l'han passat a l'habitació.

Qui? Qui ha dit això? Planta? Habitació? Déu meu! Un hospital! I si? I si realment he caigut un bac i no és Kenneth el que està darrere de tot? Ai! Per favor! Que siga així! M'és igual el que m'haja pogut passar a mi! Però les meues germanes... es torna a moure! Es torna a moure senyor! I...I... veig... veig llum! Veig una lleugera llum! Ara més! Més llum!

– Hola amor! Com estàs del baquet? Mira què t'hem portat el pare i la mare. El que havies demanat!

– Síííí! Que guai! Jo vull ser com ella, mami!

– No amor, com ella no. Hauries de ser... advocada!

Però de què... de què estan parlant? Qui són? Hi ha una xiqueta! I... oooohhh! Açò es mou mooooolt! Aaaaaaaiiii! Què es això! Fa soroll! Molt de soroll a... paper! Aaaaaaaahhhhhh!

– És la Barbie patinadoraaaa! Bééééé! Gràcies Papi! Gràcies mami!

– De res amor.

Torturada

Clara M^a Stella Manaut Roca

Consecuencia inevitable de tantas horas de terror tras la muerte de mi esposo, fue aquella obsesión permanente por lo efímero.

Con 25 años me sentí abocada a la reclusión más humillante, sin posible escapatoria, rodeada, además, por aquel vecindario represor, de fuertes convicciones católicas, imbuidos en un sinfín de supersticiones que, de cualquier forma y si las circunstancias hubieran sido otras, habrían hecho imposible el normal desarrollo de la vida de una joven viuda.

Estoy hablando de una pequeña ciudad de provincias bajo la delirante obsesión por la "moral", y de unos años, los 40, tan difíciles en esta España cuarteada por la guerra.

Todo se desarrolló como sigue: con 15 inocentes primaveras me vi obligada a aquel desastroso matrimonio, empujada inexorablemente hacia él por unos padres que me vendieron al

mejor postor, y a los que, como es lógico, no puedo recordar con cariño.

Cuarenta años mayor que yo, Juan buscó consuelo a su viudez en la joven hija de su administrador. Ni que decir tiene que, entre todos, destrozaron mi vida.

El lustro, dos meses, tres días, cinco horas y cuarenta y tres minutos que viví con mi marido fueron de una amargura profunda. En aquel oscuro lugar y tan niña, no encontré recursos para salir de la pesadilla que se inició el mismo día de la boda, ante el altar, a pesar del traje de princesa con que él había querido disfrazar tan absurda unión.

Juan hizo siempre lo posible para destruir mi autoestima. Incapaz de una palabra, de un gesto de cariño. Mis días transcurrían en un triste "far niente". El ama de llaves se encargaba de todo. Yo "no sabía hacer nada; no servía para nada: una inútil".

La única distracción permitida: bordar sentada en el mirador, a través de cuya densa celosía veía pasar la vida sin poderla atrapar. Tan solo él y yo; sin familia; sin amigos: su yugo implacable contra mi pobre personalidad.

Unos años salpicados por interminables simulaciones eróticas en las que yo siempre llevaba la peor parte; historias que, indefectiblemente, acababan con una violación salvaje, bajo golpes, latigazos, cabellos arrancados a mechones, mordiscos, pellizcos, pequeños cortes en los pechos, en los brazos, en el vientre; estrangulamientos al límite de la vida...

Nada debían sospechar los criados, relegados al último rincón de aquel enorme edificio. Y, si lo sabían, nada se atrevieron a decir.

De tanto llorar, el caudal de mis lágrimas acabó por secarse. De tanto sufrir, los quejidos se ahogaron en mi pecho.

¿A quién habría podido contar todo aquello? ¿Quién conocía la realidad encerrada entre las cuatro paredes de nuestro dormitorio?

Sus dos hermanas solteras eran las únicas autorizadas a visitarnos todos los jueves por la tarde: nunca antes de las siete; nunca antes de que él volviera del campo. Dos bichos que se complacían en humillarme por mi pasado de niña pobre y por no atender la casa como habría hecho cualquier mujer bien nacida. También me hacían sentir culpable de los

cardenales y otras heridas, producto, según ellas, de mi crónico despiste.

Como es lógico, mi mente acabó por trastornarse, lo que alivió sin duda tanta sinrazón. Empecé a mirarme desde la distancia, como espectadora de unos hechos que no me concernían.

Diez terribles años hasta que una mañana, al despertar, encontré a mi marido muerto junto a mí. Días atrás, no recuerdo cuántos, había sido mordido por un perro rabioso. Al perro lo mataron, pero él no pudo salvarse. Hasta aquel apartado lugar de España no había llegado ningún remedio para tal eventualidad. Ya el día antes se retorció de dolores, no quiso comer, ni beber, aullando como lobo.

No pude creerlo. ¡Por fin iba a ser libre! Me acerqué a él, le hablé, le zarandeeé, pero no hubo respuesta. Tenía los ojos muy abiertos. Aterrorizada, pero con un profundo alivio interior, se los cerré. No podía soportar su mirada acusadora. El leve tacto me repugnó; me trajo a la memoria el horror de su piel en tantas noches de tortura ahora, finalmente, acabadas.

Duelo, plañideras, velatorio, gentes que se acercaban a dar el último adiós a aquel hombre "respetable". Quise

esconderme, pero mis cuñadas me obligaron a estar presente, de pie toda la noche, mi cuerpo y mi cabeza completamente vestidos de negro. Ni una lágrima vertieron mis ojos. Nadie pudo darse cuenta gracias al velo de gasa que filtraba la tenue luz de aquella habitación donde reposaba, inerte, el cuerpo del que fuera mi esposo. Mis padres vinieron a darme el pésame. No quise saludarles. Ellos me habían vendido; yo les despreciaba.

Pasaron los días. Mi intención, con el alivio de tantas noches atroces, y recuperada levemente la cordura, fue emprender una vida normal dentro de los límites del lugar y de la época. Pero mis implacables cuñadas tenían otros planes. Poco tiempo después se apoderaron de la casa y de mi debilitada voluntad.

No voy a detallar las torturas, tanto físicas como psíquicas, a las que me sometieron. Pensé que nada podría superar lo pasado, pero me equivoqué. Tan solo hablaré de dos hechos que dejaron una huella imborrable en mi cuerpo y en mi alma.

Aunque cueste trabajo creerlo, aquellas dos arpías -ejemplares creyentes a los ojos de todos- me seccionaron el clítoris con una vieja cuchilla de afeitar y llegaron, también, a cortarme los pezones. Perdí mucha sangre, tuve fiebre muy

alta. Naturalmente, no llamaron al médico. Mi joven naturaleza se defendió como pudo.

Y no solo recibí indescriptibles afrentas físicas, sino también el horror de hacerme creer que el difunto se aparecería en cualquier momento para vengarse de mí; de obligarme, incluso, a dormir con el pijama con el que había muerto, cuyo olor y tacto no podía soportar. Oía su voz pronunciando mi nombre en mitad de la noche o a cualquier hora del día. También me encerraban en su despacho, en total oscuridad, haciéndome escuchar, insistentemente, esa misma voz que decía: "Tú eres la culpable de mi muerte y lo vas a pagar; tú eres la culpable de mi muerte y lo vas a pagar..."

De pronto, unos días de pausa ¿Qué estarían tramando? Por fin lo supe. Sería media noche. Entraron en mi cuarto, me obligaron a levantarme y me llevaron, casi en volandas, al salón. Allí, entre tinieblas, pude ver un ataúd negro forrado de satén rojo y rodeado por cuatro candelabros, cuyas tenues velas oscilaban con el aire desplazado por el movimiento de los cuerpos.

Me quedé petrificada ¿Qué pretendían?. Lo supe inmediatamente. Hicieron que me desnudara por completo, me envolvieron en un sudario, me arrastraron hasta el ataúd y

me obligaron a tumbarme en él. Habían apretado tanto la tela que cualquier movimiento resultaba inútil. Luego cerraron la tapa y así me tuvieron durante un tiempo que no sabría calibrar. Grité con todas mis fuerzas pero, naturalmente, nadie me oyó. Acabé por desmayarme. Cuando desperté apenas tenía aire para respirar. Pensé que había llegado mi última hora y la idea me sentó bien. Mejor acabar cuanto antes.

Seguramente se habían informado de lo que un cuerpo puede soportar con tan poco volumen de oxígeno porque, al borde de la asfixia, sentí que entraban en la sala. Abrieron la tapa y me sacaron de allí medio inconsciente. Sin dejar de insultarme, me llevaron a mi cuarto.

Mi mente trastornada llegó a pensar que todo había sido un sueño. Pero no, volvieron a repetir el macabro juego todas las noches durante un tiempo infinito.

Apenas comía. Cada vez estaba más débil. Sin embargo, en mi locura, empecé a soñar con la venganza. Con un rayo de esperanza recordé dónde guardaba mi marido sus escopetas de caza, aquellas con las me había encañonado tantas veces, amenazándome con apretar el gatillo si no accedía a sus deseos.

Sería media noche. Salieron de mi habitación dejándome extenuada en la cama. Debí dormir bastantes horas, porque ya se filtraba una intensa luz por las rendijas de la persiana cuando desperté. El sentimiento de venganza me dio fuerzas para levantarme, ponerme una bata y deslizarme, sigilosamente, por los pasillos. No encontré a nadie. Como he dicho antes, los criados tenían la consigna de permanecer en su zona una vez terminadas las tareas cotidianas.

Entré en la sala de armas, me dirigí al armario, elegí una de las escopetas de dos cañones y la cargué como él había hecho tantas veces ante mí, recreándome en la venganza, sin que el pulso me temblara a pesar de mi debilidad. Escondí el arma a lo largo de mi cuerpo, amparada por la complicidad de la bata. Volví a mi cuarto, me tumbé mirando hacia la puerta, la escopeta junto a mí. Me tapé hasta el cuello, puse el dedo índice en el gatillo y esperé.

Tuve la precaución de dejar una luz encendida. El tiempo discurría desesperadamente lento. De pronto escuché sus voces de hiena. La puerta se abrió despacio. Esperé a tenerlas lo suficientemente cerca para no fallar. Me levanté y tiré a boca jarro. Primero cayó una e, inmediatamente, la otra. No tuvieron tiempo para reaccionar. Sus cadáveres yacían en un

charco de sangre cada vez más denso; en sus ojos una expresión de asombro. Me quedé allí, quieta, con la humeante escopeta en la mano, mirándolas sin acabar de creer que yo, la inútil criatura, hubiera sido capaz, finalmente, de defenderse.

Y, así permanecí un tiempo infinito. Finalmente los criados llamaron a la Guardia Civil, alarmados por las detonaciones que, esta vez sí, habían traspasado el umbral de las cocinas.

Cualquier cosa que pudiera ocurrirme tras el crimen, por muy terrible que fuera, jamás podría compararse con lo pasado. Me detuvieron y me juzgaron. Conté todo, sin omitir el menor detalle, corroborando tanto horror con las mutilaciones de mi cuerpo y las innumerables cicatrices. También encontraron el ataúd.

"Enajenación mental transitoria" fue el veredicto del juez. El castigo: dos años de reclusión en una casa de salud.

Elegí la mejor, la más cara. Pude pagarla con la herencia. En el testamento de mi esposo figuraban sus hermanas como tutoras hasta el momento de su muerte. Luego, la inmensa fortuna pasaría a mis manos.

Y, así fue. Poco a poco voy recuperándome con la ayuda de expertos doctores. Luego, naceré de nuevo a la vida, en otro lugar, con otras gentes.

Cal mirar per la finestra

Rosa Miró i Pons

*“El secret de l'existència humana no sols està en viure,
sinó també en saber per a què es viu.”*

FIODOR MIKHÀILOVITX DOSTOIEVSKI

Bon dia mami, no fas bona cara. Bon dia Julieta, és que no he dormit bé; a les quatre m'he desvetllat i mira, fins ara; tots dormíeu tan a gust i jo, més desperta que una òliba; ja estava farta de tombar-me cap un costat i cap a l'altre del llit i al final m'he alçat i m'he quedat força estona mirant per la finestra. Mami, m'has preparat el sandvitx? Sí, *carinyet*, de pernil i tomata refregada. Que bo! Au, un beset que ara mateix està ací l'autobús, fins la vesprada. Fins la vesprada mami

Júlia, has vist la clau del cotxe? Nooo, mira't les butxaques. Ah, sí, ací està. Jaume, passaràs per l'escoleta a per Marc? Pren la motxileta, un beset, Marc. Sí passaré, vinga, adéu, fins al vespre. Adéu Jaume, adéu Marc.

Per fi m'he quedat tota sola. Ho necessitava. Quines ganes tenia. Un dia lliure per a fer el que em vinga de gust... tota la jornada per a mi, que bé! Em dutxaré sense preses, em desdejuraré i escriure; o millor! he, he! em tornaré a gitar un horeta, he d'estar descansada per a explicar tot el que he vist pel finestral.

Els dies com avui li complauen. La família ocupada fins les sis de la vesprada i tot el temps per davant, tot per a ella, per a fer el que més li agrada: escriure; i per a no fer el que menys li agrada: planxar, posar rentadores, anar a comprar, ordenar... Ahir es va ben organitzar per deixar enllestides les ineludibles i poc gratificants tasques domèstiques.

Ja estic ací, davant teu, disposada a narrar tot el que he pogut aguaitar este matí. Em caldrà un cafè, un litre i mig d'aigua, un poc de jazz, a veure... estos estan bé: The Crusaders, Stan Getz, Shirley Horn i Miles Davis, després: Debussy, Chopin, Bach, Telemann... bé, bé, de moment ja en tinc prou, de música; ah, i un maleït paquet de cigarrets.

L'ambient es prepara amb la barreja de saxos de Jerome Richardson, Robert Bryant i Bill Green i amb la potent veu de Randy Crawford. Les primeres notes de Street life revifien el teclat de l'ordinador, la pantalla espera inquieta les lletres.

Ha estat increïble, tanta diversitat de dones. Faig un repàs! Quantes en serien...? A vore: la infermera nigeriana que entrava a l'hospital al torn de les vuit i l'amiga que tornava d'acabar el seu; la mare que udolava sense consol; les dues dones -mare i filla deuriem ser- que baixaven del tren i fugien camp a través; ah!, sí, i la dona a l'ascensor, uf!, que fort!, pobreta, tant major, ella. A les dones del poema que em ronda nit i dia les deixaré per a un altre moment. O tal vegada...?, no sé, no sé... tard o d'hora me les he de treure del cap.

Les dones nigerianes.

“La sort és una fletxa llançada que fa blanc en el que menys l'espera.”

Konrad Adenauer

04:30 Em desvetlle. Inquieta entre al bany. Al mirall hi ha una negra cridant. M'amague sota del lavabo. M'incorpore i mire temerosa els ulls que em miren. Fotre!, Però si sóc jo!

04:37 Entre al meu llit d'un salt.

04:41 Al llit hi ha molta gent que va a la deriva entre sepulcres de sal. Tinc fred, tinc gana i tinc por. Recorde Alike el dia de la seua ablació i plore.

05:27 Exhausta em deixe gronxar. Note la sargantana del meu ventre.

06:05 Sent una explosió. Alerta! El llit està sent engolit per un avenc. –Un què? –Una carcassa, és festa. Uns homes blancs amb una creu vermella en les armilles ens donen mantes.

06:30 Note les cames mullades. La dona blanca m'ajuda a parir.

07:45 Deixe Odolo a la guarderia.

07:50 Abans de fitxar a l'hospital, prenc un cafè al bar de la cantonada.

07:56 La meua amiga Shani entra al bar, ella és prostituta del Caminàs. En les humides nits d'hivern, entre horts de tarongers, es treu el fred al voltant de la foguera. Abans hi havia tràfic de palets, ara amb la crisi del totxo, ja no veu l'home amb bicicleta carregat de fustes i passa fred, la llenya escasseja. Ens saludem i en un moment, sense voler,

comencem a evocar les ombres dels grans *baobad*, les boniques i multicolors ales de les *kipepeo* i els peluts i grans *simba*... i em diu un adéu esgotat, *kwaheri*.

07:59 *Kwaheri*, li retorne. Tinc sort, pense.

La mare que udolava sense consol.

“Més que els actes dels dolents, m'horroritza la indiferència dels bons.”

Mahatma Ghandi

“¡Que me la han cadaverizado! ¡Hijos de la mala chingada, que me la han matao! ¡Noo! ¿Por qué, por qué? ¡Mi chiquita... Virgensita de Guadalupe... mi niña!”

Estrèpits de fel, esquinçadors laments, inútils xiscles que ixen del més profund de l'úter d'una dona que ha perdut l'ànima en una planura anomenada impotència, sota el cel de Cristo Negro.

Són les nou de la nit. Estesa sobre un mantell de sang i de fang jeu una figura inerta, un cos jove i innocent, de pits despuntant, de cabells negres, que ja mai ningú acaronarà.

Dos cotxes de policia, un inspector, un jutge, la punyent llum blava intermitent i poc més...

—Què, quantes van?

—En vint-i-quatre hores, cinc, senyor.

La línia d'autobús només està habilitada per a recollir les treballadores (menors en la seva majoria) i traslladar-les a les portes d'una de les tantes "maquiladores" de Ciudad Juárez. Així, s'asseguren que no arriben tard a la feina. Per tornar a casa, mai no se sap a quina hora, algunes doblen jornada, les explotades s'han de buscar la vida i/o la mort.

"¡Cuate, he tomado tu hija como trofeo (pum, pum...)! otra ves, me darás la lana de lo que has vendido y no te la beberás en cócteles de caballitos, cocaína y arañas."

Les dues dones que baixaven del tren i fugien camp a través.

“Qui mor de fam és víctima d'un assassinat.”

Jean Ziegler

Ja és fosc. Plou. El tren ha parat. Xiulets. Corregudes pels vagons. Una dona ha llançat dos paquets per la finestra. Un home vell s'ha fet al damunt. Plors desesperats d'un nadó compassats amb la por i el silenci.

I és que havia de passar. Fa set mesos que les dues dones estan al mercat negre de la fam. És la penúltima estació abans d'arribar a casa. Aprofitant l'aturada, puja la fiscalia. Les Margarides han saltat del tren i han fugit camps a través. Bossetes, saquets, farcellets... tot agafat al vol “plaf, plof, pataplaf”; més de la meitat de cigrons, arròs, sucre... perduda.

—Corre!, corre!, agafa el que pugues i corre!

Les faldilles, les sabates de taló, les calces amb costura, les bossetes, els farcellets, els saquets, tot els hi sobra. A la desesperada s'enfonsen en una finca. Aturen el pas, exhalen, s'ofeguen, respiren, caminen, sospiren, escolten...

—Va, ens fem l'ànim i anem a casa? ara no plou.

– Quin fred fa, mare!, fff! no sé si podrem arribar, mare, tan carregades, fff!, atxim!

Els sorolls de la nit semblen parlar tots alhora, s'han posat d'acord fa un instant: “crec, crec; cuc-cuc, cuc-cuc; roc, roc; uuu-uuu; xut; ric-ric; sss sss sss...”

– Mare, mare! què hi ha colobres?; “buuu”; mare crec que hi ha un bou!, tinc por!

– Xst!, sí, calla!, calla!, esplai!, puja a la garrofera!

– Vostè també!

La garrofera és el llit gelat, petri i humit. Quina nit més espantosa.

(La nit tremola, la nit plora)

Cinc hores més així i a les sis els “qui-quiri-quis”.

– Baixem, marxem, sembla que ja clareja. Tinc mal de pit.

– I jo mare, als oïts.

La dona a l'ascensor.

"Els ulls no serveixen de res a un cervell cec."

Proverbi àrab

J té un còrtex cerebral extravagant, alegre i divertit que sempre està gastant bromes. J és feliç amb el seu còrtex però T no ho és. T se sent atrapada en un laberint de sorpreses, en alerta permanent, esperant la malifeta. Entremaliadures a qualsevol hora del dia, com un xiquet, davant de qui siga, en creuar el carrer, al centre de salut... Per a T el còrtex de J és mesquí, impiu i la desgasta dia rere dia, per si no tinguera ja prou.

Al mig dia J volia eixir pel l'espill de l'ascensor però el senyor que tenia davant no el deixava passar. J s'ha enfadat molt i li ha dit al senyor, que si estava tonto o què, que el què havia de fer era apartar-se i deixar eixir a les persones abans d'entrar. Però el senyor que tenia davant es movia cap al mateix costat que J i J es movia cap al mateix costat que el senyor que tenia davant. A J li ha faltat un pèl per donar-se un cop al front. T ha agafat a J del braç amb molta delicadesa, li ha donat un beset a la galta, va J, vine per ací, carinyet, i per fi, han eixit de l'ascensor. T encara no sospita que la culpa de tot

el que li passa al seu marit la té el maleït pèptid letal β -amiloide.

Encara estic a temps, quasi acabaré amb el poema de les dones que em ronda pel cap nit i dia i no en deixa tranquil·la. Però, malgrat que ho he intentat diverses vegades, mai no he aconseguit encetar-lo. Se'm fa difícil el primer vers. Hi ha tanta fragilitat, tanta feblesa, tanta angoixa, tant de buit, tanta maldat, tanta ignorància... per a retraure.

Vinga! Va, que hi vaig.

Oblit o fragilitat en essència?

“No s'és res si al final t'obliden”

Miguel Torán

Al final,
quan l'ocàs de l'existència
apague la llum,
tu, tu ja no seràs res.

Més, mentre habites les entreteles

tu, tu ets en essència, un ésser humà.

O, tal vegada,

alguna cosa menuda o algun objecte gran;

o potser,

alguna cosa meravellosa o una narració curta

o simplement,

una crònica trista.

Fragilitat en essència.

Fins i tot, el no ser res és quelcom ocupant un sector a

l'espai.

El zero és l'inquilí de l'immens forat negre que és

el no-res.

Èter en essència.

Que absurditat, menysprear la memòria,

excepte els cervells "alzheimerics",

ells tenen prerrogatives per fer-ho.

Tanmateix, de vegades,

existeix una connexió neuronal, breu i curta

i zas!

els hi ve al front aquell menjar que

dormia als llimbs dels perduts;

malèfiques proteïnes instantànies

projecten benèvols substàncies i

converteixen el buit en un és.

Però...

existirà algun tipus d'oblit a dins de les ments sanes?

Que pregunten a les víctimes

del maltractament,
de la barbàrie,
de les tortures,
dels experiments en carn viva,
de les violacions,
dels pederastes,
de les ablacions,
de les filles de les lapidacions,
de les filles de les injustícies,
de les mares d'assassinades...

Atrocitat en essència.

Més val no ser res si al final ets la
víctima de l'oblit dels monstres.

Les sis del vespre i encara no he dinat! Ja arriba l'autobús i jo ací, tafanejant per la finestra. Però ha valgut la pena, estes dones es mereixen un record.

Cal mirar per la finestra de tant en tant.

Fi

Educando a Aitana

Yolanda París Tudela

Le leo un cuento todas las noches, azulado y hermoso, para recordarle que su madre aún permanece con nosotros, y la niña de ojos verdes que mira con sosiego se detiene en mi mirada y busca a través de ella un lugar donde cobijarse, no le resulta fácil, lo sé, el mundo exterior aún es complicado para ella y necesita rincones donde guarecerse.

Por eso cuando me levanto por las mañanas para ir a trabajar y contemplo su rostro descansando en la almohada no puedo evitar sentir una punzada de nostalgia, un pequeño destello de envidia ante aquellos ojos que pueden compartir el cuidado de sus hijos. Luego viene Carol, mi particular ángel de la guarda, y ese sentimiento pequeño de tristeza desaparece por tenerla a mi lado, por poder dejar a Aitana en buenas manos.

Trato de ordenar el mundo en ese despacho donde trabajo y las maquetas que realizo, que hacen de la ciudad un lugar más

apacible, me parecen una forma de reconciliarme con mi presente. No siempre lo consigo porque el rostro de esa niña de ocho años, fuerte e indefensa, divertida y cautivadora, viene a robarme horas y me resulta difícil estar pendiente de dónde colocar ese árbol en aquella hermosa avenida. Pero no me quejo, no a estas alturas, no después de tanto tiempo, porque el rostro del hombre que aparece reflejado en el espejo ha empezado a aceptar la realidad. Despacio, es cierto, muy despacio, pero lo suficiente para comprender que la lucha que ha emprendido no va a detenerse todavía.

Siento el abrazo de Adelaida, mi colaboradora, posarse sobre mi hombro para preguntarme si ya he terminado el boceto y no puedo evitar encoger los hombros porque aún me quedan unos cuantos pasos hasta llegar a ese lugar. Prometo terminarlo en cuanto pueda y ella, resignada, vuelve a su puesto de trabajo sin comprender del todo las preocupaciones que me embargan. Me gustaría decirle que ando preocupado por el nuevo colegio al que acude Aitana, que no es todo lo tranquilo que me gustaría porque alrededor está lleno de pandillas juveniles que, aunque puedan parecer inofensivas, le dan un aire al lugar que no es el más adecuado para esos críos. También que Ruby, su compañera de mesa, anda enfadada con ella por un estuche de colores que ambas consideran suyo

y que mi hija vino el otro día llorando porque no la han elegido para representar el papel principal en la obra del colegio. Que el miedo me embarga, algunas noches, porque no sé cómo voy a responder a todas las preguntas que me haga. Es cierto que cuento con la ayuda de mi madre, inestimable, que se ocupa de ella cuando Carol se marcha y yo trabajo hasta tarde y que suple las funciones que debería realizar su propia madre. Llena a mi hija de mimos y hace que su vida sea un poco menos dolorosa, pero le falta la figura de una mujer que pueda cuidar de ella de una manera completa y la acompañe a sus clases de baile y comprenda por qué es tan importante ese vestido morado entre todos los demás.

La echo de menos, no solo de una manera física, no solamente por Aitana y por el listado de preguntas que algunas noches le formulo sin escuchar su respuesta en voz alta, la echo de menos en las flores en el salón, en las toallas ordenadas en el cuarto de baño y en su forma de acariciarme el cuello cuando las cosas se complicaban y me resultaba difícil resolverlas. Y ese dolor, físico, insoportable, tengo que esconderlo bajo una dosis de calma cuando estoy en presencia de mi hija, para no recordarle, aún más, la ausencia de su madre.

Quiero que crezca siendo una niña feliz, dentro de lo que cabe, quiero que cuando se levante por las mañanas comprenda que el mundo está lleno de oportunidades y que sus carencias se verán compensadas con otros dones; es lo que me repito a mi mismo todos los días, cada minuto, las semanas largas y los meses interminables, que nuestras carencias se verán compensadas.

A veces ocurre, algunos días, cuando voy a verla bailar y me siento en primera fila, al lado de los otros padres, y contemplo sus avances en esa disciplina que para mí es tan inaudita, el mundo me parece un lugar distinto, más calmado, más tranquilo, la música consigue transportarme a un lugar diferente y si no fuera porque estoy en un lugar público creo que dejaría correr alguna lágrima, pero debo comportarme, soy el padre viudo que cuida solo a su hija y no quiero que la compasión invada más parcelas de mi vida. La siento a todas horas, sobre todo en el colegio, cuando las madres me informan sobre alguna fiesta de cumpleaños o me anuncian que el viernes hay una excursión y que no me preocupe porque serán ellas las encargadas de llevarla, a veces no puedo evitar esbozar una sonrisa por el trato tan exquisito que me dispensan, como si fuera un extraterrestre que hubiera venido de visita desde un planeta lejano, a veces, cuando estoy

cansado y echo de menos la presencia de mi esposa, su compasión me resulta insoportable. Oscilo entre esos sentimientos aunque intento no darles demasiada importancia, pero eso sí, debo contener las lágrimas en esta clase de baile si no pensarán que estoy atravesando una crisis y tendré miradas de conmiseración a todas horas. Todo es perfecto en ese tiempo, como si la vida hubiera querido darnos.

Aitana me cuenta su día en el colegio. Lo poco que le gustan las matemáticas o lo duro que es el inglés, también me habla de Carlos, ese niño que tanto la importuna, y que en algún tiempo estoy convencido acabará llamando su novio. Se enfada si se lo menciono así que me limito a asentir con la cabeza y a no contravenirla demasiado, si no esa noche la cena se alargará más de lo necesario y Aitana acabará ganándome la batalla.

Por eso cuando se acuesta, cuando su cabeza reposa en la almohada y su espíritu navega entre las figuras de Peter Pan o de Wendy, que tanto le gustan, acaricio su cabello y la figura de su madre retorna a mi lado, por un instante, no demasiado. No quiero que su presencia se convierta en una rutina y me duela aún más su recuerdo, pero la veo sentada a mi lado, en el color del cabello de mi hija o en la forma que tiene de

inclinarse la cabeza mientras duerme. Me bastan esos minutos para acariciar su recuerdo, para recordar que no se ha marchado del todo y la figura, hermosa, de esa mujer que tanto quise se marcha de mi lado dejándome sentado en esa cama con el cuento de un niño que no quería crecer.

Lo despliego a mi alrededor y me detengo en los dibujos hermosos que siempre me han cautivado y me parece que siempre descubro cosas nuevas en él, que está lleno de tesoros, comprendo por qué a mi hija le gusta y lo mucho que me gustaría habitar en ese país de Nunca Jamás.

Después cierro la puerta, regreso al comedor y me siento a ver una película o me detengo unos minutos en la entrada del salón para respirar ese aroma de soledad que solo a estas horas me permite disfrutar del silencio. Lo agradezco, necesito detenerme en ese momento para ver el mundo desde otra perspectiva, para inventar formas de acercarme a mi hija, o rememorar el día que he tenido o planear la siguiente obra. Cuando el cansancio me agota, que suele ser muy pronto, me meto en la cama y sueño con una vida distinta, con un lugar en el que aún permanezca María o sucedan cosas distintas a las de todos los días.

Aunque la rutina acabe dándome la razón y tenga que acostumbrar a guardar mis sueños para la noche.

Mi amigo Juan me pregunta siempre por qué no he vuelto a enamorarme, por qué non salgo con nadie y apenas tengo citas. Yo sonrío ante sus insinuaciones, no sé cómo responderle a esa pregunta, cómo acercarme a ese tema sin ser quisquilloso o desagradecido.

Lo ha intentado, en numerosas ocasiones, ha intentado que quedara con alguna de sus amigas o acudiera a una de esas discotecas dónde me asegura es fácil ligar. Yo le miro con cariño, sé que lo hace con las mejores intenciones y que no hay detrás de sus palabras ninguna intención oculta.

Lo sé. Pero cada vez que intento acudir a una de esas citas, no puedo evitar sentir una extraña presión en el estómago, quizás por las expectativas, tal vez por lo que esperan de mí o porque, a veces, me resulta complicado iniciar una conversación. He perdido el hábito de hablar de cosas que no tengan que ver con el colegio de mi hija o con la próxima fiesta de cumpleaños, y siento que la persona que está sentada enfrente de mí tiene intereses muy diversos, que le apetece más ir al cine o hablar de cosas en las que no intervenga una mocosa de 8 años.

A veces he intentado presentarle alguna a mi hija, me parece una buena idea que vaya conociendo gente, que se habitúe a ver una mujer en mi vida, pero, al final, por distintas razones que no voy a enumerar, no me he atrevido. Me parecen insuficientes los motivos que tengo para dejar entrar a alguien en mi vida, pongo pegos, es cierto, busco el lado complicado y siempre, en cualquier momento, echo atrás mi proposición y vuelvo al cobijo de mi vida.

Imagino que soy un cobarde, que voy dejando atrás las oportunidades que no debería perder, que la vida pasa y es necesario moverse, ir hacia algún lado y que Aitana crecerá y serán distintas sus prioridades y ya no le parecerá tan importante pasar el tiempo con su padre o irse a dar un paseo. También lo sé.

Pero no es sólo eso, es mucho más... El recuerdo de María me persigue a todas horas y me paso los minutos, los segundos, el tiempo entero, deteniéndome en las horas que compartimos. Sé que no es justo para los otros, que se merecen una oportunidad, que esperan de mí mucho más, lo sé, me gustaría poder rectificar, en serio, decirles que llegará el tiempo en que todo será distinto y encontraré las fuerzas suficientes para volver a abrir las puertas de mi vida, me

gustaría decírselo, afirmarlo con rotundidad, no tener dudas, estar completamente seguro. Pero a veces tiemblo, me asaltan los temores y creo no ser capaz de olvidar una historia como esa, un amor tan especial y el rasero que establezco para dirigirme a los demás es tan alto, tan injusto, que sé que no puedo evitar establecer comparaciones y hacer que siempre, en cualquier circunstancia, salgan perdiendo.

Lo lamento por los amores o amistades que he dejado en el camino, por todo aquello que me he perdido y por lo mucho que me cuesta seguir viviendo. A veces lo lamento también por Aitana, porque le vendría bien tener en su vida la figura de una mujer, distinta, cercana, alguien que fuera una amiga y le aconsejara en las cosas triviales y también en las importantes.

A veces, cuando la veo sentada en el suelo, sola, dibujando, no puedo evitar pensarlo, sé que se sentiría más acompañada, que quizás agradecería en esos momentos no estar sola, no estarlo a todas horas, que necesita también una presencia femenina y que yo no soy suficiente. Me invade una cierta tristeza y me prometo hacer un esfuerzo para la próxima vez, intentarlo al menos, buscar una forma de que podamos hacerle espacio a alguien sin borrar el recuerdo de su madre.

Es una de mis prioridades, la que he establecido al comienzo del año, trabajar menos y ser un poco más abierto y aunque imagino que no va a resultarme sencillo y que tendré que luchar mucho para conseguirlo, quiero hacer un hueco en mi vida para algo más que ese mundo reducido que ocupamos, del que estoy orgulloso, es cierto, del que me gustaría decir que es lo más hermoso que poseo. Siempre que Aitana y yo salimos a dar un paseo por el parque o nos detenemos en alguna de esas cafeterías que tanto les gustan no puedo evitar pensar que a pesar de todo somos felices, que hay algo mágico entre los dos y que ese mundo que compartimos es nuestro, intransferible, particular, y que su madre se sentiría orgullosa si pudiera vernos desde un rincón de ese cielo o desde cualquier otro lugar porque hemos luchado por permanecer unidos y porque la niña de ojos verdes que siempre me sorprende con su mirada no defrauda mis expectativas, no hace que lamente estar tan cansado ni tener tan poco tiempo. Sonrío con el helado de chocolate rodeándome la barbilla y no puedo evitar pensar lo afortunado que soy, lo orgulloso que estoy y lo importante que es para mí pasar tiempo con esa personita que se ha convertido en uno de los lujos de mi vida. Ella no lo sabe todavía, ni siquiera lo intuye, es mejor así, no quiero que se malacostumbre, ya tenemos bastante con los mimos de su

abuela. Así que cuando volvemos a casa y me pregunta si vamos a tener más tardes como esa le digo que sí, que claro, que absolutamente, que siempre tendré tiempo para ella y que no tiene que preocuparse por ese futuro alejado, que todo acabará arreglándose y que si no un día conseguiremos trazar a nuestro alrededor un círculo de fuego que nos proteja del exterior, que nos libre de peligros y nos haga inmune a las tragedias. Un círculo como el de uno de esos cuentos que a ella tanto le gusta leer, en los que los personajes permanecen a salvo y siempre, en cualquier momento, tienen solución a los problemas.

Es nuestro pacto.

Nuestro pequeño estandarte.

La madera que nos mantiene a flote en esos momentos difíciles que no siempre logramos disimular.

Crisis

Amparo Pérez Gimeno

Recojo mi último café en vaso de plástico para irme junto con él hacia el trabajo pues, al levantarme más justa de lo habitual, solo me dio tiempo a lavarme la cara y los dientes. Es el último día, no de mi vida evidentemente, pero sí del mes. A 30 de noviembre del 2012, fuera de mi casa por circunstancias adversas tan simples como la comodidad, debido a mi falta de tiempo por despertarme, más bien atrapada por las sábanas y la pereza y no por la actividad y grave consciencia de mi situación económica.

Arranco el coche pensando en bastantes cosas a la vez. Pienso en diferentes temas adversos que me preocupan, pero quiero intentar substituirlos por otros más agradables como por ejemplo, pensar en las clases que tengo que prepararme para esta semana, aunque la del día del hoy ya está lista. Pensar en lo que voy a comprar para que me dure toda la semana...

Bajo del coche tranquilamente pensando que iba a ser un día regular o habitual en mi monótona vida, pero no fue así. Todo lo contrario, me esperaban sorpresas de todo tipo. Empezando porque la instalación estaba inundada y mi jornada laboral iba a convertirse, en menos de cinco segundos, en realizar trabajos de mantenimiento recogiendo el agua que inundó más de metro y medio la instalación y que había arrastrado sillas, mesas y objetos diversos que flotaban sin sentido por toda la instalación dejando una mezcla entre caos, suciedad, barro, escombros y una posible vuelta a la normalidad.

Después de dos días intensos ininterrumpidamente de limpieza, los cuales fueron los dos días más duros físicamente, hablando en mi trabajo de todos los días, me podía haber negado a realizar las tareas de desalojo del agua, pero no lo hice. Colaboré para recuperar los objetos reutilizables y para que volviese todo a la normalidad. Los pupitres estaban oxidados y llenos de moho y costó mucho limpiarlos. Luego los pintamos, pero no utilizamos los colores convencionales, sino que utilizamos otros tonos más alegres como el verde y el amarillo, dándoles un aire distinto. Al igual que a las sillas y paredes del centro. Dentro de la gravedad, estábamos restaurando el viejo colegio con una ilusión desmedida y

donde todos estábamos implicados de una manera u otra para convertirlo en otro colegio muchísimo más alegre y fresco, sobre todo con el apoyo de los padres del centro y trabajadores oficiales de todas las escuelas. Teníamos un objetivo en común que unía a nuestras fuerzas. Solo pintarlo con diferentes colores hizo que todo el aparente abatimiento y la tristeza que desprendía el colegio después del fatídico accidente, se transformara en un halo de esperanza. Los profesores, alumnos, voluntarios, padres de niños de diferentes cursos, familiares, tíos, primos, algunas ONG y algún que otro vecino colindante nos pusimos manos a la obra y empezamos a restaurar el colegio como si de nuestra casa se tratara.

Empezamos quitando toda el agua y después esperamos a que se secase el pavimento para rascarlo y repintarlo. Rehabilitamos todo lo que teníamos en nuestras manos, armarios, sillas, mesas, taquillas, bancos, las porterías del patio, los juguetes, el material de Educación Física, el material escolar, etc. Lo que fue irreparable fueron las impresoras, fotocopiadoras y la sala de informática, pero tuvimos una rápida solución de primera necesidad. El dinero que habían recaudado durante todo el año los alumnos de segundo de la E.S.O. para el viaje de final de curso se empleó para comprar dos fotocopiadoras y una impresora, las tres cosas de segunda

mano. Logramos rehabilitar más o menos casi toda la tecnología dañada. Fue realmente milagroso cómo pudimos recuperar la sala de informática. Evidentemente, no era como la anterior con ordenadores de última generación, pero el padre de un alumno que es informático creó una página web con el título «COLEGIO AHOGADO, NECESITA RESCATE TECNOLÓGICO» y formuló una lista de necesidades en las que hacías clic y veías el antes y el después de las aulas y del colegio; fotos de los alumnos y de todos los que participaron en la rehabilitación del colegio. Toda la información sobre la labor que estábamos realizando en ese momento y, por último, se podían ver los objetos de mayor necesidad que necesitaba el colegio para que la gente que quisiera pudiera donarlos voluntariamente. Conseguimos veinte ordenadores de diferentes marcas, modelos, colores y tamaños, pero al fin y al cabo, se había podido habilitar la sala de informática. Antes de la llegada de los ordenadores la redecoramos de un color manzana ácido y dibujamos un marcianito en la pared por cada persona que había ayudado a recuperar el colegio. Cada uno pintó su propio marciano personalizado. Esa fue la recompensa que le dimos a la gente que tanto nos ayudó de forma totalmente voluntaria a reconstruir de nuevo las aulas del colegio.

Un padre, mientras paseaba por el patio del colegio, observó que una parte del pavimento de la zona del recreo estaba levantada y muy deteriorada y consensuó junto con otros padres miembros del A.M.P.A. y juntos con el claustro de profesores, si existía la posibilidad de crear en ese lugar un pequeño huerto en el que cultivar algunas patatas, cebollas, lechugas, zanahorias y tomates entre otros; para así poder aprovechar al máximo ese espacio del patio, crear una asignatura relacionada con la agricultura para la concienciación con el medio ambiente y conseguir que los niños de entre 6 y 8 años tuvieran media horita de asignatura para cultivar esas hortalizas y aprender los procesos que conlleva el cultivo. La idea fue muy acertada y los niños estaban encantados utilizando la azada, removiendo la tierra, poniendo las semillas, quitando las malas hierbas y viendo el proceso de crecimiento. Era para ellos el despertar de la vida, porque se concienciaron del trabajo que cuesta conseguir alimentos comunes que ellos comen habitualmente. Muchos se sorprendieron al conocer el origen de muchos alimentos como el de la patata o los huevos.

Durante una semana nos pasamos más de ocho horas diarias rehabilitando el colegio. Estábamos todos muy a gusto realizando nuestra labor y todos pusimos nuestro mayor

esfuerzo para intentar dejarlo lo mejor posible. Los abuelos de los niños nos traían cada mañana chocolate calentito y buñuelos a las aulas de primaria. Nos reconfortaban con mucho cariño y sobre todo con mucho ánimo. Al mediodía el bar de «El Reño» nos traía bocadillos de tortilla con jamón y refrescos. Los dueños del bar tenían a sus tres hijos estudiando en ese colegio y, como no podían dejar de trabajar en el bar, su gran aportación fue realizar la comida para todos los que estábamos allí. Fue increíble su aportación. Por otra parte, el abuelo de la secretaria nos trajo naranjas de sus campos y pudimos disfrutar de un rico zumo de naranja. Los niños se divertieron muchos exprimiendo las naranjas.

Fue una gran semana en la que recuperamos los valores y los principios que mi abuelo me contaba cuando era niña y entendí, en esos momentos, el mundo materialista en el que estábamos sumergidos, desechando lo viejo sin pensar en volver a utilizarlo o intentar recuperarlo, comprando cosas innecesarias que incluso tenemos por duplicado. El caso que más me llama la atención es el del zapatero. Nunca lo he valorado. A mis 28 años, siempre que se me rompía un zapato lo tiraba y me compraba otro par. Tuve unas zapatillas de correr que costaron 70 euros. Les tenía muchísimo cariño, ya que con ellas realicé varios de mis logros deportivos como una

media maratón y mi primera carrera popular que dio pie a muchas más. Se me rompió la telilla de delante a menos de 6 meses de haberlas comprado, no satisfecha con tirarlas como los anteriores pares de zapatillas y también debido a mi economía casi mínima para los gastos de las necesidades básicas, las llevé al zapatero que le puso una doble funda y cosió de tal manera la telilla que parecían nuevas e incluso de mejor calidad. Me quedé sorprendida con el resultado final y sobre todo con el precio ¡cinco euros!, con ellos amorticé los 70 euros un año más con muchas batallas deportivas de gran satisfacción. Desde entonces hago caso a los consejos de mi abuelo: zapatos al zapatero, cuchillos al afilador, volver a los arreglos artesanales.

Por todo ello, he llegado a esta reflexión final, después de haber realizado la restauración total del que ya se puede llamar colegio. Las crisis son necesarias en la vida del ser humano, te hacen bajar a las profundidades dejándote sin fuerza, pero de repente hay un haz de luz donde recuperas el aliento suficiente para salir a la superficie y respirar aire de nuevo sin sentir el ahogo anterior. En esos momentos de bajada y luego subida te quedas con el verdadero mensaje que te hace reconocer esa situación ¿es la respuesta a lo que realmente es verdaderamente importante en tu vida actual o

en esta vida en general? Dejo que cada uno se responda a sí mismo, porque cada crisis viene por algo y la situación es totalmente diferente para cada persona. En esos momentos de crisis hay que intentar cambiar a una nueva etapa con otras directrices, otro sentido de la marcha y una nueva dirección. Con lo cual, qué connotación tan positiva relacionada con el crecimiento conlleva la palabra «crisis». Bienvenida seas, crisis, a nuestras vidas como el barbecho al campo para mejorar y cultivar una nueva hortaliza, en nuestro caso una etapa llena de nuevas ilusiones y esperanzas.

Laments de l'ànima

Rosa María Tapia Alcover

“Ten confianza, porque aunque tu mente te hable de puertas cerradas y de soledad, ese es un engaño temporal y pasajero.”

ANÓNIMO

Mai no m'haguera pogut imaginar el que som capaços les persones de fer per tal d'oblidar encara que siga per uns moments, alguna situació per la qual la vida ens fa passar.

Jo mateix, he sigut prou per parar el temps just un any. Ara en realitat tinc 47 anys, però el meu “Jo” intern no ho accepta, ens hem quedat en 46, des que un 30 d'agost, dia del meu aniversari per cert, em van donar la notícia que tenia càncer de mama. Des d'aquest fatídic dia la meua ànima s'ha vist obligada a segellar 365 dies que no han de comptar, que han de servir per oblidar-los una vegada passats. És per això que recórrec un fum de kilòmetres per les vessants de la meua

memòria en busca de moments càlids on tapar-me i aïllar-me d'aquesta gelor que va recórrer cada pam de la meua pell, encara que el recorregut supose sacrificar un any de la meua vida.

En veure el carrer, amb la primera inspiració, he percebut l'olor a hivern. Sabia que hui havia arribat el dia. He mirat per la finestra que dóna a l'albereda, l'atmosfera cendrosa feia moure les fulles dels arbres al so d'un vent suau, sedós que acariciava els plomatges de les aus que reposaven forces als recers, preparant-se per a la partida migratòria fins a l'altra estació, mentre que altres sedentàries miraven amb nostàlgia les carícies dels moviments de les branques en el seu comiat. A la tardor sempre hi ha un dia que note que l'hivern s'acosta, ho he percebut des de ben menuda, emet una olor característica que l'identifica i hui, contemplant l'escenari de les aus, he intentat imitar-les volant a temps enrere fins arribar als meus anys puerils, a recordar l'eixida de l'escola quan era xiqueta en un fred mes de desembre i quedar-me cara al mostrador d'una impremta mirant els betlems que allí hi havien. De girar-me a l'altre costat i veure com, en un xicotet magatzem, preparaven les cistelles que després nosaltres, els xiquets, obsequiàvem als mestres. Com rests de garlandes de colors brillants s'enroscaven a les anses i com moderades quantitats

d'encenalls de plàstic feien de fons per posar les pastilles de torró.

Però jo seguia percebent l'olor de l'hivern. A mesura que anava cap a casa, el fum de les xemeneies treien a l'exterior els aromes a cacauets i castanyes torrades i, com aquell que no vol la cosa, aturava el pas i inspirava fins omplir tot el que la capacitat pulmonar podia abastar. Després, uns metres més endavant, la calor d'un forn i les llums d'un modest arbre de Nadal em feien alleugerar el pas, doncs això em recordava que potser ma mare encara no havia pintat amb ou i sucre els pastissos de moniato abans de portar-los a coure.

Sempre quan alguna cosa ennuvola la meua felicitat li done pas a eixe tipus de records, i des del 30 d'agost d'aquest any, tota aquesta recopilació sabia que més prompte o més tard havia d'arribar, però l'entorn no m'havia portat al punt de partida tot i que encara no havia percebut la inconfusible olor a hivern.

Casualment, al agafar el correu de la bústia, una carta m'ha recordat la citació per a la prevenció del càncer de mama. Un poc tard per cert, doncs a mi aquest individu ja m'havia citat feia alguns mesos, encara que d'una manera tímida o roïna no volia donar la cara. En obrir el sobre he tornat a sentir tot allò

que estic vivint des del dia que em va fer la seua carta de presentació.

Carcinoma lobulillar, s'anomenava, un espècimen menut el meu, però de gran força en proliferar, escudat per un exemplar de poca importància que li servia de tapadora mentre ell, amb rapidesa, anava desvetllan-se sense fer cap soroll. Però com sempre, amb la precaució que m'ha caracteritzat en aquests casos, he sigut molt puntual en les meues revisions i tal vegada, això ha sigut el que m'ha lliurat d'una invasió de l'enemic, perquè això és per a mi, el meu pitjor enemic . Va ser descobert un 31 de juliol encara que ell feia tot el possible per dissimular la seua immissió, però una de les seues maniobres no va passar desapercebuda als ulls d'un gran professional i va posar en dubte la posició d'aquella tapadora on el traïdor s'amagava. Aleshores, un *modus operandi* em va ser recomanat.

Hauríem de tindre clar de qui estàvem parlant, de la tapadora amb un semblant benigne o d'aquell que buscava burlar el que en els objectius de les càmeres s'observava... El pitjor del cas va ser que molt prompte l'enemic va ensenyar les armes. Encara podíem parlar d'armes febles o de guerrers desprevinguts, però era clar que una forta batalla s'acabava de declarar.

No tinc cap dubte que ha de ser una lluita dura i llarga i que ha de deixar-me ferides de guerra. Algunes sagnants com és la pèrdua dels meus cabells, amb els que tant m'identifique i que encara no puc concebre desfer-me d'ells. I d'altres psicològiques que aquestes perduren per sempre, ja que no les curen les medicines, sinó l'ànima i aquesta una vegada és ferida té mala curació.

Mai no oblidaré el dia en que vaig llegir el nom i cognoms del que em va desafiar, m'arrabassà la consciència, no podia acceptar que el contrincant seria aquell amb el qual jo havia fet vertaders esforços en no topar-me cara a cara, perquè jo he tingut fòbia a aquest guerrer i als seus exèrcits des de ben menuda, ja que visquí una experiència a l'edat de 7 anys on vaig veure com aquesta malaltia s'emportava una xiqueta un any major que jo. Aleshores aquell angelet vestit de comunió, immòbil, blanc com la neu s'havia abandonat a la mort i aquesta havia deixat-hi empremtes que, en la meua mentalitat infantil, es van convertir en una por desmesurada. A partir d'aquell moment només pensar que podia ser envaïda per aquest enemic em turmentava de manera malalta. Es per això que aquell 30 d'agost, vaig patir aquell revés quan vaig saber qui s'havia assentat al meu cos. Em van defallir les forces i em vaig enfonsar.

– Com m'havia pogut passar això a mi? Per què jo? Com lluitar contra això? Els meus fills, el meu marit? ...

Preguntes fetes una i una altra vegada, buscant la lògica, però cap contestació tenia. Sentit de culpabilitat? No, més bé d'impotència. Em trobava desarmada, buida, però alguna cosa hi havia de fer. És clar una batalla no es prepara de hui per a demà, però el primer pas era posar-me en bones mans, aquelles que estaven cosides de ferides, però ferides de triomfs i amb un historial d'estratègies per fer front a espècimens d'aquestes magnituds.

El primer pas va ser eradicar de la meu cos aquell enemic que amb mala sang havia pres possessió d'una xicoteta part de mi. El 10 de setembre es va procedir a l'extirpació d'aquest i també del gangli sentinella, que era el seu aliat que aprovisionava de tot el que l'invasor li demanava. Però en aquest cas també la sort em va fer un somriure i el gangli no semblava haver subministrat tot i quant se li demanava per tant va mostrar la seua cara negativa, aleshores l'invasor no tenia prou infanteria per a envair tot el territori que s'havia marcat.

Amb l'amargor que tot això em produïa vaig concertar la primera visita amb la persona que havia de fer-se càrrec de

tota la trajectòria d'assetjament. L'oncòleg va ser molt clar i precís des del primer moment. Un pronòstic favorable, però sens enganyar-nos “carcinoma lobulillar”. Bé, els nostres semblants reflectien esperança, o el atreviment de pensar en una batalla guanyada per endavant. Però no, les coses no sempre semblen el que pareixen. La nostra posició enfront de l'adversari era l'adequada, favorable, però tot i això el protocol a seguir era el mateix. Els tres colps de gràcia: quimioteràpia, radioteràpia i cinc meravellosos anys de píndoles.

–*Déu meu* -a cada vegada m'enfonsava més, l'angoixa m'oprimia el cor i no deixava que l'aire fera el seu procés habitual- *Per què?*- El meu pronòstic era prou favorable en tots els resultats que jo tenia coneixement, aleshores quin sentit tenia fer-me tot el protocol que se li fa a pacients amb ganglis envaïts, mastectomies radicals... Res m'assossegava els nervis, no li trobava cap explicació.

Aquests dies en que l'assetjament mental era tal no li donava treva als meus ulls, plorava incomptables vegades al dia i la mateixa pregunta colpejava amb força, sense pietat. Però com en tots els casos clínics tot té la seua explicació. Arran d'això, en la següent visita que tenia amb el metge, li vaig demanar que em donara una explicació lògica a tot el que

anava a fer-me, perquè fins a on jo arribava no tenia cap sentit seguir un protocol igual al que donaven a les pacients amb una invasió seriosa.

– Doctor, per favor m'agradaria que m'aclarira un dubte que no em deixa viure.

– És clar, vosté em dirà.

– M'és molt complicat entendre el tractament que he de seguir, perquè no entenc quina diferència hi ha entre una pacient amb mastectomia radical i jo amb res envaït i gangli sentinel·la negatiu, quan les dos hem de seguir el mateix protocol. És com si em diuen que és igual un refredat que una pneumònia.

– Bona pregunta... i comprenc que es trobe amb eixe dilema.

El metge tot seguit em va donar la següent explicació:

– Ací davant meu tinc el seu estudi immunohistoquímic, on em diu clarament que el Ki67 és superior als paràmetres de referència. A més altres factors em porten directament a prendre la decisió dràstica ja que vosté és premenopàusica i té 47 anys. Que vol dir el Ki67? Des de fa quatre anys venen fent-se unes investigacions de la proliferació dels tumors en cada pacient i en el seu cas la cosa és ben clara, si el paràmetre de referència que nosaltres agafem és del 15% i

vosté té el 30% no hi cap dubte, encara que el tumor en qüestió fos més xicotet del que és seguiria aplicant-li el mateix protocol, a més els factors que abans li comentava tampoc l'afavoreixen per a res.

Encara que el meu ofegament no minvava gens, almenys una explicació amb lògica em va aclarir allò que els dies anteriors havia estat repicant com si d'un martell es tractara. També dintre meu vaig admetre que anava a enfrontar-me a un contrincant que no havia anat amb paranoies, més bé amb un lluitador emmascarat, però que amb el temps al meu favor havia sigut descobert, tot i que s'havia esforçat força a passar desapercebut.

A partir d'aquest moment el meu estat d'ànim es va convertir en un cúmul d'alts i baixos com dents de serra. S'aproximava el dia en què anàvem a lliurar la primera batalla. D'entrada vaig pensar en traure l'artilleria pesada, això sota l'efecte d'un antidepressiu que també formava part del meu dia a dia. Amb aquesta seguretat vaig fer l'entrada a l'hospital per fer-me la primera sessió de quimioteràpia.

Jo havia llegit en més d'una ocasió diversos casos en els que tot acabava bé. Sempre de passada ja que, com abans he dit, sempre li he tingut fòbia a aquest enemic, però mai havia vist cap llibre que fos l'inici de la batalla sense el seu fi. Mai havia

llegit cap testimoni que deixara al temps la decisió del lliurament de cada un dels combats que durant huit mesos s'haurien de realitzar, sempre comptant amb l'esperança de véncer. És per això que vaig voler reflectir a través de l'escriptura cada pas pel que he passat des de l'aniversari més fatídic que he tingut.

Pel que fa a la preparació per saber amb què ens trobaríem abans de posar en pràctica l'estratègia, he d'acceptar que vaig passar per unes proves en les quals és buscava alguna empremta de l'intrús, que algun xicotet batalló haguera pres posició en la rereguarda, passar desapercebut i contraatacar des d'un altre angle i així sorprendre'ns novament, però no, malauradament per a ell el meu cos estava net. Les meues forces només havien sigut derrotades en una xicoteta part de mi, però quan van conèixer el desenllaç forces d'operacions especials eixiren a la trobada, extirpant qualsevol signe de resistència.

Ben prompte, amb data fixa, els meus estrategs faran el recompte de les forces amb que ara comptem i, si el meus exèrcits estan en condicions, tornarem a tindre un enfrontament, sempre l'atac preventiu d'alguna evidència fantasma fins donar-li mort per sempre.

Gràcies a tot el que he escrit a través de comparacions militars amb una malaltia tan cruel com aquesta, i que normalment ataca a traïció, he aflorat molts moments de dolor pels que estic passant. Això m'ha donat estímulo per seguir comptant que cada lluita o cicle, com en realitat es diu, és un compte enrere per a la meua curació completa.

I hui, quan he notat la indescriptible olor a hivern, he deixat de banda el meu no viure i, en veure les aus de l'albereda, he volgut traure les ales en una basta imitació i he volat fins a aquells temps on no s'escoltaven els laments de l'ànima, només els sons de les panderetes nadalenques i el soroll de les campanetes que en obrir les portes de les tendes movien els seus batalls. Tancaré els ulls per veure la brillantor de les garlandes de colors decorant els taulells i els arbres mentrestant.

Deixaré volar en més d'una vegada la meua memòria a aquest temps ja tan llunyà, durant els huit durs mesos amb el fi d'esborrar-los i de poder dir el proper 30 d'agost FELIÇ ANIVERSARI, ROSA!, movent de nou el temps que vaig parar el dia que complia 47 anys.

Tú no preocupar, Marcus, todo, cinco minutos

Maribel Torres Limiñana

Cuando su jefe le dio la noticia Marcus sintió pena, pero ¿cómo no aceptar el empleo en el Café Sol y Sombra? No hacerlo le hubiera hecho sentir un desagradecido y un loco, ¡con lo que habían peleado Mariano y el Comisario González, para abrirle las puertas de la legalidad con este contrato de camarero! Ahora, un año después, respira torrefacto por todos sus poros y sirve desayunos, tapas y platos combinados a comerciantes, empleados y a buena parte de los vecinos del barrio.

Ver para creer, nunca se le hubiera ocurrido que la encontraría allí. Así que no ha tenido que fingir sorpresa cuando, al levantar la vista, sus ojos se han tropezado con los de ella al otro lado del mostrador. La mujer le ha cogido la mano y su memoria se ha escapado hacia atrás, hasta subirle en el improvisado andamio. Desde allí los acontecimientos son tan vívidos que siente de nuevo el vértigo en su estómago.

Sobre las cuatro tablas y la mirada fija en el nicho, Marcus aprovecha la soledad del mediodía y canturrea bajito. En unas horas, deudos y vecinos del muerto llenarán el cementerio, pero mucho antes todo estará preparado no vaya a ser... *No es grato encontrarse con algo que uno no espera...* Mariano, su jefe, se lo dejó bien claro cuando le ofreció este trabajo y sabe que no tardará en pasar. Es un buen hombre de pocas palabras al que le gusta echarse la siesta después de la comida y nunca se marcha sin darle una última vuelta a todo el recinto.

No consentiría molestarlos y, aunque sabe de sobra que allí nadie oye nada, siempre se pone los auriculares para escuchar algo que le distraiga la náusea, así que Mariano no puede evitar sonreír bajo el bigote cuando le ve. No le oye llegar y la sacudida en los barrotes le hace girarse con cara de susto, con rapidez deja caer los auriculares y salta al suelo paleta en mano para ponerse a sus órdenes.

Marquitos hijo...,

No le importa que le llame así, al contrario, le hace gracia aunque él le siga llamando jefe y no Mariano como le ha pedido mil veces. Sabe lo que va a decirle, que se de prisa, siempre hace lo mismo así que, con la mano apoyada sobre la espalda del hombre y la mirada fija en aquella suerte de

celdillas de colmena, le dice al jefe que esté tranquilo, *tú no preocupar, Marcus, todo, cinco minutos*, los dos ríen.

Mariano piensa que se entiende bien con el chaval y que no se equivocó al ofrecerle un trabajo en el que apenas dispone de techo, comida y de unos pocos euros que él distrae de su sueldo para que el chico se tome una caña si le apetece. Sin papeles ni padrinos no es fácil que le salga algo mejor y le preocupa pero, con la que cae, a ver quien le hace un contrato...

Cinco minutos..., Marcus sabe que se ha precipitado al marcar el tiempo para finalizar la tarea pero no quiere quedar mal con Mariano, además solo queda sacar el pequeño ataúd y poner los restos en el interior de la bonita caja, una especie de cofre con adornos dorados, que la familia ha entregado al jefe.

La caja es blanca y pequeña, muy pequeña, suficiente para albergar el cuerpo de un bebé de pocas horas e imagina que también será así la de su hermano. Mariano le contó que el entierro de hoy era el del padre de la niña y lamentaba la soledad de la viuda, *la pobre mujer se ha quedado definitivamente sola*, le dijo con tristeza. La recordaba bien, tendría la edad de su madre y todas las semanas llegaba cargada de flores de patio, con su aroma inconfundible, como las que su madre

cortaba en la parte trasera de aquella casa que le quedaba tan lejos. Ella también preparaba grandes ramos como la mujer, y después de tantos años seguía llevándolos, como ella, a un cementerio como este, allá en su país. La echa de menos.

En el tiempo que Marcus lleva aquí, cada lunes la ve subir a la pequeña escalera y colocarlas con mimo, como quien acaricia a un niño, después baja, se sienta en el banco frente a la lápida sin nombre y deja pasar las horas. A veces parece que le habla.

La altura del andamio no le permite ver el interior de la caja y prefiere no arriesgar así que, mientras con su mano izquierda sostiene la tapa, introduce con cuidado su mano derecha enguantada para trasladar los restos del bebé al cofre. Palpa el interior varias veces, primero con cuidado, después nervioso, con firmeza, para descubrir con horror que ahí no hay nada. Ni huesos ni polvo, nada que indique que en su interior, hace mas de treinta años, hubo un cuerpo. No sabe qué hacer. Se siente un idiota encima del andamio con los auriculares puestos y, aunque cree que debería llamar a la policía, se marea nada más pensarlo. Baja de un salto y se dirige a la cabina. A Mariano casi le corta la digestión cuando,

con palabras a caballo entre las dos lenguas, le cuenta lo sucedido.

Con el cofre vacío entre las manos, Mariano se plantea el silencio como solución pero los ojos del joven no le dejan otra alternativa más que afrontarlo y es él quien se ofrece, aun a riesgo de descubrir su condición de ilegal, a explicar lo sucedido al Comisario González.

Con la intervención de la Policía, la situación da un giro inesperado. Abren diligencias que se sumarán a los cientos de causas abiertas y, si bien para evitar habladurías el entierro se celebra como estaba previsto, Marcus es testigo del brillo en los ojos de la mujer. Si no está allí...

Marcus piensa en su madre, en su hermano y en lo triste de la certeza de su muerte. Al menos a esta mujer le queda la esperanza.

Los días pasan y el camposanto retoma su ritmo cotidiano. Marcus vuelve al cuidado de los setos, al barrido de hojas y entre el ir y venir de deudos enlutados, cada lunes a eso de las cuatro, la mujer regresa abrazada al ramo de salvia azul y crisantemos. La escucha conversar al aire, sin esperar respuesta, sin lágrimas. De lejos, la mujer le busca con la

mirada y le saluda con una inclinación de cabeza que él le devuelve.

Se ha preguntado muchas veces cuál será su historia, quién será este joven que se cruzó en su vida aquella tarde de enero y del que Mariano le cuenta que su insistencia en hablar con la Policía fue determinante. No sabe nada de él ni quiere molestarle pero le gustaría que supiera que alberga la esperanza de abrazar a su hija y compartir los avances de la policía en la investigación, pero no se atreve.

A él le entristeció dejar el cementerio, aunque quizá fuera lo mejor, así no vería como se marchitaba la esperanza en los ojos de aquella mujer menuda... Además, no podía negarse, Mariano y el comisario González habían insistido tanto al dueño de la cafetería que este acabó por contratarlo.

Nunca antes había sido camarero, su primer trabajo había sido aquel que le ofreció Mariano a cambio de techo y comida. Ni siquiera conocía la existencia de ese pueblo, ni figuraba entre sus planes quedarse, pero un desafortunado robo le dejó sin dinero ni equipaje y acabó pidiendo comida al primer transeúnte con el que se cruzó, un buen hombre que le llamó Marquitos y al que él llamó jefe.

Atrás quedan las lágrimas de su madre, su pueblo, y ese patio lleno de flores en la trasera de la casa. Ya le ha enviado el pasaje y pronto podrán reunirse de nuevo. Tiene tantas ganas de abrazarla...

El bufido de vapor de la máquina de café le sacude y parpadea como quien despierta de un sueño. Ha reconocido el brillo en los ojos de la joven que la acompaña y se estremece. *No quiero interrumpirte en tu trabajo, le dice, solo quería que la conocieras.* Ni siquiera se toman un café aunque se ofrece a invitarlas. La mujer le mira con ternura y mantienen unos segundos sus manos entrelazadas antes de despedirse. Es poco probable que sus vidas se crucen de nuevo y lo saben.

Las mujeres cuentan

XIV CONCURS LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES

Un toque de canela. **Begoña Siles Ojeda**

Aïta Olaia. **Paz Martínez Cervera**

Vida y reflexiones de geranios secados al sol. **Cristina Gimeno García**

El aliado. **Rafaela Aguado Perales**

La rebeca rosa. **Soledad Bernabeu Crespo**

Su mundo paralelo. **Josefina Cortijo Cuadros**

Entre ganchillo y chocolate. **Vanesa Felip Torrent**

El viaje. **Francisca García Jiménez**

La patinadora. **Eli Llorens Perales**

Torturada. **Clara M^a Stella Manaut Roca**

Cal mirar per la finestra. **Rosa Miró i Pons**

Educando a Aitana. **Yolanda París Tudela**

Crisis. **Amparo Pérez Gimeno**

Laments de l'ànima. **Rosa María Tapia Alcover**

Tú no preocupar, Marcus, todo, cinco minutos. **Maribel Torres Limiñana**



GENERALITAT
VALENCIANA

CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL